



LA ALUMNA
VACÍA Y EL
PROFESOR
SOLITARIO

J. UTOX

La Alumna Vacía y El Profesor Solitario

J. Utox

Copyright © 2022 J. Utóx
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798846114296

A mi yo del futuro para que nunca deje de soñar

PRÓLOGO

VACÍO

Tocarse en el salón de clases.

La Alumna no puede evitar hacerlo a pesar de que sabe que es peligroso y que en cualquier momento alguien puede descubrirla.

¿Es esto un comportamiento o parte de su naturaleza? Ya han pasado años desde que se planteó esa pregunta por primera vez y no ha encontrado una respuesta.

No tiene caso. No puede evitarlo. Sobre todo desde que tuvo *esa* conversación con el Profesor.

Ahora no deja de soñarlo, ni de pensarlo. En cuanto sus ojos se cierran, los brazos del Profesor la envuelven. El aroma de su suéter la invade. Protegida de esa forma, la Alumna siente que es otra persona, deja de haber Vacío; puede empezar otra vez.

Está oscureciendo en la universidad y la Alumna se dirige hacia el lugar donde charló con el Profesor por última vez; el Aula 6A. Fue en ese lugar donde El Profesor le platicó sobre una mujer que lo lastimó hace mucho tiempo.

Si le diera una oportunidad la Alumna lo daría todo por él. Sacrificaría todo cuanto tuviera y encomendaría toda su vida a amarlo. Pero no puede. Ambos son elementos opuestos con funciones específicas.

El Profesor enseña, la Alumna aprende.

No pueden romperse las reglas, no hay forma de cambiar ese intercambio. No hay manera en que las cosas sean distintas.

Por eso la Alumna se dirige al salón. Ahí sus fantasías se tornan nítidas. Sumergida en esa comodidad, ella puede moldear la realidad y transformarla en la vida que ella desea.

Cuando se toca pensando en El Profesor olvida el enorme Vacío que se ahueca en su pecho.

La Alumna se detiene en la puerta del Aula 6A y admira la obscuridad. Se adentra con lentitud. Saborea el frío que la engulle.

Camina hasta el final de la fila y se sienta en el suelo. Respira el aire fresco de la noche que se filtra por la puerta. Contempla la quietud con la que existe el salón de clases. Se asegura de que el entorno es suyo y que su ser es uno con el entorno.

Entonces (y sólo entonces) se empieza a desnudar.

Las prendas abandonan su cuerpo, pero no da la sensación de que haya pérdida alguna en el proceso.

SOLEDAD

El Profesor carga con una pesada coraza de soledad.

No es algo que pueda tirar a voluntad, ni tampoco algo que desaparezca con algo de compañía.

Es una soledad natural que se creó a partir de la ausencia de Dalia.

Hoy esa ausencia duele aún más, quizá porque es la segunda vez que se va de su vida.

Que estupidez. Y el que ya se había acostumbrado a la soledad.

Ojalá nunca hubiera reaparecido. Que idiota fue al pensar que siete años de separación enmendarían las heridas.

El Profesor camina hacia el Aula 6A porque olvidó el cargador de su laptop. La verdad ni siquiera sabe si está ahí. En todo caso, si no lo encuentra, comprará otro.

Es viernes por la noche. A esa hora ya no hay un alma en el campus, tan solo el sonido de sus zapatos crujiendo sobre el empedrado y el ligero rumor de los árboles meciéndose.

Se detiene frente a la puerta del Aula 6A. La obscuridad se expande desde adentro como si llameara un intenso fuego negro.

—¡CRRRIIIICK!

En cuanto da algunos pasos dentro del aula, se escucha algo.

El sonido viene de su derecha, al fondo de la fila. Aquello fue el sonido de una banca arrastrándose por el suelo. Hay algo o alguien ahí.

Pero... ¿A esa hora y con la luz apagada?

De inmediato el Profesor se pone en alerta. ¿Un gatito? Muchos suelen pasearse por el campus, así que no sería raro que anduviera uno por ahí. Aunque...

También cabe la posibilidad de que se trate de un ladrón o de alguien con malas intenciones.

Sin pensarlo, el Profesor estira el brazo a toda prisa hacia el interruptor de la pared. En cuanto las lámparas se encienden, una voz aguda grita a todo pulmón:

—¡NOOOOOOOOOO!

Al final del pasillo, desnuda, sobre el frío suelo, está una de sus alumnas.

No.

No es cualquier alumna, es La Alumna.

¿De entre todas las personas, porque tenía que ser ella?

La Alumna cierra las piernas en cuanto la luz baña su cuerpo, pero el Profesor alcanza a ver su sexo húmedo y los pezones endurecidos. Una sudadera negra está a su lado, como la mullida piel de un oso hibernando.

Ese fue el día en que todo cambió para los dos.

PARTE 1: VIDAS PARALELAS

PAULA

Diario

Aunque sea raro y aunque nadie vaya a leer esto creo que debería presentarme.

Mi nombre es Paula Jirden. Estoy en mi segundo año de preparatoria. Soy hija de una Investigadora Privada que nunca está en casa. Me cuida la Señora Anette, a quien considero más madre que a mi propia madre.

La Señora Anette ha estado desde hace mucho tiempo en la familia. No estoy seguro de cuánto. El recuerdo más antiguo que tengo de ella es en mi fiesta de seis años, pero, a juzgar por algunas fotos que he visto por ahí, debe tener mucho más tiempo en la familia.

Mis padres están separados, pero no están divorciados, solo viven en casas distintas. Nunca he sabido bien qué es lo que pasó entre ellos. La verdad es que dejó de importarme hace tiempo porque me di cuenta de que jamás lo iba a entender.

Mi madre siempre está inmersa en sus investigaciones y es fría. Mi padre constantemente viaja, tiene muchos negocios y solo le interesan sus inversiones. A ellos no les importa lo que pienso, ni lo que quiero, solo quieren que saque buenas calificaciones. Si ahora mismo me plantara frente a ellos con sangre escurriendome por la frente lo primero que me preguntarían es si ya estudié para los exámenes.

En realidad, si lo pienso bien, es mi madre la que más me presiona. Siempre está preguntándome sobre mis resultados y mis tareas.

—¡Odio la escuela! —le dije hace un año, a inicios del primer semestre. Al escucharme me abofeteó con tanta fuerza que no pude respirar como por dos minutos.

De todos modos, aunque me obliguen a seguir con los estudios, no cambia el hecho de que detesto la escuela. A mí lo único que me interesa es leer y, por supuesto, escribir.

Escribir es lo único que me mantiene cuerda y es lo que quiero hacer por el resto de mi vida. En esos mundos que me invento, todo es como yo quiera. Ahí no existen madres opresoras ni escuelas aburridas.

Aparte de eso creo que no hay nada más que decir de mi persona.

¿Por qué comencé a escribir este diario?

Quiero cambiar.

Sé que suena raro. No es como que escribir más me haga ser una persona diferente. Pero, tras pensarlo mucho, he llegado a la conclusión de que esta es la manera en que puedo lograrlo.

Espero que sea así.

Comportamiento y Naturaleza

La semana pasada la maestra de español hablaba sobre una novela antigua que nos hizo leer.

La historia iba de un hombre que mató sin querer a una persona. Conforme avanzaba el libro, el hombre se iba haciendo más ruin. Al final, cuando se conoce el trasfondo uno termina entendiendo que ese crimen era, quizá, algo inevitable.

En la última página, el hombre se suicida.

—¿Ustedes que opinan chicos? —Nos preguntó la maestra— ¿Creen que, si el hombre no se hubiera matado, habría tenido forma de cambiar? Hay quienes dicen que gran parte de nuestra naturaleza nunca cambia a lo largo de la vida y que solo algunos pequeños comportamientos son los que se pueden modificar.

A toda la clase no pareció importarle ese cuestionamiento, pero a mí me dejó pensando durante el resto del día.

Todavía en la noche, estando en mi habitación, reflexioné una y otra vez el asunto. No pude dormir por varios días pensando en una respuesta.

Hoy, harta de no poder llegar a una conclusión, abordé a la maestra cuando acabó su clase.

—Maestra ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro ¿De qué se trata?

—Es sobre... la novela del otro día. La del hombre asesino.

—Oh...

Se llevó la mano a la barbilla. Me observaba con detenimiento, como si tuviera ante ella una rarísima ave.

—Quieres saber qué es lo que pienso sobre el hombre ¿No? —Me quedé atónita. No pensé que fuera a adivinar con tanta exactitud lo que me pasaba por la cabeza.

Asentí.

—Pues... vaya... ¿Qué te puedo decir? Creo que para cada persona habrá una respuesta diferente.

»Si yo quiero cambiar, sé que puedo hacerlo. Pero no puedo asegurar que todas las personas tienen la capacidad o la fuerza para hacerlo también. ¿Entiendes? —Movió su cabeza de un lado a otro con los ojos cerrados. Parecía que pensaba en alguien mientras hablaba— Por más que yo quiera que alguien cambie, eso no depende de mí.

»Por eso te lo preguntaba... ¿Tú qué piensas? ¿Crees que podamos cambiarnos a nosotros mismos a voluntad?

—U-usted dijo... nos contó que... que nuestra naturaleza no cambia y... que solo se pueden cambiar pequeños comportamientos.

—Depende. En el caso del hombre asesino... ¿Crees que asesinar era parte de su naturaleza? ¿O solo un comportamiento?

—Creo —siguió diciendo ella— que solo el hombre lo sabía. Si asesinar era comportamiento o naturaleza debió saberlo. Y si no lo sabía, era su deber descubrirlo.

»Porque quién sabe... Quizá hay comportamientos detestables que terminamos conservando simplemente por comodidad. Porque cambiarlos es fastidioso. Aunque nos dañen, nos resulta un fastidio resolver nuestros problemas internos.

—Lo siento —dijo— No era mi intención darte todo este sermón.

—N-no se preocupe... Me ha ayudado mucho. En serio.

Ella se limitó a sonreírme, le agradecí y me alejé.

No sé si la maestra era consciente de esto, pero en ese momento me hizo la revelación trascendental que tanto necesitaba.

Es mi obligación como persona distinguir entre comportamiento y naturaleza.

Y estoy segura de que este diario me ayudará a hacerlo.

Moños

Hace varias semanas, cuando inició mi segundo año de preparatoria, pasó algo curioso; me di cuenta de que mi cabello estaba larguísimo.

Al mirarme frente al espejo no podía creerlo. Había crecido sin control durante las vacaciones y ahora las puntas me llegaban a la cadera.

Los primeros días de escuela fue todo un lío tener que arreglármelo cada mañana. Entonces empecé a usar un tratamiento especial y un champú muy caro que me regaló mi mamá.

No quería empezar a seguir sus consejos porque siempre me echa en cara todo. Y en cuanto se dé cuenta de que usé el champú, volverá con la misma cantaleta de siempre: qué porque no me pongo labial, qué porque no uso aretes, qué cuando voy a usar perfume. ¿Cómo se atreve? Puedo contar con los dedos de la mano las veces que la he visto con labial.

Cuando le recrimino su hipocresía solo se limita a mirarme sobre el hombro.

—Mis investigaciones son demasiado importantes como para preocuparme por la vanidad femenina. Pero tú no eres Investigadora ¿O sí? No quisiste seguir el camino de tu madre.

En fin.

El champú funcionó y ahora mi cabello no es tan difícil de cepillar. De todos modos, al final terminé haciéndome una trenza. Es más fácil de manejar y así no tengo que ponerle tanto esmero a cepillarlo cada mañana.

Me gusta mucho mi trenza y por eso me compré muchos moños muy bonitos para adornarla. Tengo una caja llena de ellos. Son cincuenta y cuatro. Es decir, podría usar uno diferente cada semana. Aunque me gustaría tener más. Unos cuatrocientos. Así podría usar uno diferente cada día.

¡Eso sería genial!

Mateo

Hace un mes aproximadamente comencé a juntarme con un chico llamado Mateo.

Es extraño ahora que lo miro en retrospectiva.

Durante mucho tiempo esperé que este día llegara. El día en que alguien por fin se acercara a mí para platicar.

Creí que el día en que tuviera a mi primer amigo en la preparatoria lo recordaría por el resto de mi vida. Pero todo fue tan gradual que ni me di cuenta del momento en que pasamos de compañerismo a amistad.

Todo comenzó así:

Un miércoles, mientras esperaba a que iniciara la clase, leía “La Saga de Mirland” una de mis novelas favoritas. Mateo se me acercó y empezamos a hablar sobre ello.

Creo que, en parte, nunca me di cuenta de lo que estaba pasando porque pensé que Mateo solo me hablaba por lástima. Me ha pasado antes. Se suelen acercar personas para platicar de algo y, como no tengo nada que decirles, terminan marchándose.

Así, poco a poco fuimos conectando. Antes hablamos solo entre clases, y ahora hasta nos sentamos juntos. Cambió su lugar con Betty, la chica que se sentaba en la banca a mi izquierda. No podía creerlo, pero lo hizo.

Lo que más me gusta de todo esto es darme cuenta de lo distinto que es tener una persona a tu lado. Es decir, no me sentiría a gusto en un grupito de tres o más personas. Sería como meterme en una pecera atestada de criaturas marinas donde me costaría nadar, y tendría que limitarme a flotar en una de las esquinas.

Si es solo una persona, me siento todo lo cómoda que podría estar.

Las Barreras Invisibles

Hoy Betty aprovechó que Mateo no estaba en su lugar para preguntarme algo.

Cada que veo que alguien se acerca a mí tengo la sensación de que, sin querer, creo una barrera. Quizás arrugo el rostro sin darme cuenta y espanto a todos con mi expresión. No es que deteste que se me acerquen, solo me siento muy nerviosa.

Betty se sentó en su antigua banca con toda la naturalidad del mundo, como si nunca hubiera dejado de ser suya, y empezó a hablar de una tarea. Su voz tiene una textura cálida, como si pronunciara las vocales en suspiros. Su cabello corto, color negro, resplandece como un cielo estrellado.

Es una chica tan agradable, me extraña que se junte con personas tan escandalosas como Mirna y Nayeli.

—Oye... ¿Tú y Mateo son novios?

Tardé en comprender la pregunta tan repentina de Betty. No entendía en qué se había basado para preguntar algo así.

—Eh... N-no...

Se quedó un momento en silencio mirando el suelo antes de seguir hablando.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

Asentí. Ella inclinó la cabeza ligeramente como en gesto de agradecimiento. Se tomó su tiempo y pronunció cada palabra con mucho cuidado.

—¿Tú crees que un chico y una chica puedan tener una relación de amistad sincera?

Me quedé congelada. Jamás me había cuestionado algo así. Nunca he tenido amigas mujeres, mucho menos amigos hombres. ¡Desconozco por completo cómo funciona esto!

—Todos en el salón piensan que tú y Mateo son novios. Supongo que no están acostumbrados a ver una amistad entre un chico y una chica —Se quedó callada, apretó los labios un poco antes de seguir hablando— ¿Sabes...? En la secundaria yo pasé por algo así. Me juntaba mucho con un chico que me caía muy bien. Se llamaba Matías Omnos.

Al pronunciar el nombre Betty lo hizo lentamente, enfatizando cada silaba. Hizo una larga pausa y se me quedó viendo fijamente, como intentando adivinar algo en mi rostro.

—¿No te suena el nombre? —Preguntó muy seria— Matías. Matías Omnos.

Yo me quedé reflexiva, intentando recordar con todas mis fuerzas a algún Matías. Betty parecía molesta, como si le ofendiera el hecho de que yo no conociera esa persona.

Segundos después apretó los labios y suspiró. Pensé que se levantaría del asiento enojada pero siguió:

—En fin...

»Matías y yo éramos muy buenos amigos. Nunca me pareció raro estar tanto tiempo juntos. Nos divertíamos mucho. Pasábamos horas y horas resolviendo rompecabezas. Era nuestra afición en ese entonces. También nos ayudábamos con las tareas y los trabajos. Algunas chicas con las que me juntaba me decían que, si no era mi novio, debía dejar de juntarme con él. No lo entendí. Durante mucho tiempo no lo entendí... hasta que, un día, Matías empezó a salir con una chica.

»Al comienzo no me importó. No recuerdo el nombre de la chica, no era de nuestra escuela, pero sí tengo muy presente lo bonita que era. Después de eso... jamás supe si fueron celos o qué, pero me di cuenta de lo mucho que me gustaba Matías. Me gustaba mucho más de lo que yo hubiera pensado en un inicio y no tienes idea de cómo me dolió saber que estaba con alguien más —Betty se quedó en silencio con la mirada ausente, quizá estuviera recordando esos días— Como sea. No a todos les tiene que pasar lo mismo ¿Verdad? Solo... bueno, no sé ni porqué te cuento todo esto. Es solo que me acordé. Lo siento. Es muy fácil hablar contigo.

Entonces llegó Mateo. Betty se levantó sin decir nada y me sonrió como diciéndome “Espero poder hablar contigo en otra ocasión”.

Desde entonces me he estado preguntando si Betty y yo podríamos ser amigas. Lo veo algo difícil dado que nunca se separa de Mirna y Nayeli.

Igual no entiendo por qué está con ellas. Siempre están riéndose con unas carcajadas que lastiman los oídos. Mientras tanto ella se queda forzando una risita. Creo que no se dan cuenta de que Betty no está cómoda. Es como si fueran ajenas a lo que Betty siente, o puede que ni siquiera les importe.

Cuando miro a Betty acompañada de esas dos no puedo evitar pensar que es una persona muy distinta a la Betty que se sentó a mi lado para hablar sobre Matías Omnos.

Por eso, aunque lo veo difícil, no dejo de pensar en sí tal vez ella y yo podríamos ser amigas.

La simple idea me hace feliz. Mi corazón se acelera. Debería intentarlo.

Si... debería.

EREN

Cita en el restaurante

Sentado en el restaurante, golpeteo el piso una y otra vez.

—No ha llegado aún... —Pienso sin dejar de dar pequeños sorbos a mi tequila— Todavía puedo marcharme y decirle que algo surgió. Cualquier excusa vale.

No debí aceptar reunirme con ella. No sé por qué simplemente no pude negarme. Pasado tanto tiempo creí que me había liberado de las cadenas a las que tanto tiempo estuve atado. ¿Es que aún tiene tanto poder sobre mí? Sospecho que sí.

El lugar está abarrotado de gente, pero todo ese ruido no entra en mi cabeza. Por mi mente transcurren escenas de cosas que viví hace siete años.

“¿Han pasado siete años ya?”

Entonces oigo su voz y, por un segundo, me pregunto si acaso viajé en el tiempo.

—¡Hey! ¡Cuánto tiempo ha pasado! Perdón por llegar tarde. ¡Oye te ves genial!

Es Dalia.

En verdad es ella.

Lleva una fina blusa sin hombros color verde y unos vaqueros a la cadera. Yo estoy hipnotizado. Sus piernas son aún más largas de lo que recordaba. Su cabello castaño y su piel canela siguen haciendo un magnífico juego de colores. Daban unas ganas enormes de estrecharla fuertemente de solo verla.

Sin ningún miramiento, se me acerca. Yo me levanto en un acto de reflejo. Me saluda de beso y se sienta en la silla frente a mí. Se acomoda los mechones y suspira quejándose del tráfico.

El mesero se acerca corriendo. Claro, cualquiera haría lo mismo al ver a una mujer tan hermosa sin atender.

—Ron blanco para mí por favor y... —ve que ya tengo un vaso en mano— Oh. ¿Quieres que pidamos algo para comer?

—Sí, lo que quieras.

Le dice algo al mesero que no entiendo. Estoy demasiado alterado. Dalia sigue estando hermosa. Sin embargo, a mí me gustaba mucho más la mujer de antes, porque esa fue la que tuve entre mis brazos. La Dalia actual, la que tengo frente a mí, es mucho más hermosa; pero no es la que yo conocí. Por ello no puedo decir que me atraiga más.

De todos modos, ahora mismo estoy con los nervios de punta. Si no fuera porque el tequila ya entró en mi sistema, ahora mismo estaría peor.

Nos quedamos en silencio. Ella aprovechó para colgar la bolsa y el suéter en el respaldo de la silla.

—Espero no te haya molestado que te citara así de repente —carraspeó— ha pasado mucho y...

—N-no. No pasa nada...

Lo digo con sinceridad. Solo estoy desconcertado.

No esperaba que ella quisiera volver a verme. ¿Intentará venderme algo? ¿Pedirme un favor? ¿Necesitará dinero? No se me ocurre ninguna otra razón válida para que ahora venga y actúe de esta forma tan natural y espontánea. Como si apenas ayer hubiésemos estado resolviendo ejercicios de estadística o viendo películas en mi habitación.

—¿Cómo conseguiste mi número? —Intenté sonar natural, pero mi voz resonó hueca, así que añadí— No me molesta. Es solo que... no me lo esperaba.

Solté una risa nerviosa.

—Pues... se lo pedí a Palmira —ríe nerviosa también— Ya sabes. Todos nos vimos durante la reunión de ex alumnos de la carrera. La verdad es que... esperaba verte ahí pero... Bueno, como no estabas tuve que sacarle el número a Palmira a golpes. Por favor no te enojes con ella, ya sabes que es un amor.

—No... No pasa nada.

Se hace un silencio largo.

—Hey...

Ese “Hey” es una muletilla característica de su persona. La usa cuando está triste, cuando está feliz, cuando reclama, cuando agradece, cuando llama, cuando algo le inquieta. Aun después de tanto tiempo puedo interpretar su sentir con solo escucharla.

En este momento, ahora ella me está diciendo “Eren, alza la mirada y mírame a los ojos que tengo algo muy importante que decirte”.

—¿Hm?

—En serio te ves muy bien —Dice en cuanto la veo a los ojos. Se encienden mis mejillas—. Ya en la universidad eras atractivo, pero ahora... Hum... Te sienta muy bien la madurez.

—E-eh... G-gracias...

—Cuéntame ¿A qué te dedicas ahora? Ponme al tanto.

—P-Pues... soy profesor.

—¡Ah! —Dice adelantando el cuerpo ligeramente— Sí. Si. Tienes toda la pinta de ser profesor. Si... —se lleva la mano a la barbilla y ríe ligeramente— Definitivamente te queda.

—¿Crees? —Pregunto avergonzado— La verdad es que al principio no pensé que fuera para mí. Controlar a un grupo no es fácil.

—¿Y lo dices tú? ¿Acaso olvidas lo difícil que era callarnos en clase?

—Oye, eso era culpa tuya.

—¿Mi culpa? —Pone una mano en su pecho, haciendo ademán de ofendida— Yo no hacía nada.

—Claro, claro —reí.

—¿Te acuerdas cuando... —pregunta dando risitas entre cada palabra — cuando la maestra de economía regañó a Lili?

Entonces comenzamos a charlar de esto y de lo otro. De las vivencias del pasado, de esas memorias divertidas que jamás se olvidan sin importar el paso del tiempo. Las tardes sobre el pasto, las salidas improvisadas al centro, las risas atoradas en nuestras gargantas. Ese perfume en la brisa que solo se percibe cuando el tiempo es perfecto. Las tardes de lluvia en mi habitación...

No, sobre la lluvia ninguno dijo nada. Solo yo pensaba en eso. ¿Me pregunto si ella recordará ese día igual que yo?

Me quedo con la vista fija en el mantel blanco. No había caído en cuenta de que estábamos en silencio hasta que Dalia habló:

—Hey...

De nuevo levanto la mirada hacia ella. Nuestros ojos se cruzan. Estira la mano para alcanzar la mía.

Yo no quiero que me toque. Si me toca, si me hace recordar esas caricias, sufriré. Sufriré mucho...

Y aunque ya no quiero volver a sentir el mismo dolor que me atormentó durante años, me limito a observar sus lindos dedos danzar en el aire hasta que finalmente me alcanza.

Me toca.

Su mano se posa sobre la mía. Me avergüenza darme cuenta de lo mucho que ansiaba su piel. La saboreo como la última gota de agua a mitad del desierto. Una corriente eléctrica me sacude entero. Siento que mis intestinos se chamuscan por el paso de esa fuerza. Mi columna se estremece como los pilares de un titánico templo que se derrumba.

—Gracias por venir, Eren.

No puedo. Me dejo ir. Dejo mis pensamientos relampaguear sin control.

Imagino.

Imagino que ahí, en esa mesa, frente a todos, la hago mía de nuevo. Evoco la sensación de sus senos en mis manos y los tiernos lóbulos de su oreja. Recuerdo cómo se deshacía en suspiros y gritaba mi nombre entre dientes. Lo hermosa que se veía en el conjunto azul con negro. El lunar debajo de su ombligo. La cicatriz de su pierna derecha.

Necesito de ella. La necesito.

Después de todo, Dalia ha sido la única con quien he podido hacer el amor.

En estos siete años no he podido estar con ninguna mujer. Algun componente en mi interior se atrofió cuando Dalia y yo nos dejamos.

Entonces, a mitad de mis cavilaciones, un resplandor llama mi atención. Es su mano la que lanza ese destello. Bajo la mirada y observo con detenimiento sus dedos.

Ahí, mis ojos se detienen como por cinco eternidades. No pestaño. Si una mosca se hubiera parado en mi pupila ni me habría enterado.

Dalia se da cuenta de que estoy mirando el elegante anillo que resplandece en su dedo.

—Ah... Si... Ahora estoy casada.

Siete estacas mortales me perforan el cuerpo.

Cuando hayan pasado siete años

De la nada, ignorando por completo mi dolor, Dalia comienza a contarme su historia de amor.

Su esposo es un abogado un año menor que ella. Lo conoció en su anterior empleo. El hombre gestionaba asuntos legales y además era Jefe de Recursos Humanos. Todos en la empresa le tenían gran estima por su trabajo.

—Creo que, en parte, fue eso lo que me atrajo de él —dice fijando la vista en el mantel y dándole vueltas a la sortija.

Guarda silencio. Aprieta los labios ligeramente. Parece cuestionarse la pertinencia de las palabras que está por pronunciar.

—¿Sabes? Cuando me entrevistó me di cuenta enseguida... Que era la clase de hombre que necesita tener muchas mujeres a sus pies. Lo sabía bien. Pero no sé. Tal vez fui tonta o demasiado ingenua pero... realmente estaba convencida de que podía hacerlo cambiar.

»Durante un tiempo lo logré ¿Sabes? Poco a poco fue desapareciendo el insaciable casanova que conocí. Acepté casarme con él cuando estuve segura de que era un hombre distinto.

»Desde entonces, poco a poco, hemos ido construyendo una vida juntos. En realidad... bueno, en realidad no puedo quejarme. Si me preguntaran si soy feliz y tuviera que dar una respuesta así sin más, diría que sí, que soy feliz. Amo mucho a mi esposo...

Se queda en trance reflexionando algo. Como si intentara medir con exactitud la composición de esa aseveración. ¿Cuántos gramos de verdad había en ella, cuántos de costumbre y cuántos de mentira?

Un inesperado choqué de vajillas en la mesa de atrás la hace reaccionar.

—L-lo siento...

Apura el ron blanco y yo hago lo mismo con mi tequila. El mesero se acerca de nuevo a la velocidad de la luz. Nos reemplaza las bebidas. Tuerzo la boca. A mí no me atendió así de rápido cuando estaba solo en la mesa.

Veo que Dalia está distraída.

Me bebo la mitad del tequila. Y, cuando menos me doy cuenta, ella también ya rebajó una considerable cantidad a su vaso.

De la nada una lágrima asoma por su ojo derecho. Su dedo se mueve con agilidad y la lágrima desaparece. El mesero trae las papas que Dalia pidió. Ambos tomamos una casi al mismo tiempo.

El sabor picoso y salado me relaja. Mi mente y mi corazón se llenan de tranquilidad. Varios pensamientos me acarician, como espumosas olas besando la arena.

Siete, doce años, es demasiado tiempo. Dalia y yo hemos pasado por muchas cosas. Tal vez aún no haya sanado por completo la herida que nos hicimos cuando éramos jóvenes, pero eso no ha impedido que los dos sigamos adelante.

Yo tengo a mis alumnos y ellos me tienen a mí; quiero verlos crecer como personas. Ese es el propósito al que debo acometerme. Es la luz a la que debo aferrarme.

Dalia tiene sus propios problemas y no volverá.

Aunque hoy está aquí frente a mí, ya no volverá.

Llevamos un buen rato en silencio. Las mesas a nuestro alrededor han ido cambiando de comensales unas tres o cuatro veces. Ambos comemos sin prisa las papas del plato.

«Es como si este alimento me hubiese devuelto a la realidad»

Me da un poco de risa esa conclusión. Suena absurdo, pero en ocasiones las cosas más simples son las que nos salván.

Siento la mirada de Dalia sobre mí. Levanto la vista. Me observa divertida. Tal vez las papas también le recordaron que la vida real está aquí en este abarrotado restaurante del centro de la ciudad de Agsa.

Abre la boca como para decir algo, luego se detiene en seco. Toma otro gajo de papa. Cierra los ojos.

—Hey... —empieza a decir y luego abre los ojos de nuevo— Cuéntame. ¿Qué más has hecho en este tiempo?

—Bueno... No hay demasiado que contar...

Le hablé sobre algunas nimiedades en mi vida y terminé contándole sobre mi rutina de ejercicio por la mañana.

—Se nota.

—¿Sí?

—Antes tenías algo más de pancita por ahí —y apunta con su bello dedo hacia mi vientre.

—¡Oye! —reclamo fingiendo enojo.

Ella ríe y es como si esa risa resarciera por completo mis heridas de esos siete años. Puede que solo sea una enmendadura temporal, mas no importa.

Ella me cuenta que su marido sigue trabajando en la misma empresa donde lo conoció. Dalia renunció porque quería salir de esa zona de confort. Ella prefiere los retos y trata de ser la mejor en todo lo que le interesa. Así era ya en los tiempos de universidad y siempre lograba destacar en las actividades, en los exámenes, en las materias.

Me habló de su nuevo empleo y me sorprendí bastante al conocer la magnitud y los alcances que pueden tener las grandes agencias de publicidad.

—¿Has visto el espectacular que está frente al Puente del Milenio?

Asiento. Es un espectacular enorme, del tamaño de dos pantallas de cine.

El anuncio ahora mismo está ocupado por una publicidad del Hotel Grand Majestic, lo tengo bien presente. Se trata de un trabajo impecable. La paleta de colores pastel, la fuente, la imagen, el mensaje. Es un trabajo sumamente excepcional. Lo más sorprendente es la planificada iluminación que se aprecia durante las noches y que realza la elegancia del enigmático Hotel.

—¿Tu empresa fue la que hizo ese anuncio? —pregunto sin aliento.

—Sí. Yo estuve a cargo de supervisar ese trabajo. Diseñé el slogan y, con apoyo de un diseñador, trabajamos en varias versiones hasta que logramos el resultado que queríamos.

—¡Eres increíble!

—Gracias... —exhala contenta y algo sonrojada— no fue fácil, la verdad. Como se invirtió una enorme cantidad de dinero, Aarón Eichel estuvo detrás de mí todo el tiempo.

—¿Eichel?

—¿Lo ubicas?

—Claro. Es un empresario muy importante. Lo he visto en las noticias varias veces.

Dalia asiente con mucha lentitud.

—Aarón Eichel es el dueño del Hotel Grand Majestic. Bueno. En realidad es dueño de muchas cosas en Agsa y también en otras ciudades. Ya sabes. No es una personalidad que uno pueda tomarse a la ligera.

Guardamos silencio por algunos segundos mientras el mesero nos reemplazaba las bebidas.

—Como sea, al final todo salió bien. Gracias al éxito obtenido, Aarón nos hizo otros encargos.

»Se va a quedar algunos meses aquí, creo que tiene algunos negocios pendientes, así que... me parece que voy a tener que verlo muy seguido.

Hace una pausa. Su rostro ensombrece ligeramente.

—Me preguntó si estaré a la altura...

—¡Dalia, por favor! Si ya pudiste una vez, puedes hacerlo de nuevo — tomo otro gajo de papa y lo muerdo.

Se queda reflexiva con los ojos pegados a la mesa. Luego, cuando me mira, su rostro se ilumina con una sonrisa.

—Tienes razón...

Siento mi rostro caliente. ¿Por qué diablos tiene que sonreír de esa manera?

Apuro mi bebida.

Estoy muy a gusto en el lugar. Me alegra un poco haberme reunido con ella. Pero, cuanto más tomo conciencia sobre los diversos sentimientos que provoca en mí, más ganas me dan de salir huyendo, ir a casa, dormir y despertar cuando hayan pasado siete años otra vez.

Mi corazón habla

Sin darnos cuenta se nos hizo de noche.

En todo el tiempo que estuvimos en el restaurante Dalia no recibió ninguna llamada. Tras estar tantas horas a solas me pareció extraño que su marido no le marcara al menos una vez.

Dalia insistió en llevarme a casa en su auto. Yo no quería. Me daba algo de vergüenza. Sentí el mismo bochorno que el día en que la conocí; cuando me caí de la bicicleta y quiso ayudarme a ponerme de pie.

Al final insistió tanto que acepté.

—Oh... así que aquí vives. —Dice agachando la cabeza para mirar a través de la ventana del copiloto— Es un sitio bonito. Se ve tranquilo.

—Sí. Es un fraccionamiento relativamente nuevo, así que por ahora no tengo vecinos.

—Afortunado.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio.

No sé por qué me quedo tan quieto. Sé que entre más rápido me aleje de ella mejor. La fantasía del reencuentro ya terminó. Cumplimos el ritual de aquellos que no se ven en años. No hay nada más que decir.

—Buenas noches...

Abro la puerta del coche y, en cuanto pongo un pie fuera, Dalia habla:

—¿Puedo verte de nuevo?

Su voz tiene una solemnidad poco habitual en ella. ¿Qué quiere decir con su pregunta?

Me muerdo el labio. Mis dedos están fríos. Mis mejillas arden. Un espeso sudor recorre la línea de mi espalda.

¿Qué puedo decirle?

Por supuesto que quiero verla de nuevo. Lo que no sé es si quiero hacerme daño de esa forma.

“*¿Puedo verte de nuevo?*”

Sé que en esa pregunta no hay ni un gramo de malicia. Quizá eso es lo que me molesta. Arroja ese cuestionamiento como si fuera cualquier cosa, como si simplemente me estuviera preguntando si quiero una copa de tequila. ¡Por supuesto que la quiero! Lo que no quiero es embriagarme, marearme, vomitar, perder el conocimiento, tener resaca, sentir arrepentimiento. ¿Acaso no lo ve?

¡¿Para qué quiere verme?! Ya no hay nada que decir. Despues de lo que vivimos, aunque ya hayan pasado siete años, no podemos empezar a frequentarnos así como si nada. Si me atreviera a desafiar una lógica como esa lo único que obtendría en recompensa sería dolor.

Ella está casada, yo soltero. Ella tiene un importante trabajo que atender y yo también. Cada uno hace de su vida lo que quiere. No hay necesidad de complicar las cosas así solo porque sí.

Suspiro.

En ese momento tomo una decisión.

—Dalia, yo no creo que...

A mitad de mi respuesta, con un movimiento brusco, Dalia se gira hacia mí y sus suaves labios me alcanzan.

Pasaron tantos años desde la última vez que la besé, que la sensación que tuve al hacerlo me pareció nueva.

Conforme me voy sumergiendo en la humedad de su boca y en los movimientos de sus labios, comprendo. Me siento un poco tonto por no reconocer ese sabor: Solo ella sabe de esta manera.

—Claro —pienso— es Dalia. Este es el sabor de Dalia.

Nos sepáramos agitados.

Mi mente no piensa en su esposo, ni en los tiempos de universidad, ni en los gajos de papa. Mi mente no piensa nada, de hecho.

Mi corazón habla; grita el nombre Dalia.

—Solo lo preguntaré una vez más —dice despegándose unos centímetros de mi rostro. Respira entrecortadamente y sus manos se aferran a mi ropa— ¿Puedo verte de nuevo?

Hace doce años...

Tomo solo cuando tengo visitas, pero hoy hago una excepción.

En el fondo suena una canción de EKARD que me recuerda mucho a Dalia. No soy fanático de la música electrónica. Sin embargo esos beats lentos y acompañados son tan sensuales que me aceleran el corazón. Como si advirtieran a la gente que los oye que algo seductor está a punto de suceder.

Eso es lo que me pasa. Ese cantar melancólico y la brillante presencia de los sintetizadores me recuerdan a Dalia y a su forma de andar por el mundo.

Hoy en día esta música ya no pertenece a la Dalia del presente. Es, en definitiva, la prueba contundente de que la mujer con la que me encontré en ese restaurante ya no es. Dejó de existir. En algún momento de estos siete años en que no nos vimos, algo cambió. Puede que todas las células que conformaban a Dalia murieron y ahora, aunque la humana que dice ser Dalia sigue manteniendo sus manías y sus recuerdos, ya no es la original.

O puede que haya sido al revés y sea mi yo del pasado quien dejó de existir. Eso explicaría porque ahora desconozco por completo a la mujer que vi ese día en el restaurante.

En todo caso, lo único que quiero hacer ahora es escuchar esta música y recordar el pasado:

Es lo único que quiero hacer.

Hace doce años comencé mis estudios de Mercadotecnia en la Universidad Arces. En aquel tiempo yo vivía en Aurora, un pueblo a las afueras de Agsa. Y aunque diga pueblo la verdad es que lo único rural que tiene son sus amplias porciones de cultivo y sus grandes cantidades de ganado. Casas, edificios, negocios e instituciones son tan urbanos como cualquier otra ciudad pequeña.

Yo nunca tuve aspiraciones tan grandes como las de mis compañeros. La mayoría quería irse a Agsa para estudiar en la Universidad de Ute o viajar a la Capital. Yo solo quería estudiar mercadotecnia y, para mi suerte, aunque la Universidad Arces era la única en el pueblo, tenían el plan de estudios que necesitaba.

Dalia, en cambio, tenía aspiraciones mucho más grandes que el resto de pueblo. Quería irse de Aurora y estudiar y trabajar en la Capital. Sin embargo, había pasado muy poco desde que su padre falleció y no quiso dejar sola a su madre.

Conocí a Dalia el primer día de clases.

Iba en bici cuando me dirigía a la universidad.

Estaba a unos seis minutos de llegar al campus. Aparté la vista del camino un momento porque sonó mi celular. Lo saqué de mi bolsa para revisarlo, pero solo era un mensaje publicitario.

Al levantar la vista de nuevo, una hermosa silueta apareció casi frente a mí. Sigo creyendo que no fue tanto la distancia, sino el asombro ante esa figura lo que me impidió reaccionar apropiadamente.

Torcí el manubrio a la derecha de forma abrupta y la llanta chocó contra el borde de la acera, haciéndome caer.

Admito que estuve mal que apartara la vista del frente mientras manejaba la bici, pero también ella tuvo la culpa porque no iba caminando sobre la acera, sino que andaba casi a mitad de la calle. Debía estar distraída, sumergida en profundas divagaciones porque ni siquiera se percató de que por poco la atropellada.

Cómo no iba exageradamente rápido mi maniobra evasiva resultó (más o menos) exitosa. La bici no se dañó y los rozones de los codos y las rodillas eran soportables.

Ella se acercó corriendo. Llevaba una blusa de hombros descubiertos y unos ajustados vaqueros a la cintura. En uno de sus firmes y suaves hombros colgaba una mochila. Se inclinó hacia mí...

—Hey... —dijo ella— ¿Estás bien?

Desde abajo pude apreciar como sus brazos desnudos se iluminaron como una reluciente estatua de bronce. Si verla de espaldas me impactó, ver su rostro casi me mata. Jamás había visto unos labios tan rojos, ni unas pestañas tan incisivas. Al verla me dieron unas inmensas ganas de estirar la mano y repasar con mis dedos su piel de canela.

Cuando al fin reaccioné sentí mucha vergüenza.

Una hermosa chica me había visto caer de forma ridícula. Intenté decirle que no pasaba nada y que estaba bien, pero en lugar de eso tartamudee y balbucee incoherencias. Ella asintió sin decir nada, quizá trataba de no perder la compostura para no reírse. Entonces, dejándome ahí tirado en el suelo, fue hacia mi bici y la levantó.

Esa chica se movía de forma armoniosa, no había ni un gramo de artificialidad en sus acciones. Toda su persona existía en el mundo, fundiéndose de forma perfecta con la naturaleza.

—Hey, ¿Necesitas ayuda?

Cuando menos me di cuenta ya estaba de nuevo frente a mí. Se inclinó para tenderme la mano y enrojecí. Me hizo sentir como un niño pequeño.

—Lo siento —le dije mientras aceptaba su mano.

—No pasa nada.

Me levanté y nos quedamos en medio de un silencio algo incómodo. Luego ella dijo algo, o fui yo. Ya no sé. El punto es que en ese breve intercambio de palabras descubrimos que íbamos a la misma universidad, a la misma carrera y que, además, nos había tocado en el mismo salón.

—¡Por cierto! Me llamo Dalia.

—Mucho gusto. Soy Eren.

El resto del camino platicamos sin parar. En solo unos minutos nos entendimos a la perfección.

En ese momento, hablando hombro a hombro con una chica tan afable y divertida, tuve la sensación de que la vida podía ser mucho más bonita de lo que creía.

Desde entonces comenzamos a juntarnos para las tareas y los trabajos. Cuando faltaba algún profesor caminábamos sin rumbo por el campus o nos echábamos en el pasto a comer.

Extrañamente, aun y con lo mucho que me gustaba y la cercanía que teníamos, jamás se me pasó por la cabeza tener con ella algo más que una amistad. Nos llevábamos bien como amigos y nos tratábamos como tal. Incluso ella tuvo algunos novios y yo tuve mis novias y nunca hubo ningún problema entre nosotros.

Esos primeros años no me sentí enamorado de Dalia. No que yo supiera. Fue hasta tiempo después que entendí que, desde el inicio, hubo algo aunque lo ignorara.

Yo debí darme cuenta por cómo me inquietaba estar lejos de ella. Mis ojos ansiaban percibir sus formas y sus colores. Si no la veía mis pupilas adolecían. No tenía tranquilidad. Mis oídos exigían escuchar ese "Hey" tan suyo y esa deliciosa risa a la que no le preocupaba sonar refinada.

El cambio entre nosotros sucedió mucho tiempo después y ocurrió en el lugar menos esperado; una granja para ser exactos. Jamás sospechamos que ese frío día sellaría para siempre los caminos que habríamos de seguir el resto de nuestras vidas.

No medimos las consecuencias. Actuamos por impulso, como los locos y los amantes. Tomados de la mano nos dejamos arrastrar por esa montaña rusa hasta que al final ya no hubo retorno.

No podía saber las miles de consecuencias que acarrearía aquel capricho nuestro. Ni siquiera pensé en las cosas que podrían suceder después de hacerlo, ni en cómo eso podría afectar nuestra amistad.

Cuando se es joven, difícilmente se ve más allá del mañana.

Jamás se nos pasa por la mente que las cosas que hacemos hoy nos pueden lastimar durante años.

PAULA

Martí y Scarlett Love

Cuando estaba en la secundaria, mi familia pasó por una etapa mucha extraña que recuerdo muy bien. En aquel tiempo mis padres aun vivían juntos.

Todos los días, a todas horas, entraban y salían de la casa un montón de personas; abogados, mafiosos, mujeres elegantes y hasta algunos reconocidos políticos de la ciudad.

Yo procuraba quedarme en mi habitación, pero siempre terminaba topándome con esas personas tan aterradoras cuando iba al baño o a la cocina.

Mis padres nunca me explicaron nada. Cada vez que preguntaba cualquier cosa sobre lo que sucedía, me respondían que no me incumbía. Siempre estaban enojados y constantemente peleaban. Jamás entendí lo que decían, pero sus gritos se oían por toda la casa.

Esto duró mucho tiempo hasta que cierto día se presentó un abogado llamado Sanler. Lo recuerdo a la perfección porque su cabeza era muy cuadrada y sus ojillos azules te helaban por completo. La boca parecía cerrada con pegamento, tenía un rostro de una rigidez absoluta.

Desde que llegó ese señor, el ajetreo en la casa disminuyó. Yo, a pesar de no saber nada de lo que pasaba, me relaje al ver que las cosas finalmente se tranquilizaban. Hubo un periodo considerable de paz...

Entonces fue cuando aparecieron ellos... La Familia Love.

Hoy vino a mi mente todo eso porque de nuevo mi madre me obligó a asistir a una de sus reuniones con Martí y Scarlett Love.

Nunca he sabido bien en qué líos se metió mi familia, tan solo sé que Martí Love les puso en contacto con el abogado Sanler y que, gracias a eso, todo se resolvió.

Desde entonces mi padre se fue alejando de nosotras. Mientras que mi madre comenzó a frecuentar a Martí Love. Se reúnen cada cierto tiempo y hablan sobre los avances en las investigaciones de mi madre.

Martí es un hombre muy desagradable. Cada vez que lo veo siento mucho asco y aversión. Siempre lo acompaña su hija Scarlett Love. Ambos esbozan una deforme sonrisa que podría ahuyentar lobos. Y sus ojos... Yo no puedo sostener sus miradas de serpiente por más de un segundo.

Definitivamente no son personas normales.

Martí, a pesar de estar en los sesenta, se ve sano y se mueve con agilidad. Siempre viste pulcros trajes de color oscuro y no tiene nada de cabello. Sus palabras son claras, exactas, concisas. No hay nada de vulgar en las cosas que dice. Aun así, hay algo en su voz que me revuelve el estómago.

Scarlett dice tener trece años... ¿Trece? ¡Esa niña no tiene trece! Yo tengo dieciséis y a su lado parezco una bebé. Ella tiene unos pechos gigantescos para su edad.

Siempre que estoy en esas juntas los tres hablan entre sí, como si fueran iguales.

Quizá sea un poco injusto ponerlo de esta manera, pero... creo que, por culpa de Scarlett, mi madre está todavía más decepcionada de mí.

Ella quería que yo fuera una Investigadora y que las ciencias exactas corrieran por mis venas como lo hacen en las de ella.

Me inscribió a numerosas clases y escuelas particulares para incrementar mi intelecto. Y, aunque nunca daba malos resultados, estaba lejos de ser un prodigo o de destacar en algo.

Cuando se dio cuenta de que no tenía talento para nada de lo que ella hacía, se hizo a la idea de que no había forma en que existieran niños prodigo en el mundo:

O al menos así fue hasta que se encontró a Scarlett.

Siento que desde entonces mi madre me odia un poco y, si antes no me hacía caso, desde que conoció a la Familia Love, soy prácticamente inexistente en su vida.

A mí me da igual. Ya me resigné hace mucho.

Mi mundo no es el que mi madre quiera para mí. Mi mundo será el que yo elegiré y que iré construyendo con mis propias manos.

Mientras tanto, los libros son mi único refugio. Ahí nadie espera nada de mí. Simplemente me siento a ser testigo de las fantásticas vidas de esos personajes.

Corte de cabello

Hoy no tengo mucho tiempo para escribir, se acercan los exámenes y tengo muchos trabajos que terminar ¡Pero tenía que escribir sobre esto!

El otro día Betty me dijo que le gustaba mucho mi cabello. ¡No lo puedo creer! Su cabello es muchísimo más bonito que el mío. Es corto y la sedosidad con que se mueve es como la del satén ondeando en un suave viento de verano.

Además me dijo que adoraba mis moños. De inmediato pensé en uno perfecto para ella. Es oscuro y con lunares blancos.

Al día siguiente, cuando se lo obsequié... ¡Ay, la expresión que puso! Sus ojos se humedecieron. Parecía que iba a llorar en cualquier momento.

Me abrazó.

Y ¡Wow! Nunca me habían abrazado así.

Annette me ha abrazado algunas veces, pero ni eso se compara a la forma en que Betty lo hizo.

Aunque el concepto del abrazo es simple, en la práctica es... No lo sé ¡Es tan raro! Como si la otra persona compartiera toda su energía contigo.

Me pregunto si yo también pude transmitirle algo a Betty con ese abrazo.

Espero que, si volvemos a abrazarnos, yo pueda transmitirle toda la felicidad que siento de haberla conocido y de poder hablar con ella.

Sobre cómo veo a Mateo

He reflexionado mucho sobre mi situación con Mateo.

Por más que lo pienso no creo que yo pueda verlo como más que un amigo.

Esas digo ahora porque, la verdad, no tengo ni la más mínima idea de cómo se siente estar enamorada de alguien. Es decir... claro que sé, en teoría, lo que debería sentirse. Pero hasta ahora no me ha pasado nada de eso.

Cuando pienso en Mateo simplemente me viene a la mente que es muy divertido estar con él y que me siento afortunada de que esté a mi lado.

Me pregunto si eso cambiará cuando Mateo tenga novia.

Su carisma es tanta que, si se lo propusiera, conquistaría a la chica más guapa de la escuela.

Verlo de esa forma hace que me sienta extraña... ¿Por qué Mateo sigue a mi lado? Quiero pensar que si está conmigo es porque siente esa misma conexión que yo. Hay tanta comodidad entre nosotros que estar juntos es lo más natural.

Aunque esa es solo mi percepción.

¿Le gustaré? Nunca me ha dado esa impresión. Jamás ha dado indicios de eso. Ni una palabra; nada.

Y es que entre más lo pienso más inverosímil me parece. Mateo no puede estar enamorado de mí. La forma en que me trata no tiene ningún tinte oculto. Así que, mientras las cosas sigan así, yo seré feliz.

Cambiando de tema, últimamente he hablado más con Betty. Me sorprende lo fácil que es acercarse a ella. Siempre estaba acostumbrada a que la gente se acercara hacia mí. Jamás lo había intentado yo hasta que conocí a Betty.

Lamentablemente son pocos y muy breves los momentos en que podemos charlar.

A Mateo no le importa que yo lo abandone de vez en cuando para ir con Betty, pero Mirna y Nayeli se ponen un poco agresivas cada que me acerco. Es como si Betty estuviera prisionera y ellas fueran los carceleros. Yo intento llevarle comida para que no muera y ellas pisotean la canasta de frutas frente a sus narices.

No importa. De momento, aunque sea poco, estoy feliz de poder hablar con Betty.

Paseo

Hace unas semanas la escuela organizó un viaje a un parque de diversiones y hoy finalmente llegó el día.

Cuando íbamos en el autobús mi plan era sentarme junto a Mateo. Al final, entre todo el caos, terminé perdiéndolo de vista y me subí a uno de los autobuses arrastrada por la corriente humana. Sin oportunidad de elegir, tuve que sentarme casi al fondo. Me quedé pegada al asiento de la ventana viendo cómo iban subiendo todos. No quería que alguien más, aparte de Mateo, se sentara conmigo.

Entonces vi a Betty caminando por el pasillo del autobús. Noté preocupación en su rostro también. Se veía perdida mientras miraba de un lado a otro los asientos disponibles. Y es que, aunque nadie lo note, ella tiene un problema similar al mío. No es exageradamente tímida como yo, pero me ha dicho que se siente incómoda con la mayoría de las personas. Aunque resiste una conversación incomoda, el estrés la desgasta al punto de hacerla gritar internamente.

Cuando nuestras miradas se encontraron, suspiré de alivio y eso me hizo muy feliz.

—¡Hola! —Saludó sonriente y sin pensarlo se sentó a mi derecha— ¿Y Mateo?

—Lo perdí —le dije. Y aunque al principio pareció extrañarse por mi sonrisa, no tardó en sonreír también.

Así, durante todo el camino platicamos sin parar hasta llegar al parque de diversiones.

El paseo fue... extraño.

Claro que me divertí mucho subiéndome a la montaña rusa y a los carritos chocones. Solo que todo estaba organizado de forma tan estricta que, en lugar de paseo, parecía más una visita guiada a la cárcel.

Dividieron nuestro salón en grupos pequeños y cada uno iba acompañado de un profesor. Desafortunadamente no me tocó estar con Mateo ni con Betty, así que me quedé sola.

Cuando todo terminó y tuvimos que subirnos de nuevo al autobús, los profesores estaban tan cansados que ya no les importó nada. Cada uno se subió donde quiso y con quien quiso.

Mateo, está vez, para no perdernos, me tomó de la mano, encaminándome hacia uno de los autobuses.

—Vamos. A ver si ahora si podemos sentarnos juntos.

Yo estaba por dar el paso, cuando volteé hacia Betty que estaba a mi lado. Cruzamos miradas y, sin ser totalmente consciente de ello, me resistí.

—Lo siento Mateo. Yo... Bueno, quería...

Miré a Betty para terminar de explicar lo que ya no podía decir con palabras. Me sabía mal abandonarlo así, pero quería pasar más tiempo con ella.

Mateo tenía cara de no entender. Y, de hecho, Betty también. Supongo que no pensó que la preferiría a ella antes que a Mateo. Solo que estar con Betty en ese momento me pareció lo más lógico.

Y es que en verdad lo es ¿O no? Los chicos se juntan con los chicos, las chicas con las chicas. No es que tenga una preferencia. Es que, simplemente, en ese momento, yo quería que fuera así.

Con Mateo pasó buenos momentos porque ya estamos acostumbrados. Pero al inicio no era así. A veces él tenía que hacer un esfuerzo para que la charla no muriera.

En cambio, con Betty... Bueno... Me encanta lo sencillo que es acercarme y hablar con ella.

Ya sentadas en el autobús Betty me dijo que se sentía mal por separarnos y que no era su intención hacer enojar a Mateo.

—¿Enojar? Mateo no estaba enojado.

—¿No? Hm... —Reflexionó un instante. Se pasó uno de los mechones detrás de la oreja— A mí me pareció que sí.

Mañana lo comprobaré. Si Mateo está raro anotare algo al respecto. Si no, es que fue todo imaginación de Betty.

Sobre Matías Omnos

Hoy hice llorar a Betty.

Ya habían terminado las clases y estábamos sentadas afuera del salón. Hablábamos de esto y de lo otro mientras mirábamos a los chicos jugar baloncesto en la cancha de la escuela.

No entiendo ni cómo sucedió. No fue mi intención. Simplemente se me ocurrió preguntarle algo sobre aquel chico que me contó la otra vez:

—¿Qué harías si un día te encuentras a Matías por la calle? ¿Lo invitarías a salir?

Betty primero no pareció comprender. Luego, el entendimiento iluminó lúgub्रemente su rostro. Esbozó una sonrisa triste y soltó aire con fuerza.

—N-no creo que eso sea posible...

Me consternó su voz. Jamás había visto en ella esa expresión.

—¡P-Pero Betty! ¡Todo es posible! Solo tienes... ¡Tienes que confiar!

Enseguida sus lágrimas brotaron sin parar. Sin decirme nada, Betty se dedicó a recoger esas gruesas gotas con el dorso de la mano y a sorber una y otra vez su pequeña nariz.

Me congelé en mi lugar durante un buen rato hasta que por fin se me ocurrió abrazarla.

Cuando estuvo más compuesta me preguntó algo muy raro:

—¿De verdad no te suena el nombre?

—¿Eh?

—Matías Omnos... ¿De verdad no sabes quién es? —iba a decirle que era el chico que le gustaba en la secundaria, pero adivinó mis palabras y me detuvo en seco antes de que pudiera decir cualquier cosa— ¡No! No me refiero a eso... Me refiero a... ¿No sabes nada de él? Además de lo que te he dicho...

Me quedé estupefacta. Es como si estuviera pasando por alto algo demasiado evidente... ¿Pero qué?

—Lo siento... —me dijo luego de un rato— No es nada... Olvida lo que te dije. Solo estoy sensible el día de hoy... Solo... Por favor, no volvamos a hablar sobre... Él... ¿Sí?

Asentí en silencio.

Tal vez sea mejor no ahondar más en ese tema. Tengo el presentimiento de que es un terreno que me es ajeno, y que no me corresponde explorar.

Día pesado

Hoy ha sido un día pesado. Hemos tenido un montón de exámenes.

Mateo me preguntó algo súper extraño. Me preguntó si me molestaría que él tuviera novia.

Yo le respondí que no.

Luego empezó a decirme un montón de cosas pero la verdad estaba tan cansada que no puse mucha atención a lo que me dijo.

Hoy no pude hablar con Betty.

Betty se comporta extraña

Betty ha estado rara últimamente.

Cuando me acerqué a platicar, su semblante era como el de alguien enfermizo. Además, de un tiempo para acá, no la he visto juntarse tanto con Mirna y Nayeli.

No lo entiendo.

He querido preguntarle si hay algo que la moleste o si puedo ayudarle en algo.

Sin embargo, no sé por qué, su mirada agotada me dice que no importa, que no pasa nada. Sé que, por más que insista, jamás me dirá lo que en realidad le pasa.

Estoy triste.

Tal vez no éramos tan cercanas como creí.

Sin palabras

Betty murió.
No sé... no tengo palabras.
Lo siento.

EREN

El inicio de todo

No puedo explicar bien porque ese día Dalia y yo nos besamos.

Es decir, las condiciones del entorno no eran precisamente las más favorables, ni las más románticas. Cuando sucedió estábamos sumamente cansados y con las camisas húmedas de sudor. Teníamos los tenis enlodados y los pantalones llenos de tierra.

La Universidad Arces está enfocada en las carreras relacionadas a la agricultura y ganadería por lo que, a las carreras administrativas (como la mía), se les imponía trabajo duro en el campo para familiarizarnos con el entorno.

Ese semestre visitamos una granja de calabazas. Nos recibió un granjero rechoncho con overol deslavado y camisa a cuadros. Llevaba un sombrero de paja y un paliacate rojo en el cuello.

El granjero fue dando indicaciones a los distintos grupos de alumnos que se formaron. Algunos transportaron sacos de fertilizante, otros limpiaron los campos con rastillos. Nadie se quedó de brazos cruzados.

Trabajamos desde las nueve de la mañana hasta medio día y, al terminar, quedamos extenuados a más no poder. Si el cielo no hubiera estado tan encapotado y el aire tan frío, más de la mitad se habría desmayado por el esfuerzo.

Yo, aun sintiendo el cansancio en cada fibra de mi ser, no dejé de mirar a Dalia mientras trabajaba. Ella también me miraba a menudo. Y, cuando nuestros ojos se encontraban, sonreímos con complicidad. Como si ya desde entonces adivináramos que algo de suma importancia estaba por ocurrir.

Ese día el cuerpo de Dalia exhalaba un profundo aroma a hierbas limpias, la piel relucía un sudor puro y salvaje. Su cabello revoleaba elegante, flotando entre el aire purificado de la mañana.

Aunque se notaba que le costaba moverse sobre la tierra húmeda, no le aborrecía la situación. De hecho, se lo tomaba como un reto. Ella era así. Tenía un lado lleno de energía que la diferenciaba de otras mujeres. Jamás hacía nada a medias y lo daba todo de sí misma hasta el final.

Dalia provocaba una ligera sensación masculina. No era algo que se evidenciara de forma física en alguna parte de su cuerpo, más bien era su aura. Como si la mitad de su alma fuera la de un hombre. Sus sentimientos eran sosegados y pasivos, y su humor congeñaba con el de los chicos del salón.

Quizá fuera por eso que Dalia tardó tanto en darse cuenta de toda la sensualidad que emanaba de su figura.

—¡Bien, chicos! —Gritó el granjero— ¡A descansar un poco!

Su voz resonó desde lo alto de la colina, donde se alzaba la rudimentaria, pero acogedora, casa. Todos fueron arrimándose, ascendiendo con esfuerzo para al fin encontrar descanso.

Yo me quedé observando esas figuras sentado sobre un grueso tronco debajo de un frondoso árbol. En la mano llevaba una bolsa donde iba tirando la basura que el aire llevaba hasta ahí. Envolturas, plásticos, pequeñas piezas de chatarra. Dalia se quedó con las manos en la cintura viendo a todos alejarse.

—Parece que ya es hora.

—Menos mal —respondí estirándome— creo que hice el ejercicio de todo el año.

—¡Hazme un espacio envidioso! —dijo empujándome con su cadera.

—¡Ay!

—Exagerado, ni te empujé tan fuerte.

Me golpeó en el brazo divertida. Empezamos a manotear de juego. Entonces ella buscó hacerme cosquillas y yo la sostuve por las muñecas. Ella se zafó intentando llegar a mis costillas con sus dedos. Nuestras risas resonaron por todo el campo, pero nadie parecía escucharnos.

Ese día, fresco y nublado, era solo nuestro.

—¡Ya, ya! —grité a carcajadas.

—¡Un poquito más! ¡Ándale!

Dalia era de esas personas que se reían por completo, con la boca, ojos y corazón. Yo amaba tanto escucharla reír de ese modo. No le preocupaba ser linda, ni tampoco llamar la atención. Por eso su risa era tan fresca y contagiosa.

Y no era solo su sonrisa. Toda su esencia de hada me enervaba. La femineidad de Dalia no era algo que yo ignorara. Desde un principio sabía la fuerza que poseía su cuerpo, la agilidad que residía en los tonificados músculos de sus largas piernas. La fragilidad de sus costillas. La dulzura de sus muñecas. La precisión de sus dedos. El ardor canela de sus mejillas... El sabor perfecto de sus labios.

Cuando por fin nos calmamos ya era demasiado tarde. Dentro de mi pecho el corazón me quemaba.

Todavía agitados por nuestros juegos, contemplamos pequeñas gotas de lluvia caer.

Una a una.

Lentamente las gotas fueron pintando la tierra de un marrón oscuro. Y así, sin prisas, punto por punto, la tierra se fue mojando hasta que una densa cortina cristalina iluminó esa escena gris y la llenó de una nostálgica alegría.

El olor de la tierra mojada nos renovó por dentro. Diminutas gotitas de agua nos golpeaban a veces, empujadas por las brisas rebeldes. Dulces aromas vegetales invadían nuestros pulmones.

—Hace frío... —dijo de repente.

Su brazo estaba pegado al mío. Sentía la calidez de su carne. Percibía la sangre correr debajo de esa piel, como fuertes ríos de agua salvaje.

Recargó su cabeza en mi hombro. Yo recargué la mía sobre la suya y, así, contemplamos el campo siendo humedecido por el cielo gris.

Sin querer mi mano izquierda rozó su mano derecha. Se estremeció como si la quemara, pero no la quitó:

Las entrelazamos.

Para este momento mis pulmones habían olvidado por completo lo que era llevar un ritmo de respiración. El aire entraba y salía sin ton ni son. Y yo sabía, por la forma en que el cuerpo de Dalia temblaba, que le pasaba algo similar.

Entonces se despegó de mí. Me observó. Vi algo alrededor de sus pupilas, un mensaje urgente. Una carta ardiente que rogaba ser abierta.

Cerró los ojos y yo cerré los míos también.
Alcancé sus labios y ese fue el inicio de todo.

Molesto

Había pasado una semana ya de aquel beso en la granja.

Mientras el tiempo pasaba, yo vivía a la expectativa. Esperaba que Dalia se arrojara a mis brazos en nuestros ratos libres o que me besara sin más a mitad de alguna conversación. Pero todo seguía igual. Era como si en realidad aquel beso nunca hubiera pasado.

Cansado de toda esa espera, decidí que lo mejor sería tomar iniciativa.

Por aquellos tiempos tenía una banda y nos habían contratado para tocar en una fiesta. No puedo decir que éramos la gran cosa, pero teníamos un buen repertorio y tocábamos bastante decente para ser tan jóvenes.

—Oye, ¿Quieres ir a una fiesta?

Cuando se lo pregunté estábamos sentados en una banca lejos del salón. El profesor de esa hora no había llegado a dar clases, así que decidimos aprovechar para comer algo. La sombra de un enorme árbol proyectaba una silueta oscura en el empedrado y nos cubría del sol.

—¿Una fiesta?

—Sí. Es que mi banda va a tocar. Es en unas cabañas a las afueras del pueblo. Se hace como una hora en coche.

—¡Hey! ¡Eso es genial!

—¿Vienes?

Lo pensó durante un buen rato. Creí que respondería de inmediato, así que el tiempo que transcurrió mientras esperaba su respuesta se me hizo eterno.

—Déjame ver... Tendría que pedir permiso a mi mamá.

Por la cercanía que teníamos, me pareció un poco tonto que lo pensara tanto. Hoy estoy consciente de que fue injustificado, pero no pude evitar sentirme enfadado con ella.

—Oh... Está bien.

—¿Dónde queda?

Le dije la ubicación aproximada y al escucharme torció la boca ligeramente.

—Bueno... Te confirmo en estos días.

Le dije que estaba bien y cambié de tema.

Seguimos hablando como si nada, pero, en el fondo, yo estaba muy molesto.

Cassandra

Al final, por supuesto, Dalia no me acompañó.

Así que, molesto y todo, fui a esa fiesta y tocamos durante dos horas.

Después de que acabó el concierto nos quedamos conviviendo con las personas de la fiesta y nos terminaron invitando a quedarnos todo el fin de semana.

—Hay camas de sobra, por eso no se preocupen —nos dijo Dani, el anfitrión de la fiesta.

Todos en mi banda rechazaron amablemente la invitación por dos razones:

1. No le si iban a dar permiso.
2. No querían tener problemas con sus padres.

Yo me quedé, no porque me hubieran dado permiso mis padres (y problemas seguro los iba a tener) sino porque sabía que eso era lo que necesitaba. Existir en ese momento y en ese lugar, alejado de todo, donde Dalia no existía en mi mente.

Conviví con muchas personas durante esos días, pero con quien más pase tiempo fue con Cassandra, una chica bastante peculiar.

Cassandra era bajita y usaba gafas. Su cabello era corto y abultado. La naricilla, una pequeña bolita a mitad de su cara. Acababa de cumplir veinticuatro años, pero por el pecho plano daba la impresión de tener doce. No tenía pelos en la lengua y defendía sus ideales hasta la muerte.

Lo que más me gustaba de ella era que sabía mucho de música. Era la primera vez que conocía a alguien que supiera tanto; ni siquiera los de mi banda podían igualarla en conocimiento musical.

Cuando mi banda se fue, Cassandra y yo nos quedamos platicando durante horas frente a la hoguera.

—¿Eh? ¡No seas tonto! —Me decía Cassandra sacando la lengua— Ese disco de Aleksan es una porquería. ¡Y lo sabes! ¡Lo sabes!

Me apuntaba con el dedo con fuerza cuando no coincidíamos en alguna opinión musical. Y tenía razón. Por aquel tiempo Aleksan recién había grabado un disco un poco diferente al resto, llamado “El Lugar”. En esencia mantenía las vibras de sus anteriores obras, pero cualquiera podía darse cuenta de que le faltaba algo. Yo lo defendía porque me parecía que Aleksan era de esos pocos artistas que no tenían artificialidad.

—En eso puede que tengas razón —decía ella— Cuando menos no le pasó lo que a Chay N. —Se hundió de hombros— ¿Quién le dijo que cantar reggaetón era lo suyo? Si ya no tiene nada que hacer mejor que se retire. Las baladas pop que hacía tampoco eran tan buenas, pero cuando menos estaban más decentes que la porquería que hace ahora.

Aunque su personalidad a veces era hosca, siempre lograba hallar algo bonito en su persona. Para mí era como mirar un frasco lleno de piedritas; muchas eran piedras normales, de esas que uno encuentra en la tierra, pero también había algunas brillantes muy bonitas. Diamantes quizá.

Nos la pasamos hablando hasta las dos de la mañana del sábado. En algún momento Casandra se me perdió y, como yo ya estaba muy borracho, fui a buscar un lugar donde acostarme. Alguien (no tengo idea quien) me prestó un saco para dormir y ahí dentro me tumbé.

Algo cálido y pequeño

Como a las dos de la tarde me desperté. Tenía medio cuerpo fuera del saco de dormir, pero como estaba dentro de una cabaña no había pasado tanto frío. A mi alrededor había un montón de camas desechas.

Me incorporé con pesadez y salí de la cabaña. La luz del sol me aturdió por un momento, así que me quedé de pie hasta que mis ojos se acostumbraron. Fuerá ya había varias personas que habían empezado a tomar otra vez.

Divisé a Casandra hablando con Dani cerca de una mesa con bebidas. A diferencia de mí, los dos se veían frescos y espabilados.

—Creo que es hora de que me vaya yendo—les dije a los dos después de intercambiar algunas palabras.

—¡No seas aguafiestas! ¡Quédate un poco más! —Insistió Casandra mientras me jaloneaba el brazo con sus pequeñas manitas.

Me gritaba como si hacerme quedar fuera algo imposible, pero yo, mientras fuera bienvenido, estaba más que contento de quedarme.

—Está bien, está bien... Me quedo.

Al escucharme los ojitos le brillaron mucho y esbozó una enorme sonrisa.

—¡Yey!

Me abrazó y, debo decir, nunca nadie me había abrazado así en mi vida. Creo que siempre estuve tan acostumbrado a mí mismo que no tenía ni idea de lo fuerte que podía ser el tacto de otra persona. Dalia, aunque ya me había besado y tocado, nunca me abrazó así. Quizá solo Casandra tenía el poder de transmitir mensajes importantes con su cuerpo.

Les envíe un mensaje a mis padres avisándoles que me quedaría más tiempo y que llegaría al día siguiente. La que se iba armar cuando regresara. Pero bueno, de eso me preocuparía después, ahora solo importaba el presente.

Una pequeña parte de mi aún estaba decepcionado por la ausencia de Dalia, así que por un instante pensé en escribirle. Luego me arrepentí enseguida. Decidí que lo mejor sería no darle importancia e ignorar el celular lo que restaba del fin de semana.

Cassandra me prestó un cambio de ropa (tampoco tengo idea de quién) que afortunadamente me quedó perfecto. Me duché, almorzamos comida recalentada del día anterior junto con otra docena de personas (que al parecer también se quedarían todavía un buen rato más) y luego me llevó a caminar.

El bosque era tranquilo y ligeramente húmedo.

—Conozco a la perfección este sitio. Dani y yo hemos sido amigos desde que éramos niños, así que venimos unas seis o siete veces al año. ¡Ah, mira! ¡Ahí está el acantilado que te dije hace rato! ¡De verdad se ve súper lindo! ¡Vamos!

Me tomó de la mano y me arrastro no sé cómo. Su pequeño brazo guardaba mucha más fuerza de la que aparentaba. Y, a la vez, algo en su tacto me sosegaba.

«Estoy tomándole la mano a alguien que no es Dalia...».

A pesar de que sabía que Dalia en esos momentos estaba en su mundo y de que yo también estaba en el mío, no podía dejar de pensarla. Estábamos demasiado separados el uno del otro como para que siquiera importase.

«No tienes nada de qué preocuparte. Conmigo estás seguro. Vamos a divertirnos.» me decía Cassandra a través de sus dedos, con ese tacto mágico que solo ella tenía.

Subimos una larga pendiente. Yo sudé mucho y estuve a punto de rendirme. No estaba acostumbrado a ese entorno. En cambio, Cassandra, se movía con naturalidad, como si hubiera nacido entre esas ramas y arbustos.

Al final llegamos a la cima y debo decir que, aunque fue difícil, había valido la pena. Nunca en mi vida había contemplado algo así y creo que ni siquiera hoy, habiendo pasado tantos años, nada me ha conmovido como aquello. El verde bosque se extendía hasta la infinidad, el cielo brillaba con un azul perfecto. Varios pájaros volaban en todas direcciones y a mí alrededor aleteaban muchas mariposas. Se respiraba un aire perfecto, no sé bien como expresarlo. Era como si el mundo se hubiera reiniciado y estuviera cubierto por completo de esos gigantescos bosques.

Ahí, sentados debajo de unos grandes pinos, Casandra me habló sobre su infancia. Me contó a detalle como se hizo amigo de Dani y sobre las veces que han estado en esas cabañas.

Yo la escuchaba atentamente. Algo me decía que, aunque estuviera contando todo tan elocuentemente, era la primera vez que hablaba de su pasado con alguien más. Yo lo intuía por la forma en que entornaba, entornaba los ojillos y sonreía ligeramente. Una expresión tierna que no mostraba nada más porque sí.

Luego me preguntó sobre mi vida, aunque sobre mí no había demasiado que decir. Le conté de cosas de la universidad y de cómo se había formado la banda.

Evité, por supuesto, pronunciar el nombre de Dalia en todo momento. Sentía que si lo hacía la magia de ese mundo desaparecería para siempre.

Tras mirar el acantilado un rato más bajamos la colina y a las cabañas a comer algo. Después me llevó a conocer un bonito río que estaba cerca y, no sé si fue el cansancio o el sonido del agua corriendo por aquel canal, pero me dio un montón de sueño.

Cuando se lo dije asintió sonriente.

“¿Por qué me habría sonreído así?” recuerdo que pensé.

Cuando regresamos me llevó a una estructura que estaba algo apartada de donde estaban todos. No era pequeña, pero daba esa impresión porque la cabaña principal era enorme. Yo pensaba que se trataba de algún almacén o algo parecido, pero en cuanto entré vi que se trataba de una acogedora cabañita. Dentro había una cama, un comedor, una cocina, una puertita que daba al baño; todo en un solo y amplio espacio.

—Estoy muerto... —dije echándome a la cama— ¡Ah! ¡Qué suave está el colchón!

—Lo sé. Cuando vengo Dani siempre me deja usar esta casita para mi sola.

—¿De verdad? Eres afortunada. Este sitio es una belleza.

Cassandra se acostó a mi lado.

—Lo sé...

Poco a poco me fui hundiendo en el sueño. Sentí mis pies hormiguear. Uno a uno, mis músculos empezaron a reclamar el sobreesfuerzo al que los sometí.

—¡Hey! ¿Te estás quedando dormido?

—N-no...

Sentí que me empujó ligeramente. Dijo cosas, no supe bien qué, yo solo escuchaba como lejanos balbuceos. Intentó evitar que me durmiera solo que, en lugar de eso, su linda voz me arrulló más. Fue como estar acostado a la orilla de la playa con las olas acariciándome el cuerpo, mientras que en el fondo las gaviotas anunciaban la inminente aparición del atardecer.

Algo cálido y pequeño se posó sobre mi pecho.

Lo único que me importaba

Cuando desperté de nuevo ya estaba oscuro. Por las ventanas de la pequeña cabañita entraban fulgores coloridos que iluminaban escuetamente el interior. Se oía música apagada desde la cabaña principal.

Cassandra estaba echada encima de mí, profundamente dormida. No sabía dónde estaban sus lentes, pero se veía sumamente diferente sin ellos. Las pestañas se extendían amplias sobre sus mejillas. Sus labios, tan pequeñitos, se antojaban tiernos y suaves cuando uno los miraba sellados. Ya me había acostumbrado a escucharla hablar, así que al verla tan quieta sentí algo de nostalgia.

Entonces, como si supiera que la observaba, inspiró y comenzó a espabilarse. Su respiración era como el rumor de las olas.

—¿Hm...? ¿Qué hora es?

—No tengo idea... —susurré.

Me observó a los ojos. En lugar de extrañarse o avergonzarse por la situación, me brindó una aletargada pero adorable sonrisa.

—Te ves muy lindo despeinado.

—Y tú estás muy bonita cuando duermes.

Cassandra abrió los ojos como platos. El aletargamiento en su rostro desapareció en menos de un segundo. Echó la cara contra la cama y me golpeó en la panza.

Esa noche nos trató como a todos los que están en la flor de la juventud.

La luna nos dosificó los momentos de a poco, envolviéndonos en una suave cortina de afabilidad. Las ondas musicales flotaban entre el límpido aire nocturno, transmitiéndonos lo verdaderamente esencial.

La cerveza iba y venía. El humo del cigarro flotaba sobre nosotros como las nubes anunciando una deliciosa lluvia.

Yo me la estaba pasando tan bien que por un momento me pregunté cómo es que podía vivir en aquella otra realidad, con el estrés de la universidad y la aburrida cotidianidad de la vida.

Como ya era la una de la mañana del domingo, podía decirse que esa fiesta ya había durado tres días y Dani, el cumpleañero, parecía contento con ello. No le preocupaba en absoluto tanto descontrol. De hecho, creo que yo era el único que ignoraba que aquello duraría tantos días porque las provisiones de comida y de alcohol nunca escasearon.

—¡Es una pena Eren! —Me decía Dani mientras me pasaba el brazo detrás del cuello— ¡Tu banda toca muy bien! ¡Ojalá se hubieran quedado todos! ¡Les habría pagado bien!

Dani, en apariencia, era el típico macho alfa que abusa de los más débiles. Sin embargo, aunque es verdad que llamaba mucho la atención, y las mujeres se morían por él, en realidad era un tipo de buen corazón. Lo pude constatar porque su novia, Amelia (hermosa como protagonista de película) hablaba muy bien de él. Y ella también, a pesar de lo que pudiera pensar la gente, era alguien noble. Además, se notaba que los dos querían mucho a Casandra y la trataban como si fuera su hija.

—Oye... —me dijo Amelia después de que hablé con Dani— tú y Casandra hacen bonita pareja.

Me sonrió con complicidad. Los dos estábamos al pie de la cabaña y observábamos a Dani y a Casandra charlar animadamente junto a la hoguera encendida.

Me sorprendió un poco su comentario. Fue hasta que volví a quedar a solas con Casandra que me di cuenta de que, efectivamente, debíamos dar la impresión de estar quedando. Prácticamente no nos despegamos en todo este tiempo. Incluso dormimos en la misma cama.

Me sentí demasiado tonto, además de confundido.

Me la estaba pasando tan bien que no me había dado cuenta de lo que sucedía bajo mis narices.

Me estaba acercando demasiado a Casandra. Y eso no me desagradaba del todo: pero no era Dalia.

Y eso, a pesar de todas las virtudes que tenía Casandra, era lo único que me importaba.

Podría regresar de nuevo a estas cabañas

Tres de la mañana del domingo. Casandra estaba muy ebria y quiso besarme.

Me pareció tan adorable que estuve a punto de corresponderle. Pero al final no lo hice. Aunque también estaba tomado, todavía alcanzaba a comprender lo mal que estaba besar a una muchacha que no podía ni estarse de pie.

Sin embargo, esa no era la verdadera razón de que no quisiera besarla.

La llevé a la cabañita donde dormimos el día anterior. La ayudé a recostarse, le quité los tenis y me senté al borde de la cama. La cabeza me daba vueltas.

Luego de un rato, cuando estuve mejor, me puse de pie. Entonces de nuevo, haciendo uso de una inusitada fuerza, Casandra me tomó por la muñeca con su pequeña manita.

—No te vayas... —dijo— acuéstate... aquí... conmigo...

Sus palabras no eran las de una mujer ebria. Eran la súplica de una niña abandonada a mitad de una tormenta.

Apreté los labios. Asentí.

Me recosté a su lado. Por las ventanas entraban lucecitas de colores y la música apagada. Afuera la fiesta no menguaba.

El cuerpo de Casandra se sentía cálido y suave. Tal vez no fuera voluptuosa, pero yo lograba percibir, en sus esbeltas piernas, en su pequeña cintura, en su ombligo de botón, ese mensaje que intentaba transmitir:

«Mi cuerpo es especial, porque puede dar amor».

Cassandra intentó besarme de nuevo. Evite sus labios y le bese la mejilla. En silencio, soltó una cristalina lágrima que resbaló por su piel. Mi pecho se entumió por el dolor.

Le quité los lentes y los dejé en la mesita de noche.

—Dime la verdad... —balbuceo— ¿No te gusto?

Y se soltó a llorar.

Yo, en silencio y con cuidado, me dediqué a enjugar sus lágrimas mientras pensaba en una respuesta. No quería decirle una mentira, pero la verdad era demasiado compleja y ni yo podía darle una forma concreta.

Suspiré.

—Me gustas...

Eso no era mentira. Yo la quería porque me había transmitido algo muy especial; más no era a quien yo quería entregarle mi todo.

¿Por qué? Esa era una muy buena pregunta que no pude responder de inmediato.

“*¿Es por Dalia?*” pensé.

Estaba tomado, pero mi mente le daba vueltas una y otra vez a todas las posibilidades y los diferentes futuros que podría tener si me decidía a amar a Casandra para siempre.

Podría regresar de nuevo a estas cabañas. Pasar sus cumpleaños juntos. Volverme amigo de Dani y Amelia. Tener citas dobles con ellos. Invitar a Casandra a mi casa y quedarnos hasta tarde escuchando discos. Ella asistiría a mis conciertos. No me queda duda de que ella estaría siempre ahí para mí y yo también me quedaría a su lado porque con ella el mundo se siente demasiado distinto.

»En cambio, Dalia...

»*Dalia jamás ha tenido la iniciativa que hoy ha tenido Casandra. No me escucha cuando hablo de música, ni tampoco parece importarle cuando le hablo de mi banda.*

»*Si ahora ignoro estos sentimientos, tanto los míos como los de Casandra ¿Me esperará algún buen futuro con Dalia?*”

No lo sabía.

Podía imaginarme muchas cosas al lado de Casandra, pero cuando intentaba visualizar mi vida al lado de Dalia todo estaba borroso.

“*Y es que, para empezar, no sé qué es lo que hay entre Dalia y yo. Jamás me ha dicho que me quiere.*”

Abracé con fuerza a Casandra contra mi pecho. Ella se aferró a mí.

Esperaba que, de algún modo, con ese abrazo, ella pudiera entender todo lo que me sucedía por dentro.

Esperaba que fuera así.

Regreso a la realidad

El lunes que regresé de ese mágico fin de semana no fui a la uni porque no me sentía bien. A pesar de que las clases iniciaban en la tarde, mi cabeza aún daba vueltas. Dalia ni siquiera me escribió para preguntarme porque no había ido a clases.

El martes hablé un poco con Dalia. Intenté portarme indiferente y cortante, pero creo que ella ni lo notó.

El miércoles vi que subió en sus redes sociales fotos de un viaje que hizo el mismo fin de semana que fui a las cabañas.

El resto de la semana no asistí a clases. Tomaba mi mochila y salía siempre a la misma hora para que mis padres no sospecharan. Deambulaba por doquier escuchando música. Me quedaba en parques mirando a la nada. La mitad del tiempo me preguntaba qué era lo que quería Dalia y la otra la maldecía.

No entendía qué estaba pasando.

PAULA

Ha pasado mucho tiempo

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que escribí y bastantes cosas han cambiado, excepto una:

Aun extraño a Betty.

Ahora vivo sola. Escribo esto desde mi nueva habitación en una bonita casa que me consiguió mi padre.

Como tiene una empresa de bienes raíces, le pregunté por mensaje si tenía alguna casa disponible. Como respuesta solo recibí una dirección, una fecha y una hora.

Cuando llegué ahí una de sus asistentes me dio un recorrido por toda la casa y me dijo que no debía preocuparme por el pago de los servicios. Al final, esbozando una enorme sonrisa, me entregó las llaves.

Esta ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida. Necesitaba un espacio para mí.

Yo...

Yo no he superado lo de Betty...

Es que...

Simplemente no lo entiendo. ¿Por qué algo así tenía que pasar?

Hoy me dieron muchas ganas de escribir. Necesitaba hacerlo para calmarme y aliviar esta tensión y dejar salir lo que siento.

Me habría ayudado mucho también poder platicar de todo esto con Mateo. Pero la muerte de Betty coincidió con el hecho de que se consiguió una novia.

Nos distanciamos en parte por su novia, en parte por lo de Betty.

Yo, la verdad, no podía pensar en nada que no fuera Betty. Así que, honestamente, me dio igual lo que hiciera Mateo. Me daba igual si después de clases se iba con su novia, que tuviera citas, que fuera al cine y que pasara las tardes en su casa.

¡Con una mierda!

Lo que a mí me dolía era que Mateo estuviera tan indiferente a la muerte de Betty.

Cuando nos dieron la noticia en el salón de clases sentí unas ganas inmensas de abrazar a Mateo, que viniera a mi lugar y que llorara conmigo. Y pensé que lo haría. Vi que tenía intención de hacerlo, pero algo lo detuvo.

Quizá era porque ya tenía novia y pensó que abrazarme no sería lo correcto. Claro que en ese momento yo no lo sabía, y por eso lo odie con todas mis fuerzas. Fue solo un breve instante, pero lo odie.

Hay días en que no puedo evitar hacerme las mismas preguntas una y otra vez.

¿Y si Betty nunca hubiera muerto?

¿Y si nuestra amistad hubiese trascendido fronteras impensables?

Ahora jamás lo sabré.

Escribiendo historia

Desde hace unas semanas he estado escribiendo una historia.

Habla sobre un chico y una chica que quedan atrapados todo un fin de semana en una mansión/museo. Los dos deben encontrar un lugar donde dormir y también agua y comida. Lo interesante aquí es que hay un guardia esquizofrénico que olvida su medicamento y empieza a volverse más inestable conforme pasan las horas.

Al principio quería que fuera algo de miedo. Pero entre más me adentro en los pensamientos de Lía (la protagonista) más me doy cuenta de que sus sentimientos tienen una complejidad insospechada. Además de que poco a poco voy descubriendo secretos en esa mansión.

¡Estoy emocionada! ¡Ay, ya quiero saber en qué termina esta historia!

La novia de Mateo

Hoy conocí a Sara, la novia de Mateo.

En realidad, siendo más exactos, ya la conocía, aunque solo de vista.

Es un año mayor que nosotros. El cabello le llega a los hombros y es muy lacio. Brilla como una cortina dorada iluminada por el atardecer. Su boca es sumamente atractiva. No sé por qué, pero eso es lo primero que veo en ella cuando aparece buscando a Mateo. Solo hay algo en ella que me incomoda un poco; nunca disimuló ni un poco su mirada de odio cada vez que nos veía platicando a Mateo y a mí.

—¿Qué dices? —Me dijo divertido cuando se lo comenté— ¡Si ella es toda una dulzura! Así es su cara. A veces parece que está enojada, pero en realidad es un amor. ¿Por qué no vienes con nosotros hoy? Así verás lo linda que es. Pasaremos un rato en el Café Hearth.

Mateo sonaba tan convencido de eso que llegué a dudar de mis sospechas.

Afortunadamente hoy, en el cumpleaños de Mateo, comprobé que no estaba loca.

—Si te odiaba un poquito, la verdad —me confesó Sara.

Mateo, con toda la intención del mundo, nos puso juntas en la misma mesa. Yo, por el rabillo del ojo alcancé a ver que Sara, en el fondo de pantalla de su celular, tenía una de las portadas de la Saga de Mirland. Cuando se lo comenté los ojos le brillaron de la emoción. Así fue como empezamos a hablar.

Comprendí admirada que Mateo eligió a Sara, no solo porque era bonita (que vaya que lo era), sino porque se entendía con ella a la perfección. Ambos comparten muchas de virtudes y varios defectos. Por ejemplo, interrumpir a las personas cuando hablan.

Es como si la mitad de Sara fuera idéntica a Mateo y la otra totalmente opuesta. Las gruesas pestañas de Sara exhalan orgullo y altanería. Arroja las palabras con un filo que te atraviesa. Mateo, por el contrario, es alguien humilde que siempre busca la mejor manera de expresarse.

Se complementan bastante bien. Mateo se ve muy feliz, así que con eso me basta.

Seguramente pelearán como todas las parejas, pero sin lugar a dudas lo superarán. Son muy listos. Dudo que corten por alguna tontería.

Como sea. Estoy feliz de que Mateo sea feliz con ella. Aunque Sara pueda parecer algo fría, en realidad tiene una forma muy linda de tratar a Mateo. Puede que su rostro no sea tan expresivo, pero se nota enseguida que está enamorada de él.

Eso me hace pensar...

Se me vino a la mente la conversación que tuve con Betty.

Me alivia un poco darme cuenta de que no siento celos ni tristeza ahora que Mateo tiene novia. Estoy muy bien, la verdad.

...

Parece que fue hace un siglo cuando hablé con ella sobre Matías Omnos; su amor de secundaria...

¿Cómo habrá sido esa etapa para Betty? Seguro que estaba muy bonita cuando pensaba en su amor no correspondido.

Es tan extraño pensar... pensar que Betty ya no podrá enamorarse nunca más de nadie, y que nadie se enamorará de ella.

Eso quiere decir que, ahora mismo, allá afuera, en algún lugar, está el chico que pudo haber sido el amor de su vida. Y ese chico ni siquiera sabe que se perdió para siempre de la chica que lo hubiera hecho la persona más feliz de la tierra.

Es tan trágico...

Solo por eso no me he matado.

Porque si, lo he pensado. He pensado en morir.

Pero... si muero ahora, no habrá oportunidad de nada.

Y, si vivo, tal vez, en algún momento, de algún modo, alguien me salvará. Y tal vez yo pueda salvar a esa persona también.

Solo por eso me mantendré viva, aunque pasen muchos años.

Falta algo

Hoy la escuela nos llevó al museo.

Me la he pasado muy bien, aunque no dejo de pensar en que falta algo.

¿Será Betty?

No...

Ya pasó mucho tiempo de eso. Aunque lamento que no esté aquí, nada hará que regrese.

Eso que me falta tiene que ver con algo que estoy pasando por alto.
Eso creo.

No tengo muchas ganas de escribir hoy...

Sobre ser escritora

Hoy vi en la tele una entrevista que le hicieron a Eleazar de Cos, el autor de la Saga de Mirland. El último libro está por salir, así que pusieron ese especial en la noche al terminar las noticias de las diez.

Eleazar es, sin lugar a dudas, un hombre bastante extraño. Y por extraño me refiero que su apariencia es tan promedio que, mire por donde lo mire, no parece el creador de algo tan fantástico como la Saga de Mirland.

No es queja, ni tampoco lo estoy criticando. De hecho es un alivio para mí. Me hace pensar que, no sé, tal vez incluso alguien tan promedio como yo puede volverse Escritora.

¡Ah, no lo sé!

Sería muy bonito poder vivir de eso.

Sin embargo...

Últimamente muchos profesores me han preguntado si ya sé a qué universidad quiero ir. Como tengo buenas calificaciones todos me dicen que podría entrar sin problemas a la prestigiosa Universidad Ute de Agsa. Y es verdad. No soy mala estudiando... Mas no estoy tan segura de sí es lo que quiero.

Estoy acostumbrada a trabajar en los deberes escolares, en cumplir académicamente. Pero, si me preguntan si lo disfruto... pues, bueno, realmente no lo disfruto.

En cambio, cuando escribo algo, sea lo que sea, soy muy feliz. Ya sea que redacte algún poema, este diario, o cualquier tipo de historia que se me ocurra.

Una parte de mi piensa que tal vez esto solo es pasajero. Y es que también me quedo pensando en si alguien de verdad querría leerme a mí ¡A mí!

Vamos... solo soy una niña. Seguramente Eleazar de Cos se reiría de mi forma de escribir.

Y aun así...

Aun así...

¡Quién sabe!
De todos modos, no dejaré de escribir. Porque es lo que me gusta.
¿Tal vez cuando crezca encuentre las respuestas que busco?

EREN

Primera vez

Una mañana de sábado recibí un mensaje de Dalia.

11:05 a.m. | DALIA: Hey... ¿Ya hiciste lo de informática?

Yo estaba acostado sin hacer nada. Me dedicaba a estirar el cuerpo y a bostezar. La noche anterior me desvelé viendo una trilogía de películas de miedo. Ya pasaban de las once y no había desayunado.

El mensaje de Dalia hizo que me despertase del todo y me puso de buen humor.

11:06 a.m. | EREN: ¿La tabla de ventas? Si ¿Por qué?

Ya habían pasado tres meses desde que nos besamos en la granja. Y mi enojo hacia ella por lo de las cabañas duró apenas una semana.

Desde entonces hemos salido en varias ocasiones a bares o a fiestas. Casi siempre terminábamos besándonos. Eran besos largos, profundos y continuos.

La forma de besar de Dalia era suave y apasionada. Como cuando uno se halla flotando a mitad del océano y, sin previo aviso, es arrastrado por enormes olas que nacen de profundidades inusitadas.

11:10 a.m. | DALIA: ¡Ugh! Es que por más que lo intento no me sale como lo pidió el profe.

11:12 a.m. | EREN: Es que sí está un poco complicado, la verdad. También batallé bastante. Si quieres puedo mandarte el archivo para que veas como lo hice.

Pasó media hora, pero no me contestó. Me dije que quizá se había ocupado y bajé a desayunar. Mi madre estaba en la cocina calentando comida que había quedado del día anterior.

Me senté en el comedor a mirar la tele. Ella siempre veía las noticias y se molestaba mucho cuando le cambiaban de canal, así que no me quedó nada más que resignarme.

Empezaba a adormecerme de nuevo, cuando finalmente recibí respuesta de Dalia.

11:16 a.m. | DALIA: ¿Y si mejor me explicas? Ya sabes que no soy tan buena como tú en eso de las computadoras. Si quieras puedo ir a tu casa.

Reflexioné un poco antes de contestarle el mensaje. No tenía nada en especial que hacer ese día, sin embargo, había algo en su mensaje que me inquietó y no supe qué.

11:21 a.m. | EREN: Claro. Tú dime cuando puedes.

11:21 a.m. | DALIA: ¿Puedes hoy?

11:22 a.m. | EREN: Sí.

11:23 a.m. | DALIA: Bien. Entonces... ¿Te parece a las seis?

11:24 a.m. | EREN: Ok. Aquí te espero entonces.

11:30 a.m. | DALIA: Gracias.

Mientras desayunaba no dejaba de darle vueltas a la conversación que habíamos tenido.

No pasó nada, ni dijo nada comprometedor: ¿Entonces por qué sentía tantos nervios?

—Hola, cuanta puntualidad.

—Yo siempre soy así, ya lo sabes.

En cuanto le abrí la puerta a Dalia no pude evitar sonreír. Es que no había forma en que no me sintiera feliz al admirar toda su persona.

Iba vestida con unos ajustados vaqueros a la cintura y una blusa con los hombros descubiertos.

Atravesamos la sala en silencio. Yo no sabía si mencionar que en ese momento no había nadie, pero seguramente debió intuirlo por el silencio y la tranquilidad del lugar.

Subimos las escaleras y comenzamos a hablar sobre otros trabajos de la universidad. Teníamos pendientes algunos ejercicios de contabilidad y también preparar una exposición para la materia de Investigación.

Yo intentaba actuar normal, pero teniéndola tan cerca no podía serenarme. Cada parte de su cuerpo me llamaba y su perfume me estremecía los pulmones con cada inhalación.

Al llegar a mi cuarto nos sentamos frente a la computadora y comencé a explicarle como había hecho yo aquel trabajo de informática.

Pasados unos minutos, estaba tan sumergido en el tema, que sin darme cuenta ya estaba relajado otra vez. El trabajo para completar esas tablas era complejo. Había que relacionar muchos datos y también se necesitaba saber una pizca de programación. Yo le ayudaba a Dalia con entusiasmo porque me gustaba el orden que se requería para hacer ese tipo de trabajo. Todo tenía su lógica y su forma de hacerse.

Ella me prestaba atención y, de cuando en cuando, me hacía preguntas. La dejaba que hiciera algunas cosas y en otras yo tomaba el control por completo.

Para cuando terminamos el sol ya se había ocultado y la habitación quedó a oscuras. La luz del monitor pintaba nuestros rostros de blanco. Fuera empezó a chispear un poco. El cielo había estado nublado durante gran parte de la tarde, así que no era de extrañar. Por la ventana entraba aire fresco y olor a tierra mojada.

—V-Voy a prender la luz...

Hice ademán de levantarme, pero antes de poder hacerlo Dalia me bloqueó con su brazo. No fue un gesto repentino, ni tampoco brusco. Aun así me sorprendió mucho.

—¿Para qué la prendes?

Iba a decirle que ya no se veía nada, pero entonces caí en cuenta de lo estúpido que iba a sonar eso.

La observé.

La piel de Dalia, iluminada por la luz del monitor, la hacía ver como una deidad esculpida en mármol. Su potente respiración le elevaba el pecho y los mechones que le cubrían el escote danzaban con dulzura sobre él.

Recargó su cabeza sobre mi hombro y entonces todo fue perdición.

El tacto de su cabello hizo que mi pecho se elevara con vertiginosidad. Me hiperventilé en segundos. Me temblaban las manos ligeramente.

“*¿Acaso va a pasar lo que creo que va a pasar?*” recuerdo que pensé.

Yo también posé, con cuidado, mi cabeza sobre la suya. Nos tomamos de la mano y nos quedamos así, escuchándonos el uno al otro; discerniendo la intensidad de los latidos que retumbaban en nuestro pecho.

Nos comunicábamos algo importante, algo trascendental. Nos preparábamos, sin saberlo, para un ritual:

Entonces nos encaramos.

Fue solo un segundo. Al atisbar la luz en el fondo de las pupilas de Dalia tuve suficiente para saber que estaba lista. Ella, a su vez, debió ver en mis ojos que estaba listo también.

Nos besamos.

La sensación de su húmeda lengua en mi boca jamás dejaba de sorprenderme. Siempre que la besaba me parecía que era la primera vez.

Sus besos me trasladaban, invertían mi masa, desajustaban el ritmo de mi corazón. Con sus besos yo me convertía en agua. Era un agua cristalina estancada a mitad de un tranquilo bosque. Agua en la punta de una filosa ola.

Sus largos dedos me acariciaron desde las orejas hasta el pecho. La suavidad de sus yemas traspasaba mi piel y acariciaba las paredes de mi corazón. Me entregaba todo con su aliento, como si no le importara perder su propia esencia en el acto. Fundió sus partículas con las mías con tal de preservar su espíritu en mí.

Tomé los bajos de su blusa y en automático levantó los brazos. La prenda abandonó su cuerpo. Los tirantes de su sostén eran delicados, frágiles. Ante el más mínimo suspiro se desvanecerían dejándola vulnerable.

Nos besamos de nuevo.

Dalia me fue arrastrando. Mi erección endureció y ella debió notarlo porque entonces alargó brazo y me acarició con profundo cariño. Luego, justo como sospeché, en cuanto rocé los delicados tirantes, resbalaron por sus hombros con soltura. Dalia suspiró.

—¿Y si nos recostamos?

Sus labios pronunciaron cada palabra con un susurro claro y afilado, perforándome la parte más tierna del cerebro.

Y es que no me estaba preguntando, me estaba mostrando lo que era mejor para los dos.

Nos alejamos de la computadora. Dimos dos, tres pasos. Ella posó su mano sobre mi pecho y me empujó para que me recostara. Se colocó a horcajadas sobre mí. Se llevó una mano a la espalda y, con un solo movimiento, el sostén se desprendió de su cuerpo como una criatura desorientada.

Así, con el torso desnudo, se abalanzó sobre mí para besarme.

Le acaricié la espalda. La línea que la dividía era suave, precisa, llena de enigmas. La repasé una y otra vez hasta comprender de dónde provenía toda esa fuerza. Los músculos ahí eran exactos, perfectos, sin nada que les sobrase. Más adelante comprendí que era así, que en el cuerpo de Dalia no había nada de menos, ni nada de más. Todo tenía una absoluta exactitud y simetría. El estándar de la perfección estaba en cada elemento de su persona.

—Quítatela... —me pidió jadeando, refiriéndose a mi playera.

Obedecí.

Me fue trazando con cada movimiento suyo. No estaba siendo reconfigurado, ni modificado: Esa noche, Dalia, me creaba desde cero.

Al exhalar su aliento en mi garganta me enseñaba a respirar. Y, con los besos en mi cuello, sellaba para siempre su obra maestra, su fechoría, su travesura...

—Hey... —susurró en mi oído— ¿Quieres hacerlo?

El shock entero traspasó mi razón. El libido me cubrió por completo, como las costas engullidas por el mar cuando un huracán amenaza con devorarlo todo.

—Quiero... —le respondí.

Dalia suspiró. Se bajó de mí y se quedó al pie de la cama. Me miraba fijamente. La luz del monitor resplandecía detrás de ella. Lentamente se desabrochó el pantalón y lo deslizó hasta dejarlo caer al piso.

Yo, a pesar de que no era ajeno a las seductoras formas por las que estaba compuesto su cuerpo, me quedé boquiabierto. Ahí estaban las cerradas curvas de su cintura, el filo de su cadera, el arco perfecto que trazaban sus muslos.

Alcé la mirada hacia ella. Intenté hacerme escuchar por encima de nuestros latidos. Pero no tenía caso, no le llegaban mis mensajes.

—No importa... —Pensé— No importa...

Ella me miraba con los ojos entrecerrados y las cejas ligeramente bajas, como si le preocupara algo. Por la boca entreabierta se asomaron sus dientecillos blancos y, alrededor de estos, el rojo de sus labios me advertía el incendio que estaba a punto de provocar.

Deslicé mis pantalones fuera de mí, aunque me sentí un poco torpe por no hacerlo con la misma gracia que Dalia. Yo parecía un extraño reptil arrancándose las escamas, mientras que Dalia simplemente mudó de piel deslizándose fuera de ella.

No fue sino hasta después (mucho después) que yo comprendí muchas cosas sobre lo que pasó aquel día. Cosas que debieron ser obvias pero que yo, cegado por mi inexperiencia, no pude ver. Y hubo una en específico que, al día de hoy, me sigue sorprendiendo: Dalia desde un inicio supo que aquella sería mi primera vez.

Cuando quedé completamente desnudo Dalia subió de nuevo a la cama y gateó hacia mí. Llevaba algo en la mano.

—No te muevas...

Me desconcerté pero comprendí enseguida que aquel extraño objeto era un condón. Nunca había usado uno y fue un alivio ver que Dalia hacía todo por mí.

—Me voy a subir... ¿Ok? —susurró.

—Sí...

Alzó la cadera para colocarse encima de mí. En cuanto me sentí entrar en ella todo se volvió confuso, lleno de saltos en el tiempo. Los segundos se estiraron como goma y las horas se escurrieron entre los resquicios de nuestros cuerpos.

Mis desvaídos alardos la emocionaban, yo lo notaba por la forma en que arremetía contra mí. Sus manos se apoyaban contra mi pecho y ahí, en esa estabilidad, ella se afianzaba para castigarme y recompensarme. Para construirme y destruirme.

«Te amo...» pensé en decirle.

Pero no... Por la forma en que se movía su cabello yo intuía; no podía decir aquello justamente en ese preciso momento. Sus mechones se agitaban de arriba abajo, de un lado a otro y había una arrogancia en ellos que me detenía.

«Como oses interrumpir, te vas a arrepentir» me decía su cabello.

Por ello, en lugar de hablar de más, me dediqué a admirar los músculos de sus piernas, la firmeza de sus brazos, la suavidad de su vientre abultándose contra el mío.

Jamás podré encontrar las palabras adecuadas que logren abarcar con exactitud la magnitud del placer que sentí aquella noche. Una satisfacción que jamás volvió a repetirse otra vez.

Vacaciones

Terminó el semestre y las vacaciones comenzaron

Yo intentaba ver a Dalia siempre que podía, pero eso no sucedía a menudo. Necesitaba hacerle el amor de nuevo, sentirme dentro de ella, abrazarla, besarla, morderla, saborearla.

También, por supuesto, quería escucharla, hablarle, reírme, hacerla reír.

Más no podía.

Por más que intentaba acercarme, retenerla, hacerla quedar, ella se iba. Siempre había algo de por medio. Actuaba como si lo de aquella noche en mi habitación no hubiera sucedido nunca.

Yo le escribía por mensaje casi todos los días; le preguntaba como estaba, le hablaba de cualquier cosa, la invitaba a salir. Ella siempre respondió con frases cortas, distantes. Era como si estuviera en algún lugar lejano donde la comunicación fuera breve y limitada.

Yo sufría.

¿Así de fuerte sería el dolor de Casandra?

Aún había días en que pensaba en esa chica de las cabañas y en cómo serían las cosas si me hubiera decidido a quedarme con ella.

Tiempo

Las vacaciones estaban por terminar y no había podido ver a Dalia ni una sola vez.

Así que cierto día me armé de valor y la cuestioné:

04:04 p.m. | EREN: ¿Puedo preguntarte algo?

04:34 p.m. | DALIA: ¿Qué pasa?

04:35 p.m. | EREN: ¿Qué somos?

Durante un largo rato esperé su respuesta. Fue tanto el tiempo que pasó, que llegué a pensar que quizás su celular se había descompuesto.

Mandé mensaje al guitarrista de mi banda para asegurarme de que el mío funcionaba bien. Treinta segundos después me contestó:

6:04 p.m. | DAVE: ¡Eren! Qué hay.

Me mordí los labios con tanta fuerza que me lastimé. Me enfadé con él por haberme respondido tan rápido. Pasaron unos minutos más y el celular volvió a sonar.

06:15 p.m. | DALIA: Eren... no lo sé...

06:16 p.m. | EREN: ¿Significó algo para ti que hicieramos el amor?

06:20 p.m. | DALIA: Fue muy lindo. Me gustó mucho.

06:21 p.m. | EREN: A mí también...

06:21 p.m. | EREN: Y me gustaría que no fuera algo de una vez. Te necesito. Necesito de nuevo estar contigo.

06:31 p.m. | DALIA: Ay, Eren...

06:32 p.m. | EREN: ¿Podemos vernos para hablarlo? Puedo ir a tu casa hoy por la tarde siquieres.

06:40 p.m. | DALIA: No creo que sea buena idea. Hoy no puedo.

No supe qué más decirle. Me puse los audífonos y me eché en la cama para escuchar música a todo volumen.

Diez minutos después me llegó otro mensaje de Dalia:

07:48 p.m. | DALIA: Yo también te necesito Eren. Solo... dame tiempo. ¿Sí?
Es... complicado.

Yo y el otro Eren

A partir de ese mensaje yo me sentí destruido. Inútil. Desahuciado.

No sé cómo mi cuerpo pudo albergar tan horrenda sensación. Mis pulmones almacenaron agua sucia, mi sangre se volvió espesa, mis huesos se transformaron en gelatina.

Aún quedaban algunos días de vacaciones así que, en todo ese tiempo, no salí de mi habitación. No hablaba con nadie, no comía. De madrugada salía a la cocina, mordía un pan, tomaba un vaso de agua o de leche y me encerraba de nuevo.

No dormía bien. Mi cuerpo se descomponía en vida. Me iba desintegrando y mis partículas flotaban hacia el techo.

Cuando inició el nuevo semestre, Dalia llegó y me saludó con la sonrisa más amplia y brillante que le haya visto jamás.

—Hey... desaparecido —me dijo palmeando mi hombro con cariño— ¿Dónde habías estado, eh?

Me trató con tanta naturalidad y su aura era tan afable que no pude hacer más que dejarme llevar por su influencia. Intenté poner buena cara e hice un esfuerzo por ser otra persona.

No.

Ya no era el Eren que abrazó, mordió y besó a Dalia. No era el Eren que se deslizó con desenfreno en el interior de Dalia hasta eyacular.

Solo era el Eren que Dalia quería que fuera. Era el Eren que no le daba importancia a lo que Dalia no le daba importancia. Era el Eren que tuvo que fingir no estar enamorado. El Eren que debía esperar la señal de la ama Dalia.

—¿Vienes a una fiesta el sábado? —preguntó.

Yo no quería ir. Mi enfado hacia ella bullía bajo mi piel.

«Dejé todo por ti. Casandra se quedó dormida en el bosque y yo la abandoné por ti.»

Pero el Eren que Dalia creó, habló por sí mismo sin que yo pudiera intervenir.

—Claro ¿Cuándo es?

Ser paciente

A partir de aquello fui resquebrajándome hasta que mi carne y mi corazón quedaron expuestos.

Y yo, a pesar de todo, seguí adelante.

Si.

Aunque todo a mí alrededor se oscurecía, yo no podía hacer más que pensar que todo valía la pena si al final podía seguir probando los labios de Dalia.

Íbamos a fiestas, nos besábamos, la llevaba a su casa y, borrachos, nos metíamos mano en cualquier parte. Me invitaba a su casa cuando sus padres no estaban y hacíamos el amor. También había días en los que solo veíamos películas, charlábamos y reímos sin tocarnos, y también estaba bien así.

El problema era que todo sucedía solo cuando Dalia quería. Si yo intentaba buscarla o invocar su presencia tan solo obtenía soledad y vacío.

Los días fueron pasando. Dalia empezó a juntarse con otras chicas y yo cada vez tenía menos oportunidades de estar con ella. Me pareció lo mejor. Después de todo era una chica y seguramente había cosas que no podía contarme a mí o que quizá yo no podría entender.

Yo también debí buscarme a algún amigo hombre. Solo que, en mi carrera, la mayoría eran mujeres y no lograba congeniar con los pocos chicos que había en mi salón.

Me quedé solo.

Lo que realmente me hirió en el alma fue darme cuenta de que no eran imaginaciones mías. Dalia actuaba a conciencia. Tiraba de mí y me empuja a voluntad.

Si yo me mantenía cuerdo era porque, aunque fuera poco lo que Dalia me daba, lo saboreaba con cuidado. Ser paciente era el único modo en que yo podía tener una posibilidad de volver a tener a Dalia en mis brazos.

Baterista

Un día, de la nada, un chico empezó a visitar a Dalia al salón. No sabía quién era, no lo había visto jamás. Debía ser de alguna otra carrera y de un semestre más avanzado.

Dalia y él charlaban y reían. Reían muy fuerte. Parecía que lo hacían para que me diera cuenta de que yo no era nadie, de que había alguien que podía sustituirme.

Debía ser así. No había comparación entre él y yo.

Él, alto y fuerte. Yo, simple y sin ningún atributo extraordinario que me distinguiera. Solo era Baterista de una banda desconocida y me embriagaba los fines de semana.

Le reclamé. No sé por qué le reclamé, pero tuvimos una pelea enorme y dejamos de hablarnos.

Sufrí mucho.

La banda en la que tocaba se desarmó. A mí me dio igual. Perdí todo el interés por la música, por la vida.

Me encontraba pendiendo de un fino hilo y abajo me esperaba un abismo de afiladas estacas. Estaba a nada de caer.

Entonces encontré una nueva banda y las cosas empezaron a ir bien. Hice audición solo porque estaba demasiado aburrido, demasiado hastiado de la vida. Ya no me gustaba eso de estar encerrado en pensamientos cíclicos. Mi cerebro iba consumiéndose, sentía la masa encefálica salirse por mis oídos.

Además, en esa nueva banda la música se sentía diferente. Tenían una vibra armoniosa de auténtico amor a la música. Yo me sentí inspirado. Todos eran mayores que yo y muy buenos. Creo que fue en esa época donde más progresos hice con la batería.

Me enfoqué en la música.

“¿Cómo es que pude dejar esto de lado? Si esto es lo que más amo hacer.” pensaba a veces mientras estábamos ensayando o en algún evento.

Me deprimía un poco pensar que estuve a punto de dejar pasar esa oportunidad tan fantástica por una estúpida decepción amorosa. Menosprecié a la música, menosprecié lo que era:

Baterista.

No podía abandonar la música porque entonces mi esencia se desvanecería y dejaría de ser yo.

Un año

Pasó un año.

Durante todo ese tiempo no volvimos a dirigirnos la palabra. Ni siquiera nos mirábamos al pasar uno al lado del otro.

Yo ya tenía a mi nueva banda así que, dentro de lo que cabía, mi vida transcurría con normalidad y hasta me atrevería a decir que era un poco más apacible que antes.

Aun y con todo, de vez en cuando me picaba un dolorcillo en el pecho cuando la escuchaba reírse. No importaba si reía con sus amigas o con alguno de los chicos que siempre la visitaban. Era para mí un recordatorio de que esa deliciosa y contagiosa risa ya no era por mí, ni para mí.

Dalia tiene una curiosidad de la que no me percaté hasta que volvió a citarme en ese restaurante siete años después. Y es que siempre, siempre, se aparece en mi vida cuando dejo de extrañarla.

Así lo hizo aquella vez.

Tras nuestra gran pelea de un año, Dalia hizo su aparición a través de un mensaje.

07:45 p.m. | DALIA: Hola ¿Podemos hablar?

En ese instante sentí que Dalia tomó mi corazón con sus manos y lo estrujó hasta dejarlo seco.

Yo no sabía con exactitud qué había sido de ella. Intuía, por lo poco que escuchaba y por las cosas que sucedían en el salón, que había tenido un novio y también algunos pretendientes. Tenía un panorama incompleto sobre ella, pero preferí dejarlo de ese modo, para evitar llenar los vacíos con imaginaciones mías.

Chateamos un rato y al final quedamos de vernos en su casa. Mientras me iba acercando a su calle, cada paso me sabía a nostalgia.

Recordaba los días en los que ambos paseábamos por esos lugares. Como reíamos. Como nuestros hombros y nuestras manos chocaban de vez en cuando. Los faros de la calle iluminando su dulce cuerpo. El sonido de los autos. El griterío de los niños jugando en la cancha frente a su casa.

Crucé por el puente peatonal donde solíamos admirar la ciudad y platicábamos sobre el futuro. Pasé frente a la banquita donde nos sentábamos a admirar el parque y a decirnos tonterías.

Me planté frente a su barandal. Toqué el timbre. Diez segundos después salió.

Blusa de hombros descubiertos, vaqueros ajustados a la cintura, cabello negro y ondulado:

Dalia.

Caminamos durante un rato y charlábamos como si nada sobre cosas de la escuela. Que si ya habíamos hecho la tarea, que, si aquel profesor era insopportable, que si tal examen estaba a la vuelta de la esquina...

Nos dirigimos hacia la misma banca frente al parque por la que había pasado hace un momento.

En cuanto nos sentamos todo volvió a tensarse.

—Espero me disculpes... —dijo de pronto— No quería distanciarme así de ti.

—¿Eh? N-no, Dalia. No te disculpes. Fui yo quien empezó todo ¿No recuerdas?

—Aun así... —Me tomó de la mano. Susurraba. Hablaba con una voz que no le había escuchado jamás— No quería perderte.

Alzó la mirada hacia mí y entornó los ojos preocupada.

—Te extrañé mucho.

PAULA

Último año de preparatoria

El nuevo año ha iniciado: ¡El último año de preparatoria!

De pronto me he sentido triste al darme cuenta de que nunca viví ninguna historia de amor.

Es decepcionante.

Pero no sé, tal vez yo tenga la culpa. He visto a muchas chicas coquetear y seducir con sus escotes y sus faldas cortas. Solo que yo no sé. ¡No tengo ni la más mínima idea de cómo coquetear!

Además ¡¿Cómo saben a quién deben elegir?!

A mí me da la impresión de que, sin importar cuánto miré a mí alrededor, esa persona especial nunca está dentro de mi rango de visión. No logro verme con nadie de mí escuela. Ni siquiera con algún universitario.

Muchas de las chicas en mi salón tienen novios de universidad y las veo contentas. Tal vez porque son una especie de adultos y eso las hace sentir especiales. Sus novios tienen carro, dinero y no dependen tanto de sus padres, así que hacen lo que quieren.

—¡No inventes! —Exclamó entre risas Mateo cuando le conté mi pensar— ¡Los universitarios no son así!

Mateo me habló sobre su hermano mayor que ya estaba a mitad de la carrera. Tenía veintiún años y, si salía sin permiso o si no cumplía con las obligaciones del hogar, lo castigaban.

—No sé por qué todos tienen tanta prisa en crecer —siguió diciéndome— La verdadera vida adulta no es tan linda como creen.

Tal vez ahora me desvié un poco del tema, pero esa conversación con Mateo me hizo pensar. No puedo evitar preguntarme cómo seré yo de adulta. ¿Seré feliz? ¿Seré capaz de sobreponerme a la vida?

Y, sobre todo ¿Seré capaz de encontrar en la vida adulta eso que siento que me falta?

Espero que sí.

Quiero vivir así

Hace unos días me fui a cortar el cabello.

Pensaba escribir sobre eso cuando hablé sobre el inicio del tercer año, solo que lo olvidé. En ese momento no se trataba de algo tan relevante para mí.

Siempre he tenido el cabello largo. Siempre.

Solo que, como ahora estoy en mi último año, pensé que sería bueno tener un cambio drástico si quería que las cosas comenzaran a ser diferentes.

Eleazar de Cos escribió en alguno de sus libros (creo que en La Gran Batalla de la Torre) que muchas veces no se trata de que tengamos o no la capacidad de cambiar, sino que simplemente no hay voluntad consciente. Y yo, para probar que estoy consciente de que deseo cambiar, me corté el cabello.

Sé que eso no cambiará todo por arte de magia, pero es un comienzo.

Hoy Mateo me hizo un comentario. Y fue gracias a ese comentario que esta vez no olvidé escribir sobre mi cabello en este diario.

—No me había fijado, pero... —dijo Mateo— Betty tenía un corte de cabello similar ¿No?

Automáticamente mis manos acariciaron mi cabello.

—Es verdad... —pensé desesperada— ¡Es verdad!

En mi cabeza no dejaba de gritar “¡Es verdad, es verdad, es verdad！”, pero de mi voz no salía ni una sola palabra.

Entonces empecé a llorar.

—¡N-No! ¡Perdón, no quise!... ¡No debí decir eso! ¡Lo siento! — Mateo movía las manos de un lado a otro como queriendo enmendar sus palabras.

Yo no estaba consciente de lo alterada que estaba hasta que vi el rostro de Mateo. Decidí calmarme. Cerré los ojos y respiré hondo.

Punto por punto, fui analizando lo que me pasaba:

«Si me corté el cabello no fue por Betty. Es solo una coincidencia que este corte sea exactamente igual al de ella. ¿O será esto un lastimero intento de revivirla?

»No...

»Yo ya dejé ir a Betty. Ella ya no existe.

»No creo en la religión. Así que, aunque llore, ruegue y rece noche tras noche, su alma, su existencia, lo que ella fue, ya no regresará ni irá a ningún lado.

»Me corté el cabello porque quería. Porque esa fue mi voluntad.

Cuando comprendí eso, me sequé los ojos humedecidos y me sorbí la nariz.

—No pasa nada —le dije a Mateo.

—¿Me acompañas a la cafetería? —le pregunté, como para cambiar de tema— Tengo sed.

En cuanto dimos los primeros pasos me empecé a sentir mejor. Y es que no me había engañado, lo que había concluido era verdad. Y estaba bien así.

Dejé ir a Betty. Me corté el cabello porque así lo quería.

Quiero vivir así, sin ningún tipo de fantasma subido a mi espalda.

Juego de escondidas

Ayer fui a una fiesta y me emborraché.

Pero no es eso lo asombroso. Me pasó algo muy extraño y quería escribir sobre ello.

Ayer no pude hacerlo porque digamos que... no estaba en condiciones. No es que estuviera ebria al punto de perder la coordinación, si no que en cuanto llegué a casa tenía tanto sueño que me desplomé en la cama.

Cinthia cumplió años e hizo una fiesta en su casa.

Yo la verdad no tenía ganas de ir, pero ella insistió en que fuera. No creo que realmente tuviera ganas de verme ahí. Me parece que lo único que quería era asegurarse que hubiera mucha gente sin importar quién.

Al final terminé yendo. Tal vez por esa presión de que ya es mi último año de preparatoria. No sé. Pensé que no pasaría nada por hacer algo diferente una vez.

La casa de Cinthia es de dos pisos y es enorme. Su sala-comedor es muy espaciosa. En ella dispusieron mesas alargadas con todo tipo de bocadillos. Desde frituras hasta sándwiches. En la barra de la cocina colocaron un montón de bebidas de todos los colores. Yo probé dos diferentes y las dos tenían alcohol. No me terminé ninguna y desistí de probar una tercera.

Aun así, con lo poco que bebí, me sentí mareada.

Anduve de un lado a otro observando a las personas. Casi todos los de mi salón estaban en esa fiesta. También había gente de otros salones y otros que no reconocía para nada.

Yo estaba fascinada al ver lo distintos que eran mis compañeros en ese ambiente. Actuaban extraño y decían cosas raras. Como si estuvieran fuera de personaje o como si siguieran un instinto animal.

Me dije que quizá yo también debía seguir mi instinto si quería cambiar.

De todos modos, aunque quería ser como ellos, no sabía qué hacer. Estuve deambulando durante un buen rato sin que nadie se fijase en mí. Con mi refresco en mano, caminaba y me detenía por todas partes. Veía a los chicos bailar y me paraba a escuchar conversaciones ajenas; aun así nadie se daba cuenta de que yo estaba ahí.

Todo el mundo se hallaba inmerso en una dimensión que yo no comprendía.

Entonces, de la nada, Cinthia se me acercó. Llevaba un vestido beige muy corto y apestaba a alcohol. Me dieron un poco de nauseas, pero como era la primera persona que reparaba en mí, no me quejé.

—¡Pau! ¡Pau! —Me gritó como si estuviera sorda— ¡Pau!

—Cinthia...

—Pau... ¡Tienes que probar esto! —y me alargó su bebida.

No tenía ganas de beber, sin embargo pensé que quizás eso era lo que necesitaba para viajar a su dimensión.

Levanté la mirada hacia la fiesta. Todos estaban conjuntamente dispersos. Se hallaban confinados en un apretado espacio, cubiertos por una fina tela de soledad que les impedía percibir la presencia de los otros.

«Si yo me fundiera en esa soledad ¿Los comprendería? ¿Dejaría de sentirme tan ajena?»

Así como con la muerte de Betty, no tenía caso que me preguntara cosas que nadie me iba a responder, así que tomé la bebida de la mano de Cinthia y me la eché de un trago.

Y no sé qué fue lo que pasó, pero de hecho me supo muy bien.

—¿Esto tiene alcohol? —pregunté mirando extrañada el vaso vacío.

—¡Pau! ¡Tonta! —Respondió divertida— ¡Pues claro que por supuesto que sí!

Y entonces, como si su misión de vida se hubiera completado, se alejó tambaleante hacia un grupo de chicas envueltas en esa fina capa de soledad.

—Qué raro... —murmuré.

Me sentí tan bien que pensé que no me haría daño si tomaba otro vaso igual. Me serví y empecé a beber a traguitos.

Entonces, de repente, mi campo de visión se expandió. La música sonó distinta en mis tímpanos. Definitivamente algo pasó con el mundo. Sentí que estaba en el lado inestable de la realidad.

—¡Escondidas! ¡Juguemos a las escondidas! —Gritó Cinthia en algún momento— ¡Yo los buscaré! ¡Todos deben esconderse! ¡Escóndanse! ¡Escóndanse! ¡Contaré hasta veinte! ¡Uno...! ¡Dos...!

Inmediatamente todos corrieron en todas direcciones. Fue como la estampida de un violento rebaño de toros y vacas. Escuché varias cosas de cristal romperse. Una cortina se desprendió y algún desafortunado se enredó en ella. Alguien tiró uno de los platos con aperitivos y todos comenzaron a pisarlos. Varios resbalaron.

Echada contra el sillón, Cinthia no dejó de contar.

—¡Seis...! ¡Siete...! ¡Ocho...!

Entonces reaccioné. La escena de todo ese caos me impactó tanto que me congelé en mi lugar.

Corré sin pensar. Me limité a seguir el camino por el que hubiera menos desastre. Eso me llevó a correr por detrás de la sala y subir unas escaleras. Fue ahí cuando me di cuenta de lo ebria que estaba, porque tropecé varias veces con los escalones.

Cuando llegué hasta arriba, se extendió ante mí un pasillo y entré a la primera habitación a mi izquierda. Entonces, frente a mí, un sujeto de se dio la vuelta asustado.

—¡Ah...! ¡Oh...! Eres tú Paula.

Era Teodoro, uno de los cinco promedios más altos del salón.

Llevaba el cabello peinado hacia atrás y casi rapado de los lados. Traía puesta una chaqueta color rojo con líneas blancas en el cuello y las muñecas y vaqueros oscuros. Su rostro es muy cuadrado y su sonrisa agradable. No es de los populares, pero tampoco de los perdedores; está en un estatus intermedio.

Sonrió al verme. Lo noté emocionado y muy tomado.

¿Qué clase de madre permitía una fiesta así? Me pregunté algo indignada y, después, me divirtió el pensamiento. Empezó a parecerme graciosa esa absurda fiesta sin supervisión adulta.

—¿Crees que a Cinthia le moleste si nos escondemos aquí? —me preguntó mirando alrededor.

Parecía ser la habitación de los padres. La cama del centro era enorme. A la izquierda estaba un tocador con un espejo muy grande y, en la pared opuesta, un gigantesco armario. Todo estaba trastocado de colores salmón.

—Ni idea —respondí.

—Por cierto —Alzó la mano y se apuntó a la oreja con un dedo— Tu cabello... es muy bonito. Ese corte de cabello te queda bien.

Me sonrojé. Fue tan repentino y tan sincero su comentario que no pude evitarlo. Teodoro nunca me pareció atractivo. Solo que en ese momento si me lo pareció... y mucho.

¿Sería el alcohol?

—¡Ya los escuché! —gritó Cinthia desde abajo. Se oían sus ruidosas pisadas subiendo las escaleras. Yo me puse nerviosa. Estaba indecisa entre salir del cuarto o cerrar la puerta con seguro.

Antes de que pudiera hacer una u otra cosa, Teodoro me tomó de la muñeca y me jaló hacia el armario. Abrió las amplias puertas y nos metimos ahí. Teodoro, ebrio y todo, logró cerrar las puertas desde adentro.

En lugar de sorprenderme por la brusquedad del momento, me dio mucha risa. La travesura me cosquilleaba por dentro, haciendo bullir una cálida emoción en mi pecho.

Escuchamos justo el momento en que Cinthia entró jadeante y divertida, para luego irse corriendo hacia la siguiente habitación.

Ambos nos reímos bajito.

Entonces, cuando nos callamos, noté la situación en la que me encontraba.

Ahí dentro olía a ropa limpia, se sentía fresco y, al mismo tiempo, había mucho calor por lo cerca que estábamos. Pecho contra pecho, muslo contra muslo. Yo no pude evitar jadear al sentir la respiración de Teodoro sobre mi oreja y mi cuello.

—Deberíamos salir... —dijo.

—Sí...

Entonces, como si nos hubiera escuchado, Cinthia regresó y revisó toda la habitación. La escuchamos tirar cosas del tocador, remover las cobijas de la cama, volcar una silla...

Entonces, poco a poco se fue acercando hacia el armario...

—¡Hey! —Gritó Cinthia— ¡Ya te vi!

Se escucharon risas y unos pasos bajando a toda prisa las escaleras. Enseguida se oyeron las pisadas de Cinthia saliendo de la habitación.

Ambos suspiramos de alivio. En todo ese rato no me percaté de ello, pero mi cuerpo estaba extrañamente caliente ahí abajo. No comprendía lo que me pasaba. Era una sensación nueva para mí.

—Me pregunto si esta vez será seguro salir... —susurró Teodoro.

No olía a alcohol. O puede que no lo percibiera con tanta fuerza porque yo estaba tomada también. Teodoro se removió. Su rodilla me acarició ahí sin querer. Yo gemí involuntariamente y él se disculpó avergonzado.

—¡L-lo siento! ¡Lo siento! ¡Yo no...!

Quise decirle que, de hecho, fue agradable. Incluso pensé en lo mucho que me hubiera gustado besarlo. ¿Cómo se habría sentido? Es decir ¿Cómo sería besar a Teodoro? Quizá ese habría sido el inicio de alguna especie de historia. No lo sé.

Estaba en esas cavilaciones cuando sentí algo duro palpitando contra mi vientre.

«Oh... Así que esto es... Es su... su pene...»

Estaba por acercar mi mano hacia él, pero entonces abrió las puertas del armario y salió corriendo sin decir nada. Decepcionada me senté en la cama intentando comprender lo que había sucedido.

Hay tantas cosas que no sé. Sobre la vida, sobre los hombres.

Sé que es tonto, pero solo hasta ese momento dimensioné que cambiar implicaba mucho más que simplemente querer ser alguien diferente. Cambiar significaba aprender cosas, vivir situaciones totalmente nuevas, entrar en terrenos completamente ajenos.

De un segundo a otro sentí que volvía a mi realidad original. Todo en esa casa me pareció absurdo. Me sentía mareada y algo asqueada, tanto por el alcohol como por el caos.

Aproveché que Cinthia andaba en el patio trasero persiguiendo a todos y salí de esa fiesta.

Regresé caminando a casa. No era tan noche. La fiesta empezó muy temprano, así que cuando salí apenas eran las diez y media. De todos modos, seguramente Annette se scandalizaría si supiera que anduve en la calle a esas horas. Igual no es mi madre. Mi verdadera madre ni siquiera ha de recordar que me parió hace diecisiete años.

Caminé más aprisa en un intento de alejar pensamientos indeseables relacionados a mi familia. Lo único que conseguí fue que mis pantorrillas me dolieran. Me tranquilicé y volví a andar a paso normal. Decidí regresar mis pensamientos hacia Teodoro.

Estaba alterada, mi entrepierna cosquilleaba de forma extraña.

Me detuve.

Había mucha quietud a mí alrededor. Estaba en una tranquila calle. Dos cuadras más allá se veía Avenida Segunda. Por lo regular, esa avenida es concurrida. Desde esa distancia debí percibir el siseo de los carros corriendo por la calle pavimentada, mas no fue así.

Entonces, de la nada me pasó por la mente que quizá podría replicar aquella caricia de Teodoro. Voltee a ambos lados. Escudriñé a la distancia para asegurarme de que no venía nadie.

Cuando estuve segura de que nadie me veía fui bajando mi mano lentamente y me acaricié por encima de la ropa. No sé porque lo hice. Jamás lo había intentado. Solo, no sé, en ese preciso momento necesitaba hacerlo. Quería sentir esa misma emoción. La inquietud que provocan las cosas nuevas.

Una corriente eléctrica me recorrió entera con solo frotar un par de veces. Me asusté. De inmediato volví a escudriñar a mí alrededor. Estaba paranoica, segura de que alguien me observaba. Más no. Solo eran los nervios.

Seguí caminando con las piernas temblorosas hasta llegar a casa.

En cuanto me eché en la cama me quedé dormida.

Curiosidad

Hace poco descubrí un libro muy interesante y en cuanto salí de clases decidí ir a comprarlo.

El libro se llama Los Sinuosos Senderos de Coral. La autora es Laila Meller. Es una autora que empodera la libertad sexual en las mujeres.

Mateo quería acompañarme a la librería, pero claro que no iba a dejar que viera lo que tenía intención de comprar.

¿Qué pensaría de mí si le contara sobre la curiosidad que siento hacia mi cuerpo? Y... bueno, también la curiosidad que siento hacia los cuerpos de los hombres.

No es que los desee. Solo es... Es como un misterio que me gustaría develar.

¿Has tenido sexo con tu novia?

Hoy le pregunté a Mateo si ya había tenido sexo con Sara.

—¡¿Q-Qué?! —Gimió visiblemente alterado— No puedes preguntar algo así de la nada.

—¿Eh...? ¿No?

—¡No!

Estábamos en el parque que está frente a la escuela. Dentro solo había un grupito de chicas cerca de la entrada, una parejita echada en el pasto y Mateo y yo meciéndonos sobre los columpios.

De lunes a jueves el parque se llena y, como hoy es viernes, está solo. Todos prefieren ir a divertirse al centro, donde hay cines, cafeterías y salas de videojuegos.

Mateo esperaba a que Sara terminara de ensayar en el club de música. Cada vez me sorprende más. Además de ser bonita es genial. Toca el bajo eléctrico y es muy buena.

Yo, como no tenía nada que hacer, decidí quedarme con él. Ya llevo un rato viviendo sola, y de cierto modo estoy acostumbrada. Solo que los viernes, no sé por qué, se sienten aún más deprimentes cuando llego a casa después de clases.

—¿Por qué quieres saber eso? —me preguntó Mateo.

Yo lo voltee a ver. Estaba muy rojo. Tenía la cabeza al frente, veía al grupito de chicas. Rara vez me rehuía la mirada. Es extraño verlo así cuando, por lo regular, siempre hay mucha seguridad en todo lo que dice y hace.

—Hm... No sé —respondí— Curiosidad, creo.

—¿Te da curiosidad saber si he tenido sexo con Sara?

—Más bien el sexo en general.

—Oh —Me encaró sorprendido— ¿En serio?

Enrojecí.

—Más o menos...

»Es que... Bueno...

»El otro día escuché que Cinthia contó sobre su primera vez. También los chicos del salón hablan de eso todo el tiempo. Aunque no quiera escucharlo parece que es lo único de lo que habla todo mundo.

»Es por eso... —Hice una pausa, no quería decir cosas de más. No quería mencionar que había leído el libro erótico de Laila Meller ni que había estado tocándome constantemente por las noches. Tampoco quería decirle que, mi curiosidad era tanta, que incluso me puse a ver videos porno— Cuando pienso en la palabra sexo, me da la impresión de que no lo entiendo. No lo sé... Parece complejo —Me detuve de nuevo para reflexionar lo que dije— ¿Lo es?

Mateo cerró los ojos, se llevó la mano a la cabeza y se revolvió el cabello.

—No lo es... No tanto como crees... Digo. Tiene sus cosas pero... ¿Cómo decirlo? Supongo que es algo que cualquiera podría hacer.

Mis ojos se abrieron de sorpresa.

—¿Entonces si has tenido sexo con Sara?

—¡Yo no dije que había sido con ella!

—¡¿Entonces has tenido sexo con otras chicas?!

—¡No! ¡Bueno...! ¡S-si...! ¡P-pero...!

Nos quedamos un buen rato en silencio. Las chicas de la entrada se fueron alegres. A lo lejos se escuchó una ambulancia. La parejita daba vueltas en el pasto y se besuqueaba. Al verlos recordé la tarea de matemáticas. Le pregunté a Mateo si no quería que le ayudara con eso porque se le dificultan esas cosas. Me respondió que se las arreglaría.

Entonces empezamos a hablar de otras cosas como si nada. La charla de sexo había terminado.

Un rato después apareció Sara. Llegó saludándose con su enigmática sonrisa.

No puedo recordar exactamente en qué momento Sara dejó de mirarme con odio. Por lo regular siempre que me veía con Mateo torcía la boca y entornaba los ojos, como si escudriñara en la oscuridad algo asqueroso. Esa Sara dejó de existir hace mucho.

Luego de que me saludó, besó en la boca a Mateo y lo tomó de la mano. Mateo le preguntó cómo le había ido. Todo bien, respondió. Luego Sara me sugirió que los acompañara. Al parecer iban a ver una película en su casa. Mateo dio un respingo y me reí internamente. Era evidente que quería estar a solas con ella. Les dije que no podía y nos despedimos.

Cuando caminé algunos metros me di la vuelta para verlos. Caminaban a lo largo de la acera, amparados por la sombra de altísimos árboles. Se veían muy lindos juntos. No sabía si era por la distancia o qué, pero desde mi posición se veían como otras personas. Sus gestos y sus movimientos eran diferentes, más dulcificados, relajados y, a la vez, impregnados de tibieza.

Honestamente sentí envidia, un poco.

Entonces, mientras todavía los miraba, imaginé que era yo, y no Sara, quien tomaba a Mateo de la mano. Entonces aquella diminuta envidia desapareció del todo.

Quizá no era que sintiera celos de Sara por tener a Mateo. Sentía celos porque ella tenía a alguien especial y yo no.

Entonces, ese algo que me falta... ¿Es alguien especial?

Lo que hago está mal

Estoy a final del sexto semestre. Dentro de nada terminara mi último año de preparatoria y no he tenido ni un solo amor.

No me siento dolida al respecto. Solo decepcionada.

Y es que me sigue pasando lo mismo. No creo que la persona que estoy buscando esté en esta escuela. Tampoco es que sepa qué es lo que busco.

Ya ni siquiera Teodoro me parece atractivo; ni un poco. Tal vez fuera que yo había tomado y él también estaba muy borracho. Ya no encuentro parecido entre él y el Teodoro que vi en la fiesta. Y claro, seguramente yo también debo parecerle muy distinta ahora.

Empecé a escribir este diario con el propósito de cambiar. Creo que lo he logrado de cierto modo. Sara y Mateo me lo han dicho. También Cinthia me dijo que había cambiado un montón durante este tiempo.

¡Ciento! Eso no lo había mencionado pero Cinthia y yo nos volvimos algo... ¿Cercanas? Creo que esa es la palabra.

No amigas, solo cercanas.

Me sorprende que pueda conversar con ella normalmente siendo que tenemos personalidades tan opuestas. Nuestras interacciones siempre son orgánicas, sin que ninguna lo planee en verdad. Es una sensación agradable.

Ya no me he sentido tan fuera de lugar gracias a ella.

Pero bueno... Eso no es de lo que quería hablar hoy.

He estado reflexionando esto durante un buen tiempo y por más que lo pienso sigo sin saber si está mal lo que hago o no.

En realidad sé que, cuando menos, no es algo normal.

Es algo vergonzoso escribirlo a pesar de que sé que solo yo leeré esto. Pero bueno, iré al grano.

Hace un par de semanas salí a la calle y me toqué debajo de un puente.

La decisión la tomé un día antes. Las razones que me llevaron a hacerlo son varias. Tampoco es que me esté justificando, solo digo que son varias.

La principal es que, simplemente, tocarme en mi casa ya no me satisface como antes. Tal vez lo he hecho de más. Quizá tenga un problema de adicción. No he podido dejar de hacerlo. La sensación tan novedosa, la manera en que se me estremecen los muslos...

No sé cómo ni porqué existe el orgasmo, pero creo que es una sensación divina. Como si la humanidad se la hubiera robado a alguna civilización celestial.

De todos modos, en algún momento dejó de ser suficiente para mí. Y, bueno, yo seguí haciéndolo porque todavía me daba algo de placer. En el momento se sentía bien pero, al terminar, me invadía un sentimiento de vacío y de angustia.

Me puse a pensar en lo que pasó después de la fiesta de Cinthia, cuando me toqué a mitad de la calle. Aquello fue, de alguna manera, diferente. Claro. Pensé que, como había sido algo novedoso, se sentía increíble.

Aunque tal vez, si sigo así, tarde o temprano terminaré aburriéndome ¿Y entonces qué seguiría? ¿Qué más haría falta para satisfacerme?

De todos modos, me dije, debía intentarlo. Aunque fuera algo incorrecto, tal vez eso me haría sentir un poco más real.

Entonces, tras pensarlo mucho, concluí que lo mejor sería hacerlo un domingo de madrugada.

Cuando llegó el día, abrí los ojos antes de la hora planeada. No podía conciliar más el sueño. Estaba espabilada, completamente despierta. Nerviosa, ansiosa.

Salí con mucho cuidado, procurando no ser vista ni seguida por nadie.

El lugar que elegí fue un puente peatonal no muy lejos de mi casa. Mientras me dirigía hacia ese lugar no me sentí culpable. No me pareció que en realidad fuera tan malo como yo me había hecho creer.

El aire que se respira de madrugada es muy distinto al que hay a las siete de la mañana o al que se respira por las tardes. Incluso es diferente al de la noche. Es como si el oxígeno tuviera sabores y, para mí, el de las cinco de la mañana, sabía a manzana con menta.

El murmullo apagado de la ciudad sonaba como el suave ronquido de un bebé que ignora la crueldad de la vida. El alumbrado iluminaba con indiferencia las casas. Los árboles parecían despiertos, observando con detenimiento la tranquilidad de un mundo adormecido.

Mientras caminaba, bajo mis pies crujían pequeñas piedritas, mis ropas raspaban como lijas y mi respiración hacía eco en mi pecho. Me sorprendí por la variedad de ruidos que pasan desapercibidos en el día a día.

Llegué al puente peatonal. La estructura está conformada por largos tramos en zigzag que ascienden hasta culminar en el pasillo que atraviesa la avenida.

Escudriñé a la distancia y agucé el oído para asegurarme de que no venía nadie. Me coloqué detrás de uno de los enormes pilares de concreto, donde no pudieran verme los carros.

Primero me senté y me quedé muy quieta. En mi pecho mi corazón tronaba una y otra vez, y mi cuerpo entero temblaba a su ritmo. Di un gran respiro y me decidí.

Me llevé las manos al elástico de la ropa y dejé mis dedos enganchados ahí, entre la carne de mi cadera y la tela. Agucé el oído otra vez.

Entonces...

Deslicé el pants y las bragas hacia abajo y los dejé a la altura de las rodillas. Me daba miedo bajarlos más porque temía no poder subirlos rápido si necesitaba correr.

De nuevo me quedé así, atenta a la ciudad, a la vida.

Entonces moví la mano encima de mi sexo y lenta, muy lentamente fui frotándome en círculos.

Primero lo hice con precaución. Luego fui acelerando la velocidad conforme el fuego me quemaba las piernas. Cada vez aplicaba más fuerza y sentía que mi ser se derretía por completo.

Por un momento creí que iba a morir por lo rápido que me latía el corazón. Estaba así por los nervios, pero también por las oleadas de placer que casi me nublaron la vista.

Al final, cuando sentí el orgasmo, no pude evitar soltar un gritito que incluso me asustó a mí misma.

Me subí la ropa y caminé lo más rápido que pude. Miré hacia atrás y hacia los lados para asegurarme de que nadie me seguía. La ciudad estaba serena, pero yo no. Me hallaba en un delirio de persecución.

Cuando llegué a casa y me eché a la cama mi corazón aun galopaba sin control. Me quedé despierta un buen rato y luego, sin darme cuenta, caí dormida.

Al despertar me prometí no volver a hacerlo y me dije mil razones por las cuales era mala idea tocarme en la calle.

Sin embargo, ahora mismo, tengo muchas ganas de hacerlo otra vez; y eso me da miedo.

No sé si realmente lo que hago es tan malo como pienso, o si solo estoy tan enferma que ni yo misma me doy cuenta de que lo que hago está mal.

¿Qué debería hacer?

Graduación

Finalmente llegó. Hoy fue el último día.

Mateo y yo hablamos un rato sobre cómo sería el futuro. Nos preguntamos cómo sería nuestra vida de universitarios.

Le conté que tenía miedo. Que buscaba algo que no sabía que era, y que tenía miedo de quedarme sola para siempre.

—¿Soy fea?

Mateo me dio un golpecito en la sien con su dedo.

—Tonta ¡Claro que no eres fea! —Suspiró— Pau... Tarde o temprano a todos nos llega alguien.

—Claro. Es fácil para ti decirlo. Tienes a Sara.

—Exacto —dijo riendo— Si incluso alguien como yo encontró a alguien, no hay razón para que alguien tan buena como tú no lo consiga.

En ese momento pensé en esa manía mía de tocarme en la calle. Si Mateo supiera las cosas que hago ¿Seguiría pensando que merezco a alguien?

Lo he estado pensando desde hace mucho tiempo. Que tal vez soy yo quien aleja las cosas buenas de mí.

Aunque parezca tonto. En ocasiones siento que todos saben lo que hago y que por eso nadie se me acerca.

Debe de haber algo. Algo en mi rostro, en mi voz, en mi forma de caminar que haga que las personas huyan de mí.

Sé que es paranoico, pero no dejo de pensar lo.

Así como tampoco he podido dejar de hacer lo que hago. Necesito detenerme, dejar de salir a las calles a hacer esas cosas pervertidas. Alguien podría encontrarme, alguien podría verme, acercarse, hacerme daño... Solo que eso... Eso es...

¡No quiero que me descubran pero...! ¡Pero...!

...

Tal vez... tal vez si estoy enferma después de todo.

Y también muy sola.

PARTE 2: LA ALUMNA VACÍA

1ER SEMESTRE

Universidad

Acabo de entrar a la universidad.

No hay mucho que contar. Todo es como pensé que sucedería; no me encuentro, no veo dónde está mi lugar en esta sociedad.

Mi madre siempre ha dicho que tengo que estudiar, que es por mi futuro, que sin una carrera no seré nadie en la vida.

No quería hacer caso de eso. Sin embargo, cuando uno se encuentra solo en un lugar durante tanto tiempo, es inevitable pensar. Pensar, darle la vuelta a las cosas y pensar.

Eso, con el tiempo, se vuelve un mal hábito.

No dejo de preguntarme qué será de mí en el futuro ¿Cuál es mi camino? ¿Hacia dónde voy?

Hace una semana dieron los resultados del concurso literario en el que participé. Por supuesto que no gané.

He participado en varios y nunca he ganado ninguno.

No es que me importe realmente el dinero o el prestigio. Es solo que, no puedo evitar preguntarme qué es lo que tienen de malo mis escritos. ¿Acaso no estoy hecha para esto? ¡Disfruto tanto haciéndolo! ¿Qué es lo que hago mal?

Y si no me vuelvo Escritora, y si tampoco termino la carrera, terminaré sin ser algo en esta vida; seré solo un cascarón vacío sin propósito.

Mi madre ya me lo advirtió. Que si no termino la universidad me abandonará por completo y no dudo ni por un momento que lo cumpla. La casa en la que vivo es propiedad de mi padre, pero el dinero y la comida me la proporciona mi madre.

Sea como sea, y aunque fuera el caso, no puedo hacer nada al respecto.

Si tan solo ganara un concurso. Uno solo me bastaría para librarme de esta vida. Librarme de mi madre, de mi familia. Más no sé si eso pasará algún día.

No dejaré de escribir. Eso jamás. Pero tampoco dejaré de sentir que haber entrado a la universidad fue un error.

Martin

¡Pasó! ¡No puedo creer que pasó!

¡No sé ni por dónde empezar! Dejé de escribir algunas semanas precisamente porque lo que me pasó es tan... ¿Tan extraño? ¿Increíble? ¡No sé, no sé!

Bueno. Primero.

No es novedad para nadie que soy increíblemente torpe para socializar así que, cuando nos pidieron hacer parejas para la materia de Estadística, por supuesto que me sentí presionada. ¡Siempre que hay que formar equipos me deprimo mucho!

No es que no quiera encajar, simplemente no sé cómo hacerlo.

Lo peor de todo es que sé que en mi salón hay chicas con quienes sé que podría llevarme bien, pero no tengo idea de cómo acercarme. ¡Es frustrante! ¡Muy frustrante!

¡En fin! Eso no es lo importante.

El punto es que aquel día, Martin, un chico lindo y de voz agradable, llegó tarde a la clase. Para entonces ya todos tenían pareja menos yo, así que terminamos emparejados.

Al comienzo me sentí incomoda. Tan solo podía pensar en lo desafortunado que debía sentirse Martin de quedar conmigo. Sin embargo, cuando lo vi acercándose hacia mí, sonriendo, mi corazón saltó de su lugar. ¿Pueden creerlo? Sé que suena tonto, pero es verdad. Mi corazón se movió de su sitio.

¡Fum!

Voló hasta el techo y cayó con un golpe sordo.

Con Martin me sentí muy a gusto. En paz. Pude hablar sin reparos. Sin sentirme cohibida.

El trabajo que teníamos que entregar era extenso, por lo que la fecha límite para entregarlo era dentro de un mes. El profesor aclaró que en sus clases nos dedicaríamos a avanzar en el proyecto pero que también debíamos adelantar trabajo en casa.

Así fue como empezó todo.

Me preocupé mucho al pensar en que ya podría tener novia. Siempre los chicos más increíbles ya tienen a alguien. Para mi suerte, me enteré de que era soltero por una conversación que escuché por accidente (¡De verdad fue por accidente, lo juro!).

Un día Martín sugirió que hiciéramos el trabajo en mi casa y me emocioné a pesar de que seguramente no pasaría nada. En todo ese tiempo nunca insinuó nada. Solo íbamos a hacer el trabajo y ya.

De todos modos, por más que me repitiera que no sucedería nada, en el fondo, mantenía una ilusión.

Cuando llegó el día me eché encima el perfume que me regaló mi padre en mi cumpleaños. Era una fragancia como de flores exóticas. Nunca lo había usado porque hasta entonces no había tenido necesidad de hacerlo.

También me puse un vestido. ¡Qué pena me dio! ¡Nunca había usado uno!

Estaba arrepintiéndome mientras terminaba de ponérmelo, hasta que me vi en el espejo. Al verme reflejada en él, me desconocí. Esa chica que veía era linda. Me veía linda. Me sentí linda por primera vez.

Cuando sonó el timbre mi corazón volvió a dar un brinco. Esta vez fue como un golpe que me echó para adelante, apurándome a recibir a Martin en mis brazos.

En cuanto le abrí la puerta su olor me llegó de golpe. Olía a champú y tenía un ligero aroma a cuero y sudor. Me fue muy difícil no temblar.

Le dije que se sentara en el comedor. Yo fui a prender el estéreo, mi mano temblaba de frío. Cosa extraña pues, el resto de mi cuerpo estaba cálido.

Me senté a su lado.

Él enseguida sacó sus plumas, la calculadora y abrió la libreta para revisar los apuntes. Yo lo imité porque así debía ser. A fin de cuentas, para eso estábamos ahí.

Una hora después dejó las plumas en la mesa y se estiró como gato. Se veía adorable.

—¡Ah, qué cansado es esto! ¿No crees? —Preguntó sonriéndome.

—Si —le respondí.

Entonces se puso muy serio.

—Oye Pau... Estas muy guapa hoy.

—¿T-Tú crees?

Aunque tartamudee, Martin no se burló. Continuó viéndome con una intensidad que me hirvió por dentro.

—Si —Susurró. Alargó la mano hacia mi mejilla y lentamente fue acercando su rostro hacia mí— Guapísima...

Yo nunca había besado. Y, como no tenía referencias de nada ni de nadie, solo hice lo que todos decían que debía hacerse: cerrar los ojos.

Suena tonto, pero es así de fácil. Solo hay que cerrar los ojos. Lo demás sucede sin más.

Antes de eso pensaba que besar requería de una técnica, un estudio. Más no. Todo es improvisado, todo se decide en el momento.

Su beso fue cálido, agradable y apacible como su voz. Lento. Rítmico. Lleno de dulzura.

Se despegó de mí exhalando apasionadamente.

—Pau...

Entonces su mano bajó a mi pierna. Yo di un brinco. Instintivamente lo detuve.

—No.

—Pau... Tranquila —susurró acercándose de nuevo a mí.

Yo, adormecida, cerré los ojos de nuevo. La fuerza de mi mano se desvaneció sobre la suya. Su mano enorme y llena de venas me acarició mis blancos muslos.

Entonces avanzó hasta acariciarme por encima de las bragas. Sucedió tan rápido que no pude hacer ni decir nada.

Yo me sentí muy extraña. Llena de fuegos de distintos colores que me quemaban en el pecho. Me alteraba; algo hervía en mi vientre.

—Estás muy mojada...

Eso era evidente, pero el hecho de que lo dijera en voz alta hizo que me mojara más. Estaba mareada por las sensaciones de sus dedos sobre mi sexo y por el beso.

Estaba tan extasiada que, incluso, por un breve momento, pensé en mi madre:

«Gracias mamá; si no me hubieras obligado a entrar a la universidad... esto jamás habría pasado»

Lo estaba disfrutando hasta que su dedo intentó entrar en mí. Aquello me dolió tanto que hasta una lágrima solté.

—¡Lo siento Martin! Aún no... Vayamos despacio ¿Sí?

Lo vi muy asustado. Creo que no esperaba esa reacción en mí. Yo tampoco lo esperaba. No me explico cómo es que pasó algo así.

Martin fue muy lindo. Me comprendió y no volvió a intentar nada raro. Mientras nos besábamos lo dejé tocarme los pechos y por encima de las bragas.

Lo hice venirse con la mano; algo muy extraño.

Ya había visto penes antes solo que, ver uno en la vida real, sostenerlo con los dedos, es una experiencia muy distinta y bastante curiosa. Claro que excitante también, pero hay algo de irreal en eso. Como sostener con las manos a un ser completamente independiente.

Cuando todo terminó fui al baño a limpiarme los restos del semen que me dejó encima.

Por cierto, esa es otra cosa muy curiosa también: ¡Ese líquido espeso y blanco estaba muy caliente! Casi quemaba. No comprendo cómo es que los hombres guardan algo tan caliente dentro de ellos.

Regresé y entonces él fue al baño. Cuando volvió seguimos trabajando mucho más animados que antes.

Los días siguientes avanzamos en el proyecto con rapidez durante las clases. De ese modo, cuando estábamos a solas en mi casa, podíamos dedicarnos a amarnos. Nos abrazábamos desnudos, acariciándonos y besándonos por horas. En algún momento dejé que metiera sus dedos y me arrepentí un poco de no haberlo dejado antes ¡Se siente tan distinto a cuando lo hago yo!

También empecé a hacerle sexo oral. Eso sí que es otra cosa. No es como un beso. El sexo oral es muy complejo. Creo que lo lastimé algunas veces, pero Martin es tan bueno que nunca se enojó conmigo.

Todo ha sido muy bonito estos días. Es la primera vez que me siento tan plena, tan querida.

Solo hay algo...

El último día que vi a Martin se molestó porque quería... tener sexo.

Yo también quería pero... me dolió tanto cuando intentó entrar en mí que me aterroricé y me alejé de él. Le pedí que no lo hiciera. Que me diera más tiempo.

Cuando le dije eso se portó comprensivo, aunque era evidente que estaba decepcionado de mí. Eso me hizo sentir mal.

¡Perdón Martin! He estado investigando mucho sobre las primeras veces. La próxima vez seguro que lo hacemos.

El sexo es horrible

¡Fue horrible!

¡El sexo es horrible!

¡Te odio Martin!

!!!TE ODIO!!!

TEODIOTEODIOTEODIOTEODIO!!!!!!!!!!!!!!

TEODIOTEODIOTEODIOTEODIO!!!!!!!!!!!!!!

TEODIOTEODIOTEODIOTEODIO!!!!!!!!!!!!!!

TEODIOTEODIOTEODIOTEODIOooooooooooooo!!!!!!!!!!

Encuentro entre Paula y Mateo (2do Semestre)

Hoy, después de mucho tiempo, volví a ver a Mateo. Me lo topé el fin de semana en el centro comercial mientras paseaba sin rumbo.

De ser posible trato de no salir de casa, pero en ocasiones la obscuridad es tan abrumadora y el silencio tan incómodo, que termino dando un paseo.

No lo reconocí en un inicio. ¡Estaba demasiado cambiado! No sabría decir con exactitud qué es diferente en él. Físicamente sigue siendo igual. ¿Será su aura? ¿Su postura? Hmm.

Él me dijo que yo también había cambiado un montón, pero la verdad es que yo me veo igual.

Mateo había ido a comprar ropa y algunas cosas del supermercado. Llevaba en la mano derecha una bolsa de papel con el nombre de la tienda y en la izquierda, una de plástico. Cuando me preguntó qué hacía yo ahí, le mentí.

—Y-yo... vine a comprar ropa también.

El torció la boca. Es Mateo. Seguramente se dio cuenta de que mentía.

Además, sabe que la ropa es una de las cosas que menos me interesan en la vida y que solo compro a menos que de verdad sea una emergencia. También sabe que, en todo caso, no iría a un lugar como ese a comprar y que prefiero ir a tiendas mucho más pequeñas donde no hay tanta gente.

—¿Tienes tiempo? —me preguntó.

Tras decirle que sí, fuimos a un pequeño local de nieves en la planta baja del centro comercial y, ahí, charlamos largo y tendido. Recordamos viejos tiempos y hablamos sobre qué había sido de algunos de nuestros compañeros de preparatoria.

Me contó las cosas que hacía en su universidad y las aventuras que vivía con sus amigos. Me dio algo de envidia. Mi vida universitaria no es tan divertida como la de él porque, a diferencia de mí, Mateo nunca ha tenido problemas para socializar con las personas.

Yo también le conté sobre la universidad. Como no tenía caso que siguiera fingiendo, fui sincera. Le dije que no tenía amigos. Hablo con algunas personas, pero solo eso. Cuando hay descansos entre una clase u otra, o cuando un profesor no va, me quedo siempre sola.

—No te estreses —Me dijo sonriente— Tarde o temprano llegará alguien a hacerte compañía.

Me observó con una mirada algo triste y también llena de complicidad. Le consternaba mi situación y, al mismo tiempo, me decía con la mirada que no estaría sola para siempre. Que alguien, en algún momento, se acercaría a mí, así como él lo hizo conmigo en la preparatoria.

Me acompañó a casa. Para entonces ya estaba oscureciendo. Durante todo el trayecto no dejamos de hablar ni paramos de reír.

No sé cómo dejé que se distanciara de mí.

Aquella amistad que parecía indestructible se disolvió entre nosotros sin que ninguno lo notara siquiera. Quizá, sencillamente, fuimos obligados por la naturaleza. Como cuando los árboles pierden su verde follaje y es sustituido por esas hojas secas y amarillas.

O será que solo intento encontrar excusas porque, fuera inevitable o no el distanciamiento entre Mateo y yo, nuestra amistad era tan bonita que creo que debí de esforzarme un poco más para mantenerla viva. Debí revelarme al cambio de estaciones para evitar perder algo tan valioso.

—Paula... ¿Crees que...? ¿Crees que pueda verte mañana?

Mis ojitos se humedecieron en cuanto me lo preguntó. ¡Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no llorar!

¡Claro que quería verlo! ¡Necesitaba verlo!

Quedó de venir por la tarde. Dijo que traería unos juegos de mesa y algunas películas interesantes.

—¿Tomas? —Preguntó— Me refiero a... alcohol.

—¿Eh...? No mucho en realidad —titubee recordando aquel episodio que tuve en la fiesta de Cinthia.

Mateo quedó en traer algunas bebidas que podrían gustarme y le dije que me parecía bien.

¡Estoy muy emocionada! ¡Ya quiero que sea mañana!

Día raro con Mateo

Ayer fue... raro.

Vino Mateo a mi casa. Solo que, como pasaron algunas cosas, no tuve ganas de escribir enseguida; solo de pensar.

Llegó puntual a la hora en qué quedamos. En una enorme bolsa de tela trajo varios juegos de mesa. También llevaba una mochila grande en la espalda y algo tintineaba dentro. Le pregunté que era.

—Ah —dijo sonriendo como cirquero— es una sorpresa,

Lo pasé a la sala, abrió su mochila y se asomaron varias botellitas. Sacó una y me la ofreció. El vidrio era azul y la etiqueta transparente con letras en color rosa.

—¿Qué es esto? ¿Tiene alcohol?

—Solo pruébalo —respondió con una sonrisa radiante.

Nos sentamos en la sala y empezamos a picar algunas frituras. La bebida que me ofreció Mateo estaba demasiado buena. Aunque la etiqueta decía que tenía cinco por ciento de alcohol, no sabía para nada. Era más como un refresco muy dulce. Mientras platicábamos yo me tomé tres de esas pequeñas botellas. Mateo bebió cuatro cervezas. Para entonces ya estábamos hablando demasiado alto y riendo a carcajadas.

Nos hicimos muchas confesiones. Él me dijo que le gustaba en la preparatoria. Yo, por supuesto, enrojecí al escucharlo. Sentí un bochorno demasiado intenso, como si aquella idea encendiera algo en mí.

Me moría por ahondar en el tema, que me confesara cuáles eran sus pensamientos. ¿Había pensado alguna vez en mí de forma pervertida? ¡Ah! Solo pensarlo me emocionaba. No tanto porque me gustara Mateo, sino por lo novedoso e inesperado que era todo eso para mí.

¿Cómo habrían sido las cosas si él y yo...?

En esos tiempos él andaba con Sara. Aun la recuerdo bien. Era una chica muy agradable ¿Qué habrá sido de ella?

Tenía demasiadas, demasiadas dudas. Solo que, como él ya estaba algo borracho (y yo también) ambos terminamos divagando constantemente. Y aunque yo me acordara de vez en cuando de hacer las preguntas importantes, no lograba concentrarme lo suficiente para retener la idea y externalizarla en el momento adecuado.

Yo le confesé lo que sucedió en la fiesta de Cinthia. El cómo me encerré en el armario con Teodoro.

—¡Qué loco! —Gritó riendo— ¡No tenía ni idea!

Luego él me contó que tenía problemas con su novia actual (con Sara terminó poco después de que nos graduamos de la prepa) porque, al parecer, se estaba portando muy distante con él desde hace unas semanas.

—¿Te parece si vemos una peli? —sugirió Mateo en algún momento. Rebuscó torpemente dentro de su mochila y me mostró una cajita— Traje la primera película de la Saga de Mirland.

—¡Si! —Di un vergonzoso gritito como de niña pequeña. Estaba actuando ya muy raro.

Empezamos a ver la película y yo me adentré de lleno.

Pasados unos minutos Mateo me acercó a su cuerpo. Mi cabeza quedó casi sobre su pecho. Me rodeaba el cuello con su brazo. Acurrucados así me fue muy difícil concentrarme.

Mi respiración se aceleraba y, entre más era consciente de ese hecho, más me hiperventilaba. Mateo lo sabía. Sabía qué estaba pasando porque su mano, grácil y juguetona, me hacía caricias en el cuello y la oreja. Entonces, por el rabillo del ojo, alcancé a percibir movimiento en su pantalón. Mire hacia abajo; era su erección.

Entonces yo, como si fuera lo más natural del mundo, estiré la mano y empecé a acariciarlo.

Y no sé qué me ocurrió. En serio no lo sé. Me convertí en otra, o alguien controló mis acciones desde un sitio remoto, porque entonces tuve muchas ganas de sentir su pene en mi mano.

Deslicé el cierre y su miembro emergió. Mateo me besó. Yo le correspondí.

Fue raro, mas no puedo decir que me desagrada.

Durante el beso siguió haciéndome caricias en la oreja. Yo sostuve su pene en mi mano y la moví de arriba a abajo. Estaba muy caliente. Demasiado. Fue como sostener una barra de hierro expuesta al sol. Me sorprendí ante lo diferente del tamaño y de la forma. La cabeza era algo más grande que la de Martin, aunque no tan largo. También tenía una ligera curva hacia la izquierda. Como si fuera el brillante arco de un puente que flota encima del mar.

Me distraje tanto en analizar la forma de su miembro que no me di cuenta de lo rápido que iba mi mano. Tampoco Mateo tuvo tiempo de advertirme nada, simplemente se vino.

Quedé asombrada. ¡Los hombres producen muchísimo semen! El pene de Mateo escupió montones de ese espeso líquido, parecía un volcán de lava blanca desbordándose.

Se disculpó conmigo, aunque no entendí por qué. Cuando nos limpiamos Mateo empezó a tocarme debajo. Al principio me gustó, pero luego, de súbito, algo cambió. No tengo ni idea de por qué sucedió esto pero, de repente, así sin más, tuve la sensación de que Mateo era mi hermano.

¡Qué raro! Como soy hija única no tengo idea de cómo es tener hermanos. De todos modos no pude evitarlo y me sentí algo asqueada ante el pensamiento.

Lo detuve. Muy lentamente fui posando mi mano sobre la suya.

—Lo siento Mateo. No puedo.

Mi voz sonó demasiado lúgubre al pronunciar esa oración.

—No pasa nada —me respondió besándome la frente.

La película transcurrió, pero el silencio entre nosotros era tan enorme que incluso opacaba el ruido de la tele.

A mitad de la película, Martin rompió el silencio:

—Me encanta esa parte. El asalto al Gran Castillo del Cielo es de las mejores escenas que he visto en cualquier película.

—¡Ah! ¡Lo sé! —Contesté emocionada— Adaptaron muy bien esa parte del libro.

De nuevo pude adentrarme en la trama de esa película que había visto ya seis veces (basada en el libro que leí veinte veces). Mateo también olvidó que hace un momento tenía una enorme erección, y comentó la película conmigo.

Después vimos la segunda parte de la Saga de Mirland y, cuando terminó, Mateo dijo que tenía que irse. Para entonces ya se nos había bajado el efecto del alcohol.

Nos encaminamos hacia la puerta de la casa. Todo estaba oscuro, así que íbamos tanteando con cuidado el suelo. Antes de abrir la puerta, estiré mi mano para encender la luz de la sala. Pero entonces Mateo me abrazó por atrás.

—¿Mateo? —susurré asustada.

—Paula... Sé que esto es un poco raro para ti pero... Te conozco desde hace mucho. Te tengo mucha confianza y me gustaría... si tú quieres... ya sabes... eh...

El cuerpo de Mateo estaba muy caliente. Sus brazos me envolvían con dureza. Estando así, en ese abrazo me sentí protegida, segura.

Solo que, de nuevo, de la nada, la sensación de que Mateo era mi hermano me volvió a inundar.

—Lo siento Mateo... yo no... —No sabía qué decirle, así que dejé que mi boca hablara por sí sola— Tienes novia.

Mateo se estremeció. Parecía que reclamaría algo en cualquier momento ¿Pero qué podía decirme? No dije ninguna mentira. Creo que entendió que no había nada que argumentar y al final me soltó del abrazo y se disculpó.

Si no hubiera hecho eso quizá la despedida no habría sido tan incómoda. Incluso puede que yo misma lo invitara de nuevo para intentarlo otra vez.

Quizá las cosas simplemente tenían que ser así.

Lo observé alejarse desde la puerta. Y, mientras su espalda se alejaba, me invadió la cruenta sensación de que no volvería a verlo jamás.

Al despertar el domingo me sentí menos fatalista.

Desayuné pensando en todos los sucesos de la noche anterior. Casi podía asegurar que todo había sido una alucinación.

Extraño ¿No?

De hecho, si en el transcurso del día trataba de pensar en el semen de Mateo resbalando lentamente por mi mano, la imagen se desvanecía en el momento en que comenzaba a visualizarla.

Fue un día muy raro...

4TO SEMESTRE

Dejé de escribir de nuevo durante demasiado tiempo porque no encontraba el sentido.

Mi monótona vida se iba diluyendo de forma sistemática sin que yo pudiera hacer nada al respecto. Fue como verme a mí misma siendo atacada por alguien, sin poder ni siquiera moverme.

Curioso ¿No? No sé desde cuando he empezado a tener este tipo de pensamientos.

Sigo convencida de que este diario va a salvarme de alguna forma. De todos modos tengo miedo. Miedo de las cosas que escribo. Miedo de las cosas que escribí y miedo de las cosas que escribiré.

No quiero tener pensamientos que me desgarren la conciencia, ni quiero sumergirme en reflexiones caóticas. No quiero perder el sentido ni la cordura.

No... Ya no...

Solo necesitaba alejarme un poco de todo. Mantener mi mente en blanco.

Si hoy retome el diario no es porque sienta que ya estoy del todo bien. Solo que tuve el impulso de mencionar algo, aunque no sé si tenga tanta importancia como creo.

Una luz.

En mi vida ha aparecido una luz.

Ya pasó una semana desde que inició el cuarto semestre. Durante esos días tuvimos todas las clases excepto una porque, al parecer, aun no conseguían profesor.

Hoy, lunes, al fin se presentó uno.

Justo cuando todos estaban por tomar sus mochilas para irse (pensando que de nuevo no habría clase) llegó un hombre joven con una mochila de laptop colgada sobre el hombro.

Todos lo miramos con curiosidad.

Él caminó despreocupado frente al pizarrón. Dejó sus cosas sobre el escritorio, nos observó con atención y Entonces esbozó una sonrisa amable que denotaba cierto nerviosismo.

Se presentó y nos dijo que sería nuestro nuevo profesor. Se disculpó por toda esa semana que no hubo clases. Explicó que algo sucedió de último momento y que el profesor que originalmente daba esa materia no pudo incorporarse al ciclo escolar, así que lo llamaron a él de improviso.

Algo raro pasaba con este hombre. Se notaba enseguida que no tenía experiencia como profesor y, aun así, de algún modo, logró llamar la atención de todos.

¿Por qué sería? ¿Su tono de voz? ¿Su postura? ¿Las palabras que usaba?

Cuando terminó la clase escuché todo tipo de comentarios sobre él. Solo una o dos personas estaban molestas con su llegada. El resto estaba fascinado o desconcertado (como yo).

Tras reflexionarlo mucho he llegado a la conclusión de que hay algo en este nuevo profesor. Algo agradable.

Y me doy cuenta porque, ahora mismo, no recuerdo casi nada de él. Ni su nombre, ni su apellido. No sé de dónde viene, ni cuántos años tiene. Desconozco la carrera que estudió, así como sus logros profesionales.

¿Cómo explicarlo? Hubo algo en él que no me permitió concentrarme en nada. Estaba demasiado embelesada en esa luz que emanaba de él. No era algo que estuviera a la vista de todos. Más bien era algo que solo se ve escudriñando con mucha fuerza en el centro de su pecho.

Me pregunto si este profesor podría servirme de guía, así como me sucedió con la maestra Lorena en la preparatoria.

¿Será posible que encuentre en este profesor algo trascendental?

Ropa Nueva (I)

He empezado a usar la ropa que me compró mi madre hace mucho tiempo.

No había querido porque... bueno, ya he explicado lo mucho que quiere controlarme.

Detesto darle el gusto de saber que tiene la razón. Solo que esta vez ha sido inevitable. De un tiempo para acá he sentido un montón de vergüenza al ver que otras chicas siempre van muy arregladas a la universidad.

Y no es tanto por ellas por lo que he decidido vestirme mejor. Es que ahora entiendo más porque lo hacen. No deja de ser una tontería. Y, es más, puede que ni siquiera ellas sean conscientes de esto. Yo me di cuenta por pura suerte, y fue gracias al profesor nuevo.

Que, por cierto, se llama Eren.

Hace un par de semanas, durante una de sus clases, trabajábamos en una actividad sobre la creación de productos novedosos. La mayoría del grupo ya había terminado y por eso se escuchaba un considerable bullicio. Para acallar tanto ruido me puse a escuchar música.

Mientras sonaba una canción de Aleksan, vi cómo un par de chicas muy coquetas se acercaron a preguntarle algo al profesor Eren.

Me pareció absurdo lo llamativas que se veían. Una llevaba unos ajustadísimos vaqueros color blanco y una fina blusa con los hombros descubiertos. La otra un bonito vestido color melón.

«¡Por Sacro! ¡Qué atrevidas!» fue lo primero que pensé al ver esa escena (aunque, claro, puede que no sea algo que tenga derecho a pensar dadas las cosas que hago de madrugada).

Sus atuendos estaban hechos con el único propósito de atraer miradas. No es que eso fuera malo en algún sentido. Sin embargo, cuando se acercaron hacia el profesor, envueltas en esa indumentaria, me dio la impresión de que querían seducirlo. Me sonrojé ante el pensamiento. Era como los videos porno que de vez en cuando veo cuando estoy aburrida.

Tras observarlas unos minutos caí en cuenta en que, si llevaban esa ropa tan bonita, no era porque tuvieran intenciones ocultas. Miré en derredor. Casi todo el salón iba bien vestido, sus peinados eran estilizados y se olían todo tipo de perfumes.

Bajé la mirada hacia mi pecho. Llevaba una blusa medio desgastada que usaba desde finales de la secundaria. Al alzar mi pie, un desgastado tenis se asomó, saludándome con su cinta sucia.

«Así que soy la única»

Regresé la mirada hacia el Profesor. Me pregunté si realmente podría ser seducido por una de esas chicas.

Eso suena tan obsceno... Solo que, al pensarlo, no sentí asco ni nada de eso. Será que no creo que el profesor Eren sea de esos que fantasean con sus alumnas. ¿Me pregunto si estará casado? Ya tiene más de treinta. Seguro que lo está. La mayoría de los adultos se casan a esa edad.

Me le quedé viendo durante un buen rato. Noté que también el profesor Eren usaba ropa muy bonita. Un suéter color mostaza, vaqueros oscuros y brillantes mocasines.

El resto del día no dejé de darle vueltas hasta que al final me decidí.

Hoy, en cuanto llegué a casa, corrí a mi habitación para abrir mi armario. No tenía idea de que dentro hubiera tantos tipos de prendas ¡Qué complicado!

Para mañana preparé algo sencillo; una blusa en V y unos vaqueros con algunas roturas que nunca había usado.

Estoy algo nerviosa por lo que sucederá. No quiero vestir bien solo para llamar la atención. Simplemente no quiero desentonar. Tal vez si me visto como todos pueda sentirme en su lado de la realidad.

Tan solo espero que esto no provoque el efecto contrario, y termine separándome aún más de esa dimensión en la que todos viven felices.

Jeane

Desde que llegó este nuevo profesor pasa algo raro con las alumnas.

Todas se abalanzan sobre él, como si fueran zombis hambrientos y Eren el último hombre en la tierra.

Es decir. No es raro que todas se sientan atraídas hacia él siendo tan guapo. El problema es que todas actúan como si tuvieran el derecho genuino de poseerlo. Parecen mujeres casadas, recelosas de que su marido se encuentre en medio de una playa nudista.

¡Eren no es su marido tontas!

¡Uf! ¡Me molesta!

Pero sobre todo, quien me molesta más de todas es Jeane.

Esa niña que se hace la santa solo por sacar buenas calificaciones cuando, en realidad, es más promiscua que cualquiera.

¡Así es! ¡Lo digo porque estoy enfadada! ¡Pero es la verdad!

Sus videos circulan por todo el campus y a ella ni le importa. Yo los he visto (solo por morbo, claro) y son bastante extraños porque tardé en darme cuenta de que era ella.

Ver a Jeane de rodillas dándoles sexo oral a dos chicos de la Uni es... Es tan raro ¡No parece ser ella misma!

En fin. Últimamente Jeane me molesta mucho. Cuando pasa a mi lado tira lo que sea que tenga encima de mi pupitre y me pisa la mochila. También critica mi ropa y mi cabello.

Lo que más me enfada de ella son los comentarios pasivo-agresivos relacionados a Eren. Me dice que él nunca me va a hacer caso y que ni siquiera debería intentarlo. Que me veo bastante obvia acercándome a él tantas veces y... en fin. Montones de cosas más.

Es verdad que me he acercado varias veces a él ¡Pero no lo hago con ninguna intención!

Sé que no tiene caso que se lo explique a Jeane. Ella simplemente es así, está muy enamorada de Eren (igual que todas).

Que molesto...

Como sea. Eso es todo lo que quería expresar. En realidad, no ha pasado nada interesante más que eso. No logro sacarme a Jeane de encima. Es como una astilla que tengo encajada en el pie.

El Rector

El otro día el Rector me mandó a llamar por medio de un profesor. Creo que se llama Rivera.

Detesto tener que ver al Rector, pero no me queda de otra. El sujeto es amigo de mi madre desde hace muchos años y dijo que quería preguntarme algo importante.

—¿Cómo te va en las clases?

No pude evitar torcer la boca al escucharlo. Realmente creí que iba a preguntarme algo más importante que eso. Supongo que lo hizo porque mi madre está demasiado ocupada para encargarse de mí.

Le dije que todo iba bien, aunque de vez en cuando tenía roces con algunos de mis compañeros. Yo no pensaba mencionarle nombres ni nada, pero insistió mucho. Quería que le diera detalles, así que le hablé sobre Jeane.

Cuando se lo propone, el Rector puede dar mucho miedo.

Luego me preguntó si seguía teniendo problemas con Martin.

—No, ya pasó —le respondí— ahora ni siquiera nos hablamos así que...

Hasta ese momento recordé que, a finales del primer semestre le conté lo que sucedió con Martin. Bajo circunstancias normales nunca lo habría hecho. Pero seguía tan devastada por todo lo sucedido que le conté todo. No tenía nadie más con quien hablar. Quizá se lo hubiera dicho a Annette, pero desde hace tiempo ha estado muy atareada con mi madre.

Que tan mal tengo que estar para contarle mis problemas al Rector.

Ojalá tuviera una amiga con quien hablar de esas cosas.

Te extraño mucho Betty.

Como cavernícolas descubriendo fuego

Hoy noté que el profesor ha estado bajando de peso.

Cuando le hice el comentario rio con una frescura que me envolvió de un aura dulce.

Hace un par de meses estaba algo más llenito. Creo que le sienta bastante bien la compleción que tiene ahora. Me dijo que salía a correr y que lo máximo que hace son diez kilómetros, pero que quiere correr más.

Yo me sorprendí mucho. Diez kilómetros es un montón ¡Si sigue corriendo así desaparecerá!

Me daban ganas de bromear con él y decirle eso en voz alta. Solo que no pude. ¡Ojalá tuviera el valor! Me siento en confianza con él. Estoy segura de que si nos encontráramos a solas estaría menos cohibida.

Me he quedado un buen rato mirando a la nada. Divagando. Han pasado unos quince minutos desde que escribí el párrafo anterior.

Me puse a pensar en que realmente me gustaría estar a solas con él.

Su voz es muy reconfortante y hay algo... no sé qué sea... algo que, cuando me acerco a él, me atrapa. Como si sus músculos emitieran algún tipo de vibración hipnótica. Suena loco, lo sé. Más no sé de qué otra forma explicarlo.

Y es que eso de los músculos de verdad no me lo estoy inventando. Una vez, por accidente, me rozó con uno de sus hombros y me estremecí toda.

¡Me dio mucho miedo!

No como un miedo aterrador. Fue más como... el miedo de algo nuevo. Creo que los cavernícolas debieron sentir algo parecido cuando descubrieron el fuego y se quemaron por primera vez.

¡Si! ¡Algo así!

Ahora mismo, no sé si quiero volver a sentir eso. Solo sé que, mientras lo averiguo, evitaré a toda costa tocarlo.

Es algo que me sobrepasa.

Ropa nueva (II)

Ha pasado un tiempo desde que empecé a usar la ropa del armario que me regaló mi madre y las cosas no han cambiado demasiado.

No me quejo. De hecho, quizá hasta debería estar un poco contenta. Estoy siendo algo negativa porque, en el fondo, esperaba un cambio drástico.

Es decir, yo esperaba que, de un momento a otro, con solo usar ropa nueva, mi vida sería radicalmente distinta. Que de la nada las chicas empezarían a entablar conversaciones conmigo.

No ha sucedido así y es un poco decepcionante.

De todos modos, debo admitir que ha habido pequeños cambios.

No podría especificar algo en concreto. Tan solo sé que, gradualmente, la actitud de mis compañeros de clase hacía mi ha cambiado. Estoy convencida de ello.

No llamo la atención de todos, pero cuando menos me siento incluida. Como si por algún acuerdo tácito todos me hubieran empezado a aceptar como una nueva persona más de esta realidad. Puede que siga estando muy abajo en la jerarquía, pero es un comienzo.

Será que no tengo paciencia. Quizá si espero lo suficiente empezaran a pasar cosas buenas.

Un día de estos intentaré charlar con alguna de las chicas. Sé que es imposible encontrarme con otra Betty o con otro Mateo. Pero algo similar, alguien remotamente similar debe de existir en algún sitio de esta universidad. ¿O no?

¿Cuál es su verdadero ser?

Últimamente tengo la costumbre de llegar temprano a la universidad.

Prefiero estar paseándome por ahí, a quedarme en el silencio de la casa. Sola.

Varias veces he pasado cerca del edificio donde ensaya el club de música. Siempre que escucho la música amortiguada desde aquel lugar, recuerdo a Sara, la novia que Mateo tuvo durante la preparatoria.

Sara tocaba el bajo. Solo pude escucharla algunas veces cuando pasaba cerca del cuartito donde ensayaban o cuando había algún evento en la escuela.

Tocaba muy bien. Tenía una forma de comportarse muy distinta cuando hacía sonar su instrumento. No sabría decir porqué, pero sí que tenía algo especial.

En fin. Hoy pasé de nuevo por el club de música de la universidad y de nuevo escuché la música. Sin embargo, casi en un acto de reflejo me detuve.

Ese día la banda sonaba distinta. ¿Por qué sería?

Me giré hacia el club de música y, sin pensarlo, me acerqué.

Quise asomarme dentro. Pero el edificio tenía muy pocas ventanas, y estas pocas estaban cubiertas por una cortina oscura. Me recargué contra una de las paredes para escuchar mejor. Se trataba de una especie de rock ligero, aunque la voz, alta y clara de la chica lo hacía parecer pop.

Tocaban muy bien. Tan bien que, sin darme cuenta, me quedé embelesada escuchando durante un buen rato.

Tras escuchar dos canciones lo entendí. Lo entendí de golpe. Fue tanta la impresión que incluso me recriminé por no haberlo notado antes:

¡La batería!

Si. Cuando me concentraba en la batería algo me removía el alma.

Estaba confundida. ¿Por qué la batería?

No es un instrumento elegante como el piano, ni conmovedor como el violín. ¿Cómo es posible que un instrumento, que consiste en golpear, me hiciera sentir de ese modo?

El edificio llevaba un buen rato en silencio y yo tardé en darme cuenta de ello. Reaccioné hasta que la puerta se abrió y algunas risas se oyeron. Apresurada, caminé lejos del edificio como para fingir que solo pasaba por ahí.

Entonces, discretamente, me di la vuelta. No pude creer lo que veía.

¡Era el Profesor Eren!

Estaba ahí con el grupo, charlando animadamente.

Estaban dos chicos y una chica, los tres, con estuches de guitarra a sus espaldas. También había una segunda chica muy guapa de pelo largo que, supuse, sería la vocalista ya que solo llevaba una pequeña mochila colgada a la espalda.

El profesor Eren sostenía dos palillos en la mano derecha, los cuales guardó algunos segundos después en su mochila. ¿Entonces él era el Baterista?

¡No lo pude creer! Pero no había otra explicación ¿O sí? Esos palillos solo los usan los bateristas.

¡Es increíble! Yo no tenía ni idea de que tuviera esa habilidad.

Nunca pensé que un profesor pudiera ser algo diferente a un profesor. Jamás me he puesto a pensar que tienen vidas aparte de la que llevan en la universidad y que pueden ser otras personas fuera de su trabajo.

Eso me puso a pensar que pasa lo mismo con mis compañeros de universidad ¿Qué es lo que son más allá de la universidad? Quizá, por dentro, son algo insospechado.

¿Entonces yo también soy algo insospechado a los ojos de los demás?

¡Es muy posible! Nadie se imagina que escribo estas cosas, ni que me masturbo en la calle, ni que en ocasiones siento un constante vacío.

...

¡Ah! ¡Como sea!

El profesor Eren... ¿Baterista?

No pude dejar de pensar en eso todo el día; mucho menos cuando llegó su clase.

No prestaba atención. Tan solo me hacía las mismas preguntas, una y otra vez, en mi mente:

«¿Es este Eren, el verdadero Eren? ¿Cómo se considera a sí mismo?
¿Es baterista con dotes de profesor, o profesor con dotes de baterista?
¿Cuál es su verdadero ser?»

Me gustaría saberlo.

Hice la pregunta

Soy una tonta.

Sin querer lo hice; se lo pregunté.

La clase terminó justo cuando me estaba revisando una tarea que nos había dejado. Yo era la última que faltaba.

Tardó apenas unos minutos en revisarme. Entonces, mientras registraba algo en su computadora yo, no sé, no pude evitarlo. La pregunta salió sin que me lo propusiera.

—¿Usted se considera Profesor o Baterista?

Sé que mi pregunta sonó muy tonta. Solo que, cuando me respondió, no me hizo sentir así. Simplemente se me quedó viendo, como intentando adivinar mis intenciones. Sus ojos atravesaron mis pupilas. Fue una sensación extraña.

—Ah, así que me descubriste —me respondió sonriente.

—L-lo vi... salir del club de música el otro día...

—Ya...

Cerró la laptop, recargó el codo en el escritorio y se dio golpecitos con el dedo en los labios.

—Pues bueno... ¿Qué debería responder? ¿Profesor o Baterista? — Soltó una risita— Profesor definitivamente.

»De Baterista no creo tener mucho. Es una historia algo larga. De joven estuve en algunos grupos, y...

»Lo del club de música de la universidad pues... es algo temporal. Al parecer habrá un concurso de bandas entre universidades o algo así, y les hacía falta baterista porque el otro no iba a poder estar presente.

Hizo una pausa.

—¿Conoces al Sr. Rivera? —Preguntó— Si, el jefe del departamento de ciencias administrativas. Pues bueno, es padre del guitarrista. El caso es que yo ya conocía al Sr. Rivera desde antes, trabajaba conmigo en una empresa en la que estuve hace tiempo. Él ya sabía que yo tocaba batería, así que se lo mencionó a su hijo y luego a mí. Entonces...

Yo estaba ensimismada con su forma de hablar.

En ese momento descubrí que los profesores tienen una voz para enseñar y otra para platicar, pues jamás lo había escuchado así, tan entusiasmado.

Claro que no es que durante las clases no se entusiasme. Él mismo ha mencionado lo mucho que le gusta dar clases, cosa que se nota muchísimo. Siempre da lo mejor de sí mismo al explicar las cosas, así tenga que repetirlo una y otra vez.

Aun así, ese Eren que vi hablando de música era distinto. Realmente le apasionaba el tema.

—La verdad es que al principio no estaba seguro de querer hacerlo.
—Siguió diciéndome— Ya estoy algo viejo para estas cosas, ¿Sabes? Me iba a oponer a la idea porque, para empezar, creí que a los chicos no les agradaría ver a un señor en su banda.

»Sin embargo, al tocar la primera canción de prueba, todo fluyó tan bien que incluso yo me sorprendí. Sincronizar instrumentos no es sencillo. No es solo poner una cosa encima de otra. Debe haber química.

»Por suerte se nos dio esa química. No sabría explicarlo bien, pero es como cuando conoces a alguien que, sin saber por qué, te cae bien a la primera ¿Te ha pasado?

Asentí, pensando en Betty.

—Y yo, con ellos, me sentí a mis anchas. Porque, además de talentosos, son todos muy buenos chicos.

Cuando guardó silencio me quedé petrificada. Estaba fascinada por toda esa información que recibí en tan poco tiempo.

—¡L-lo siento! —Dijo entre tartamudeos— Hable demasiado
¿Verdad? Ah... Lo siento. ¿Huh? Ya no hay nadie en el salón. La clase terminó hace un buen rato ¿Verdad?

»Ah... ¡Perdón, perdón! Solo te hice quedarte de más. Seguro que querías salir desde hace rato.

—¡N-no! No pasa nada. Yo... igual... No tenía nada que hacer... —
Farfülle apenas en un hilito de voz.

Se me quedó viendo de nuevo con atención. Otra vez analizando las intenciones detrás de mi respuesta. ¡Solo que yo no tenía ninguna intención oculta! ¿O puede que la tenga y ni yo misma lo sepa?

Al final solo me sonrió, como diciéndome “comprendo”.

Carraspeó un poco y dijo que tenía que irse. Guardó sus cosas con lentitud. No parecía tener prisa en marcharse del aula. Yo tampoco tenía nada que hacer, así que me fui a sentar a mi banca a escuchar música.

En cuanto el Profesor salió del salón, lo observé hasta que lo perdí de vista. Entonces salí también al calor de la tarde y me quedé en la puerta recibiendo la bruma juvenil.

El bullicio del alumnado estaba a rebosar. Por lo regular todo ese ruido me estresa. Más, en ese momento, me hallaba demasiado distraída como para enfadarme.

Biblioteca y Batería

Cuando llego temprano a la universidad y me aburro de pasear por el campus, entro a la biblioteca.

La biblioteca de la universidad no es muy grande. Si acaso será del tamaño de tres salones juntos. Las estanterías se distribuyen por todo el perímetro y en medio hay mesas donde los estudiantes se sientan a hacer sus trabajos. En una de las paredes hay tres computadoras que los alumnos usan para hacer investigaciones. En una de las esquinas hay un juego de sillones muy cómodos que están como para pasar el rato.

El ambiente dentro de la biblioteca es apacible. Únicamente se escucha, de vez en cuando, alguna que otra risita y también se alzan tenues murmullos por aquí y por allá. Además, sin importar la hora o el clima, siempre hay mucha luz.

Me gusta mucho estar ahí. Es muy distinto al resto de la universidad.

Afuera siempre hay un desconcertante caos. Hay gritos, risas y parloteo. Por todas partes transitan corrientes de efusividad. En cambio, en la biblioteca, pareciera que duermo en un oasis.

Hoy seguí leyendo La llave de porcelana carmesí, iy ya casi lo termino! ¡No puedo creerlo!

Me propuse tomármelo con calma para no terminarlo tan rápido, pero hay puntos en los que no puedo detenerme. Natalie, la protagonista, es... es una mujer increíble. Me pregunto si yo podría superar tantas dificultades como ella...

En fin, cuando cerré el libro, me di una vuelta por los estantes de la biblioteca buscando algo interesante.

Es triste. No hay ninguna novela, ni un cuento. ¿Qué diablos le pasa a esta universidad? No somos máquinas. Deberían tener al menos alguna lectura humana que evoque sentimientos. No solo datos, información, formulas, graficas...

Suspiré agobiada.

Salí de la biblioteca aunque hacerlo fuera peor. Se me ocurrió que podía pasarme por el club de música ¿Estarían ensayando? Faltaban como dos horas para que iniciaran las clases de la tarde. La idea de escuchar a Eren tocar me animó.

Me fui acercando al club de música, pero no oí nada. Al llegar al edificio, me senté contra la pared, aguzando el oído. Esperaba saber si, cuando menos, había alguien dentro.

Esperé. No se escuchaba nada. De nuevo suspiré.

Si sigo suspirando de esa manera, probablemente acabaré desgastando mis pulmones.

Estaba por irme cuando escuché a alguien hablarme desde la derecha.

—Lo sabía —dijo— Eras tú.

Voltee muy lentamente a la fuente de esa voz... ¡Era el Profesor Eren!

Traía su mochila sobre el hombro derecho y los palillos para tocar en su mano izquierda.

No atine a decir nada, me quedé congelada. Mi corazón latía de culpabilidad como si hubiera robado algo de una tienda. El Profesor simplemente se me quedó viendo con su sonrisa de siempre. Yo no pude con esa sonrisa. Era un gesto demasiado amable que no merecía. Agaché la mirada.

Estaba debatiéndome en si debía despedirme y salir corriendo o solo salir corriendo, cuando habló:

—Hoy no habrá ensayo, solo vine a practicar un rato. El concurso de bandas ya es dentro de unos días, así que... —Hablabía en un tono casual, casi confidente— Por cierto. Es muy temprano para que inicien las clases ¿Vienes a algún club, Paula? —Negué haciendo el menor esfuerzo posible — Ya veo...

»Si quieres... puedes entrar. Digo, puede que solo escuchar la batería no sea mucho, pero...

En ese momento me levanté de golpe. Quería decirle que se equivocaba y que, de hecho, la batería era lo que más me había gustado aquella vez que escuché a la banda tocar.

—Toca muy bien... —fue lo único que atine a decir.

—Gracias —respondió contento.

Mi pecho retumbaba ruidosamente y empecé a sudar mucho, me costaba mucho hablar con él ¿Por qué?

El esfuerzo que hice para hacer salir mi voz fue inmenso.

—De verdad... ¿De verdad puedo verlo mientras practica?

Él me contestó que no había problema y los dos entramos en la sala del club.

Había muchas guitarras apostadas en sus atriles, una tercia de micrófonos alineados en una de las paredes y varias bocinas cuadradas.

En cuanto el Profesor cerró la puerta me llené de una energética expectativa.

«Aquí es donde nace la música»

El Profesor se sentó en el banquito de la batería y, con toda la paciencia del mundo, empezó a explicarme como se llamaban cada una de las partes. Cada que nombraba alguna le daba un pequeño golpecito, como para que yo diferenciara sus sonidos.

—Esta es la tarola, toms de aire, tom de piso. Esté pedal de aquí — dijo haciendo sonar el enorme círculo sobre el suelo— Es el bombo.

Luego me empezó a explicar la diferencia entre los platillos. ¡Y es que es verdad! No todos los platillos son iguales. Me sorprendió saber que cada uno tiene un nombre distinto.

—Ese es el Splash, tenemos el Crash, el Ride... Esto de aquí, son los contras y también se controlan con un pedal; este de aquí.

Tras darme esa breve explicación comenzó a tocar algo sencillo. Y, la manera en que lo hacía era...

¿Por qué se sentía tan mágico? No lo sé. Se veía tan fluido.

Ya había dicho antes que no comprendía porque me conmovía la batería si no era como el piano o el violín. Mientras lo escuchaba tocar me hallé aún más confundida ante ese cuestionamiento.

Eran golpes. Solo golpes...

Pero eran golpes simétricos y ordenados. Golpes exactos y certeros, constantes. El siseo de los contras era un seductor vaivén que se encaramaba a la precisión del bombo y la tarola. Estos se turnaban para tocar dos veces uno y dos veces el otro, luego dos veces uno y una vez el otro. Y ese bombo, a ratos, sentía que sincronizaba con mi corazón. O no sabía si era mi corazón el que se acoplaba al bombo.

El punto es que yo, ahí, inmersa en ese momento, por primera vez en mi vida, me sentí plena. Y me sorprendió ver que también al Profesor Eren la pasaba algo similar. Tenía una luz en el rostro que llegaba hasta mí.

—Debería ser Baterista, no Profesor —dije.

Mi voz no le llegó. La música que hacía con la batería se comía todo, absorbía la realidad. Pero algo resonó en mi cuando esas palabras salieron de mi boca. Ese algo me hizo pensar que, al igual que el Profesor Eren, quizá yo tampoco debería ser solo una Alumna.

Quizá debería ser algo más.

5TO SEMESTRE

Nuevo Semestre

Ha iniciado un nuevo semestre, pero no estoy entusiasmada por ello.

He visto las materias y los profesores que nos asignaron; este semestre no está Eren. Creo que lo enviaron al otro lado del campus, con los que estudian Ingeniería.

Estoy triste.

¿Pero que se le puede hacer?

En realidad, no debería de sentirme así. Él solo es un Profesor.

¿Lo es?

Si, lo es. No puedo estarme ilusionando de este modo... debo dejar estos sentimientos a otras alumnas. A esas que se le acercan sin reparos son sus ropas lindas y sus perfumes caros.

Yo no tengo ni una sola oportunidad.

Aunque nos hubiera dado clase este semestre también ¿Qué sentido tiene? ¿Qué es lo que voy a hacer de todos modos?

Solo mirarlo, como siempre. Observarlo de lejos. Ver como las chicas respiran su aire y se roban su risa. De solo pensarlo me duele.

Tal vez sea mejor que Eren no me de clases este semestre... ni ningún otro. Es lo mejor.

Tengo que convencerme de que es lo mejor...

Soy real

Últimamente he seguido haciendo eso:

 Salir de madrugada y tocarme en la calle.

 Decidí hacerlo siempre en el mismo sitio. Es lo mejor. Así me siento más segura.

 Ahora, dejo el pants y las bragas en mis tobillos, y abro mis piernas del todo... Eso hace que todo sea... que todo sea sumamente excitante.

 Sentir las oleadas eléctricas, el calor en mis manos, el frío del aire...

 Todo es genial hasta que se me pasa el orgasmo.

 Entonces una sensación muy rara me invade cuando termino. No hay triunfo en mi perversa hazaña. El placer que siento en el acto se desvanece enseguida.

 De todos modos, no puedo dejar de hacerlo.

 Es que hay algo mágico en salir de madrugada. Es una hora en la que el mundo es otro, y en la que solo existo yo. Aunque eso a su vez sea algo triste.

 Pero está bien. Así estoy tranquila, estoy en paz.

 Solo espero que sea mi imaginación esta sensación de que me voy erosionando.

 No estoy desapareciendo ¿Verdad?

 Soy real.

El transcurrir del tiempo

Es increíble el transcurrir del tiempo.

Los días pasan, uno tras otro, sin que yo pueda sentirlos en mi piel.

No creo que este efecto sea algo inherente a la vida. El problema debe ser mío.

He observado a los otros chicos y chicas de mi edad. Todos disfrutan cada día de sus vidas. Lo noto en cuanto los veo entrar. La mayoría caminan con un aura distraída y una expresión ausente en el rostro. Sin embargo, en cuanto cruzan la puerta del salón de clases, cambian por completo.

Si.

Es como si ya no fueran ellos. Como si, en el momento en que cruzan la puerta, se transformaran en algo distinto a lo que fueron originalmente. No sé cómo es posible eso, pero estoy segura de que es así.

Desde una esquina observo a todos. Observo a Martin, que ha continuado su vida como si nada (ignorándome, después de lo que me hizo). Veo a Jeane, a Carmen, a Diego.

Todos tienen manera de distinguir un día de otro, excepto yo.

Hoy es viernes, así que todos harán algo interesante saliendo de clases. Algo que quedará en sus memorias para siempre. Ayer fueron al cine, antier a pasear por el centro. La semana pasada se fueron de parranda.

¿Y yo? ¿Yo qué tengo?

Ayer me masturbé debajo del puente, antier también. La semana pasada fue igual.

El transcurrir del tiempo es cruel.

Costal de harina

He sido mancillada por un hombre.

No ha sido una violación, no me obligó a meterme en su cama. Quizá entonces sería más correcto decir que me dejé mancillar. Me dejé llevar por un deseo que hoy no puedo comprender.

Estaba en esa fiesta con Leo. Bebí un poco más de la cuenta. Él se me acercó, me besó, me tocó, me gustó.

Hice lo que siempre había hecho o más bien, lo único que sabía hacer, y lo toqué también.

Su miembro era más bien normal. Ni muy pequeño, ni muy grande.

En algún momento se alejó brevemente de mí para decirle a su amigo algo en la oreja. Su amigo, como respuesta, lo codeó un par de veces en la costilla y le brindó una sonrisa sumamente desagradable. No supe qué fue lo que le dijo. El alcohol me hizo un poco indiferente a todo. Y, de hecho, como Leo me dejó de tocar para hablar con su amigo, mi cuerpo se enfrió enseguida. No tenía deseo ya de nada.

—Sígueme.

Yo voltee a todos lados para saber de dónde venía esa voz. Era como si alguien hubiera gritado dentro de un enorme y alargado cilindro metálico y yo escuchara desde la otra punta, a muchos kilómetros de distancia. Sentí que me tomaban de la mano. Seguí esa larga extremidad con la mirada. Gruesos dedos, maciza muñeca, anchos brazos...

«Ah... Sí. Es Leo...»

—¿A dónde...?

—Shush... —me silenció.

Yo ya sabía que era lo que él tenía en mente. El alcohol me elevaba sutilmente de este plano, pero seguía manteniendo gran parte de mi conciencia clara.

Estaba segura de que, cuando menos, podía decirle que no. Quizá no tuviera la fuerza suficiente para resistirme a su agarre, pero sé que podía haberle dicho que no quería ir con él.

Y es que si quería. Quería volver a sentir ese ligero calor que hacía un momento se encendió entre mis piernas. Quería sentir mi pecho acelerarse otra vez. Las sensaciones que tenía con Leo no eran tan intensas como cuando me masturbaba, pero eran lo único que me quedaba.

Lo único.

Claro, todos tienen amigos, amigas, novios, novias... ¿Por qué yo no puedo también tener algo parecido?

Lo necesitaba.

—Aquí...

Abrió una puerta y, en cuanto entré, Leo la cerró tras de sí.

Yo me quedé ensimismada intentando comprender la naturaleza del lugar en el que estaba. ¿Era una habitación? ¿Una bodega? ¿Un frío infierno?

A mis espaldas escuché como Leo iba despojándose de su ropa. El sonido de la tela frotándose con fiereza me raspó los oídos.

“¿Por qué se quita la ropa?”

Yo creí que simplemente seguiríamos tocándonos como hace un rato.

—Ven —me dijo, acercándose a él.

Me dio un beso profundo. Demasiado húmedo, con demasiada lengua. Si yo olía a alcohol, él apestaba mucho más. Sus manos empezaron a tocarme de forma aún más lasciva, con mayor desesperación. Fue quitándome las prendas, una a una.

Yo me dejé llevar. Pensé que era lo que necesitaba.

Si.

No tenía amigas, así que Leo era mi compañía. No tenía novio, así que Leo era mi sustituto del amor.

No me quedaba nada. No tengo nada.

Sin dejar de besarme y desnudarme, me fue empujando de espaldas hasta que sentí el borde de una cama. Para entonces él ya no tenía pantalones, ni yo bragas. Me dio un empujoncito más y caí sobre el colchón. Mi cabeza dio un ligero golpe contra la pared.

Mientras yo me sobaba con la mano creí escuchar el sonido de una envoltura desgarrándose, luego vino un olor muy peculiar, como a plástico. No pude distinguir de qué se trataba, aunque me era muy familiar.

—Aquí voy...

Algo muy caliente me tocó ahí abajo y eso me hizo despertar del extraño estado en el que me encontraba. La voz de Leo ya no se escuchaba tan lejana, pero seguía siendo rara a mis oídos.

Miré entre mis piernas. Las tenía muy abiertas; jamás las había tenido tan abiertas. Era como si mis tobillos tuvieran grilletes y me colgaran de ellos en una pared; esos grilletes eran las gruesas manos de Leo.

—¿Qué estás haciendo? —Susurré sin fuerza antes de que Leo entrara dentro de mí.

Solté un gemido, no de dolor, tampoco de placer. Fue sorpresa.

Sin hacerme caso él se movió dentro de mí. Primero lento, muy lento. Luego fue subiendo la velocidad. Yo, como volvía a sentir ese calor que me tranquilizaba, lo dejé hacer.

Solo que, después de un rato, la forma en que me apretaba, la manera en que me hablaba, la velocidad con la que empujaba... todo me dio mucho asco.

Debido a eso, pasado un rato, el calor desapareció y dejé de sentir cualquier cosa.

Fue tan raro. Me dio un poco de miedo. Mi conciencia se escurrió fuera de mi cuerpo. De modo que mi verdadero yo flotó encima de esa escena. Observé como un trozo de carne martillaba otro trozo de carne.

«Claro, esa carne que está siendo empujada soy yo, Paula. Y la otra carne, la que martilla, es Leo».

Me concentré todo lo posible para discernir en esa sucia obscuridad los ojos de Leo. Eran un par de destellos viperinos que atravesaban la neblina azul de ese abandonado cuarto. Sus ojos translucían un placer rutinario, como si se encomendara a una tarea ineludible. Como algo que debiera hacer para confirmar su existencia. No había pasión ni arte en sus movimientos. Leo era solo una máquina que hacía algo para lo que estaba programado.

Y yo...

Bueno yo me sentía como un costal de harina.

Quizá no se trataba de que Leo fuera una máquina, ni tampoco es que él me viera solo como una tarea más a resolver.

El problema era yo. Yo tenía el alma de un costal de harina. Esa era mi naturaleza intransferible. Por lo tanto ¿Cómo podía culpar a Leo de tratar a un costal de harina como tal?

—Si... Es lo mejor —pensé. Y cerré los ojos.

Las ventiscas heladas

Estamos a mitad del quinto semestre y...

¡A la mierda! ¡No me voy a ir con rodeos!

Quería escribir sobre todo lo que ha pasado durante este tiempo.

Ha sido horrible... ha sido... como unas salvajes ventiscas me hubieran arrancado todas las hojas de mi cuerpo. Estoy deshecha como los árboles en invierno.

Me preocupó al inicio. Claro, a cualquiera le preocuparía. Esa que veía en el espejo no era yo. Aun así, esa imagen reflejada ha estado demasiado tiempo ahí y se ha vuelto más real de lo que pude haber sido yo misma alguna vez.

Entonces será que, no solo ese reflejo me pertenece, sino que, además, representa con mayor veracidad mi persona.

Entonces... será que es natural que el viento me desarregle de esta forma. Será que todo esto es lo único a lo que puedo aspirar.

Si ese es el caso entonces, en realidad, no ha sido tan malo el hecho de que me haya acostado con todos esos chicos.

No fue completamente horrible, pero tampoco puedo decir que haya sentido algo parecido al orgasmo. Ni de cerca.

A veces aún veo videos pornográficos, solo por curiosidad. Hay actrices que no tienen ni la menor idea de cómo fingir un orgasmo. Y también hay otras que lo hacen tan bien, que es imposible saber si lo fingen o no. De hecho, lo hacen con tanto ímpetu y hay tanto éxtasis en sus rostros que me da un poco de envidia.

¿Será que solo en la pornografía existe el orgasmo?

Los hombres son tan afortunados, ellos siempre parece que lo disfrutan sin importar la pareja, la posición o la situación.

Ojalá hubiera nacido hombre. Quizá entonces no me complicarían tanto estos sentimientos...

Yo sigo teniendo sexo con los chicos cuando me lo piden. No sé porque siempre digo que sí. Ni siquiera es como que me emocione la idea. No sé si estoy esperando a que, de la nada, alguien, con sus manos, con su boca, me haga sentir algo. Me haga sentir que vale la pena entregarse a alguien de esa forma.

Pero ya me han mancillado todo tipo de manos, me he ahogado en una variedad de bocas y no he sentido nada que valga la pena mencionar. Nada que me sume. Al contrario. Esos encuentros han ido restando algo a mi persona. Y me frustro porque no es posible que esté perdiendo algo cuando ya no hay nada en mí.

Movida por la desesperación, he ido cavando cada vez más hondo en la fosa que habita en mi corazón; y el vacío en mí se ha ampliado.

¿Hay vacíos más grandes que otros? Pensaba que si algo estaba vacío no importaba el tamaño del recipiente. Pero sí que importa. Mis pensamientos retumban cada vez con más fuerza y tardan más en desaparecer.

Por ahora solo me queda conformarme con lo que soy.

Una persona horrible, eso es lo que soy.

Una chica depravada que tiene sexo con chicos que no le interesan y que, además, se masturba en espacios públicos.

Tocarme es lo único que me queda, lo único que, por ahora, me hace sentir viva.

PARTE 3: VIDAS REUNIDAS

PAULA

6to Semestre/Pino

Es curioso.

Antes de volver a escribir este diario, le he dado una hojeada rápida y me he dado cuenta de que siempre voy dejando agujeros en el tiempo.

Han pasado muchas cosas. He sufrido mucho en este tiempo. He pensado demasiadas veces en morir. Si no lo he hecho es a falta de tiempo.

Entre la universidad y mis encuentros con cierta persona (si es que realmente se le puede llamar así) no he tenido oportunidad de vivir ni de morir.

Si por algún motivo quedaba algún pequeño espacio en mi tóxica agenda, lo dedicaba a perderme en las sombras de mis pensamientos.

Me hallé resbalando hacia las profundidades de mis más oscuras reflexiones. En ese tortuoso viaje mi alma se helaba o se quemaba, y era entonces cuando deseaba morir.

Pero luego venía la universidad o esa cierta persona a cortar el hilo de cualquier idea que tuviera que ver con la vida o la muerte.

Realmente no tuve tiempo de nada.

Hace una semana inició el sexto y (suspiro de alivio al pensarlo) he dejado de sentir dolor y aprensión. Es la bendición y la maldición del transcurrir del tiempo; las cosas no vuelven a ser iguales. Ni las buenas ni las malas.

Por eso ahora mismo puedo (y debo) escribir sobre aquella persona, aquel hombre que, durante este corto espacio de tiempo, ha logrado hacerme más daño que nadie en la vida.

He escrito cosas sumamente extrañas y puede que hasta sean asquerosas para algunos. De eso soy consciente.

Pero las cosas que me hizo ese hombre...

Jamás las describiré. No podría. No me siento con la fuerza para hacerlo. Sería como sacar de su jaula a una bestia hambrienta de cordura. Si la dejo salir, la bestia vendrá con sus grávidos y desafilados colmillos negros a molerme la mollera y a chuparme la poca cordura que me mantiene en este plano.

Ni siquiera me dan ganas de esbozar las letras que conforman su nombre. Pero, como sé que la Paula del futuro necesitará contexto (tengo esperanza de que algún día necesitaré hacer un esfuerzo enorme para recordar cualquier cosa relacionada a él), diremos que, aquel a quien no quiero nombrar, se llama Pino.

Pino es un respetado ginecólogo de un importante hospital privado. Acudí a él para hacerme una revisión de rutina.

Yo... Yo no sé qué me pasó ese día. El día en que cambió todo.

Ya había acudido al consultorio de Pino en varias ocasiones. Jamás me atrajo hasta ese momento. Algo pasó. Fue como si, justamente, en ese instante en específico, él se hubiera transformado por completo en alguien a quien yo no podía resistirme.

Pino acababa de cumplir cuarenta y cinco y tenía esposa y tres hijos. En su consultorio tenía varias fotos de ellos a la vista. Creo que por eso bajé la guardia.

Ese día, en cuanto sus dedos me tocaron ahí abajo (a pesar de tener los guantes puestos) me mojé enseguida. Avergonzada, ni siquiera lo quise mirar. Tan solo quería que todo acabara. Tras un par de minutos de revisión y de preguntas rutinarias, me sentí un poco aliviada. Pino no parecía haber cambiado su actitud profesional.

Yo ya me había calmado otra vez, dejé de sentir el deseo hacia esos gruesos dedos.

Me incorporé sobre la camilla, pero él me pidió esperar un poco. Dijo que quería verificar algo más. Desconcertada, me quedé quieta esperando. Mis pezones se endurecieron bajo la bata y mi cuerpo comenzó a ser consciente de lo poco que lo separaba de la absoluta desnudez.

Me pidió abrir las piernas de nuevo y, temblando, obedecí.

Volvió a tocarme.

De súbito, el deseo volvió. Bastaron apenas un par de roces para que yo me entregara a él.

Era novedoso para mí. Jamás había estado con un hombre tan mayor. Su cuerpo era visiblemente distinto al de cualquier hombre con el que hubiera estado. Sus brazos eran enormes y peludos y su robusto pecho me llamaba a recostarme en él.

Sin medir consecuencias, como era la primera vez que me sentía tan bien en mucho tiempo, decidí seguirle el juego. Así fue que, ahí, esa misma noche, tuve sexo con él. Luego me llevó a un motel y estuvimos ahí por horas. No sé cuántas veces me corrí, pero fueron muchas. Perdí la cuenta después de la octava.

Después de eso me dije que algo tan mágico no podía ser tan malo. Pero Pino tenía una mente retorcida y sabía que, si quería someterme, tendría que hacerlo gradualmente.

La estrategia le funcionó pues, hasta ahora, no sé cuál fue el momento exacto en el que las caricias se convirtieron en agresiones.

Estuve bajo el yugo de Pino desde mediados del quinto semestre hasta los exámenes finales.

Irónicamente, de todas mis parejas sexuales, él es con quien más placer he sentido. Eso, durante mucho tiempo, me desconcertó, pues no entendía si lo que estaba haciendo estaba bien o mal.

Solo ahora soy capaz de ver con claridad el daño que me hizo.

Y es que a veces si me gustaba estar con él. No sabía si era la soledad, si era la novedad o si me convencía de que yo merecía lo que Pino me hacía. Por eso dejé que me hiciera y me deshiciera. Por eso permití que me jaloneara del brazo con su tosca fuerza y me arrojara a la cama cada vez que él quería. Dejé que me gritara, que me hiciera llorar, que me...

...

Había ocasiones en las que me secuestraba, me metía en un pequeño cuarto de un lujoso departamento que tenía a las afueras de la ciudad. Me quedaba ahí por horas sin saber nada del mundo. Era un cubículo de cuatro metros cuadrados, sin nada más que una sábana en el suelo. No había luz, ni ruido; tampoco había baño.

Por eso, cuando él regresaba y abría la puerta, yo lloraba de felicidad. No me importaba que me pegara ni que me gritara lo asquerosa que era. Yo lo dejaba. Sentía mucho alivio, mucho. Esa era para mí la felicidad. Y más porque sabía que él personalmente me daría un baño después de esos regaños. Me hacía sumamente feliz saber qué haríamos el amor, aunque en realidad yo solo fuera un pedazo de carne que él usaba.

...

Sin darme cuenta escribí más cosas de las que había planeado sobre Pino. Tal vez necesitaba hacerlo. Me pregunto si alguna vez seré realmente capaz de explicar todo el daño que me hizo ese hombre...

Ahora mismo me parece imposible...

EREN

Jeane, Martin, Paula

Es lunes de nuevo, son las seis cuarenta y nueve, la clase está por terminar. El Grupo 6A está trabajando en algo que les encargué y de todas partes emerge un animado bullicio.

Cuando me dijeron que le daría clases a este grupo me puse muy contento. Hace un año, cuando estaban en cuarto semestre, les impartí una materia básica de mercadotecnia.

El primer día de clases me emocioné mucho al reconocer varios rostros familiares. Lamentablemente, al pasar lista, me di cuenta de que faltaban algunos otros que yo recordaba con mucho cariño.

Había una muchacha llamada Jeane. Tenía los ojos muy grandes y su cabello era de un castaño muy bonito. Llevaba lentes y siempre usaba faldas. Casi en todos los exámenes sacaba diez.

También noté que no estaba Martin. Martin era un muchacho un poco lento para los estudios. Se frustraba rápido, pero se esforzaba un montón. Gracias a eso terminaba pasando con calificaciones mucho más altas que otros con mayores capacidades. Recuerdo que alguna vez me contó que tenía problemas con el negocio de su familia. Al parecer su padre cayó enfermo y no había nadie que se hiciera cargo atendiera.

Sentí una auténtica tristeza. Tanto Jean como Martin eran jóvenes que habrían llegado lejos de haber terminado los estudios.

Es decepcionante darse cuenta de que en la vida uno necesita más que habilidad y deseo para seguir adelante. En ocasiones las circunstancias nos engullen sin que podamos hacer nada al respecto.

—Profesor... Tengo una duda.

Una alumna se acerca a mí y coloca su libreta muy lentamente sobre mi escritorio. Su pequeño dedo índice resigue un renglón de la hoja. Su caligrafía es pulcra y redonda.

—En esta parte... ¿Está bien si pongo esto?

Se trata de Paula Jirden, la alumna con mejores calificaciones de toda la clase.

Paula es una chica bajita y muy delgada, su cabello es color castaño y lo lleva corto. Sus ojos son tiernos, como los de un gorrión recién nacido, y tiene la nariz algo puntiaguda.

Ha cambiado. De repente me doy cuenta.

No podría decir exactamente que es diferente. Pero sin lugar a dudas no es la Paula que conocí en cuarto semestre.

—Me parece excelente tu propuesta —le digo sonriendo Solo procura definir bien el alcance del estudio de mercado para que no sobrepase el presupuesto estipulado.

—Entiendo... Entonces revisaré bien mis tablas para que no haya ningún error.

«Ah» pienso «Su voz es diferente»

Antes, Paula hablaba casi en susurros. Costaba mucho escucharla y además tartamudeaba.

Si, esa era una de las cosas que ahora eran distintas en ella. Aun así hay algo más. Algo que, tal vez, no pueda percibir con los sentidos. Y es que, por más que la veo no logro saber porque me parece tan cambiada.

Hace un año hablábamos mucho. Incluso me vio tocar la batería. Ah, es verdad... ese concurso de bandas en el que entré con la banda del hijo del Sr. Rivera. ¿Ya fue un año de eso?

—¿Pasa algo? —me pregunta Paula.

—A-ah... no, nada. Lo siento —carraspeo— Excelente trabajo Paula. Sigue así, eres muy inteligente.

—G-gracias... —Se sonroja. Me mira a los ojos y luego baja la mirada. Parece que va a decir algo más pero da la media vuelta y se aleja.

La veo caminar hacia su banca con la libreta de animalitos contra su pecho. Con esos enternecedores gestos me doy cuenta de que, en el fondo, la Paula que conocí sigue ahí.

¿Cómo me volví profesor?

Llevo enseñando la materia de Mercadotecnia en esta universidad desde hace dos años. Quien me recomendó para el puesto fue el Sr. Rivera.

A él lo conocí cuando trabajaba en la Editorial CEAN. Yo no sé cómo terminé en esa empresa honestamente. Me gusta leer, pero no me llama la atención ni los cuentos, ni las novelas. Soy más de leer enciclopedias, libros de historia o investigaciones mercadológicas.

A pesar de la diferencia de departamentos (él era jefe de Contabilidad y yo estaba en ventas) nos llevábamos bien. Durante los descansos hablábamos mucho y me gustaba escucharlo pues es un hombre muy culto que sabe de todo.

Nunca pude hacer ningún amigo mientras trabajé en esa editorial. En mi departamento ocurrieron muchas cosas que me distanciaron de todos. Todo empeoró cuando me involucré con mi jefa más de lo que debí y al final tuve que renunciar.

En fin. El Sr. Rivera obtuvo un puesto importante en la universidad porque tenía conexiones con el Rector.

En cuanto se abrió una vacante como profesor de mercadotecnia el Sr. Rivera se acordó de mí y me recomendó. Fue así como inicié mi carrera como docente universitario.

Al inicio temí que fuera horrible pero, desde la primera semana de clases, me di cuenta de que todo me salía natural y, antes de saberlo, ya me había ganado la simpatía de los alumnos.

Aunque mi sueño nunca fue ser profesor, me siento muy feliz de ser docente en esta institución.

Como profesor

No es algo que me enorgullezca, pero debo confesarlo; como profesor soy algo permisivo.

Será porque en mis tiempos de estudiante no soportaba a los profesores estrictos sin razón.

Sé que hay jóvenes que encuentran cierto placer en demostrar su rebeldía, como si eso les diera un mayor estatus. De todos modos, la verdad, no poseo la paciencia ni la experiencia para obligar a los alumnos a hacer las cosas.

Al final, he optado por un sistema de enseñanza flexible.

Al dar calificaciones hablo con todos mis alumnos. En general me interesa saber si tienen algún problema o situación que les impida completar las tareas o las actividades en clase. Intento hacerles ver que deben hacer las cosas por su bien y no porque yo los obligue.

Algunos entienden, otros no. Yo solo me limito a dar la oportunidad.

Ser maestro tiene sus momentos buenos y también malos, pero en general debo decir que disfruto mucho este trabajo.

Solo hay algo que me inquieta y me incomoda un poco. Yo no entiendo cómo, ni porqué, solo sé que sucede. No es algo que yo busque, ni mucho menos algo que me haga sentir bien.

Desde que soy profesor he recibido varias insinuaciones por parte de las alumnas. Unas han sido discretas, otras demasiado evidentes.

Y no es solo porque mi ética me impida traspasar ciertos límites; es que las chicas tan jóvenes no me atraen.

PAULA

Eren como profesor

Fue muy doloroso escribir sobre Pino. Sigo pensando que, al menos durante algunos años, no podré poner ni siquiera en una servilleta todo lo que pasé con él.

En fin...

Me gustaría cambiar de tema radicalmente; algo muy bueno pasó este semestre:

¡El Profesor Eren nos va a dar clases de nuevo!

Ah, juro que casi grito de la emoción al verlo entrar al salón.

Es increíble lo que él provoca en los demás. Es alguien muy querido por todos. Bueno, todos es un decir. Sé que por ahí hay dos o tres que no lo soportan, pero es que son gente sin remedio.

He visto al Profesor Eren lidiar con alumnos incorregibles. Chicos rebeldes que en otras materias no se están en paz. Y en cambio, en sus clases, se sientan al frente, adelantados sobre sus bancas, esperando sus palabras y tomando notas minuciosamente.

Fui muy feliz al verlo. Este será un buen semestre.

El manuscrito

Hoy envié un manuscrito que escribí para un concurso.

La verdad es que ya no tengo mucha esperanza en eso de los concursos. La única razón por la que lo mandé fue porque este lo organiza *Eleazar de Cos* el escritor de *La Saga de Mirland*. Además, será uno de los jueces ¡Ufff!

Puede que Eleazar pierda el interés en las primeras dos páginas pero, con que lea un párrafo yo me sentiré contenta. Se me acelera el corazón de solo pensarlo...

No creo ganar. Ya he mandado esa novela a otros concursos y ni siquiera obtuvo mención honorífica. Se perdió, como las miles de novelas que desaparecen en el olvido.

Igual no me importa ganar. Disfruté mucho corrigiendo ese manuscrito. Y es que no es tan malo como pensé en un inicio. Hay personajes bastante emblemáticos y sucesos que me aceleraron el corazón.

Fue muy raro releer mi historia. No parecía algo que fuera de mi creación.

Aunque no gane nada me quedaré contenta porque esa novela me hace muy feliz y, mientras yo no la olvide, vivirá por siempre.

EREN

Planes, ilusiones y anhelos

—Profe, ¿Viene a la fiesta?

En cuanto termina la clase Leo, uno de los chicos populares, se acerca al escritorio. Es de esos que siempre logra sacar una risa a todos con sus ocurrencias. Incluso a mí.

—¿Fiesta?

—¡Sí profe! Es el cumpleaños de Kevin.

Siento ternura al ser invitado a una fiesta de estudiantes. Sé que hay otros profesores que aceptan reunirse con sus alumnos fuera de la universidad, pero yo no.

Ganas no me faltan. Especialmente porque se trata del Grupo 6A, al que tanto cariño le tengo. Solo que, de verdad, no puedo hacerlo.

Con mi estilo de enseñanza, la línea entre lo profesional y lo personal ya es suficientemente delgada. No hace falta más que un pestaño errado para que esa delimitación tan fina termine desvaneciéndose. Si eso sucediera, mis intentos por volverlos alumnos ejemplares se verían frustrados.

Le explico a Leo que tengo muchísimo trabajo y él parece entenderlo. Intercambiamos un par de palabras, reímos y nos despedimos.

Lo observo desde mi escritorio. En cuanto sale del aula se queda charlando con María, que está recargada contra la ventana.

Sonrió.

Se nota a leguas que se gustan. Desde la primera vez que les di clase lo noté. Quizá hoy, en la fiesta, Leo al fin se decida a dar el siguiente paso.

Guardo la computadora portátil en mi mochila junto con el resto de mis cosas. Afuera, todos ríen. Voy mirando de reojo a los alumnos que salen del salón. Seguro que están llenos de planes, ilusiones y anhelos...

—Qué envidia... —pienso resignado mientras salgo del salón.

Entonces el celular vibra en la bolsa de mi pantalón.

Es Dalia, me pregunta por mensaje cuándo podremos vernos otra vez.

Yo, agobiado, guardo el celular de nuevo y camino hacia la sala de profesores.

Tal vez no debí aceptar reencontrarme con ella en ese restaurante. Mucho menos debí dejar que me besara después de dejarle en casa. Me enoja que para Dalia todo sea tan fácil. Que me presione de este modo para obtener lo que quiere.

Y, sobre todo, me molesta admitir que en realidad yo también tengo muchas ganas de verla.

Convergencia I (Eren)

Lunes de nuevo.

Como cada madrugada, en cuanto suena la alarma de las cinco, me levanto de la cama, me pongo short y playera, hago estiramientos y salgo a correr.

Como toda la noche estuvo lloviendo hay charcos por toda la ciudad. El aire está impregnado de un rico olor a tierra mojada y, además, se siente fresco. Me encanta salir con este tipo de clima.

Si empecé a correr por las mañanas fue simplemente porque quería estar en forma. No hablo de terminar una maratón ni de tener un cuerpo increíble. Simplemente estar en forma. Después de los treinta, si uno no pone atención al cuerpo, acaba envejeciendo rápido y yo ya tengo treinta y cinco.

Treinta y cinco...

Jamás pensé llegar a esta edad.

Digo, es obvio que eventualmente llegaría a este número. Solo que... Es muy difícil visualizar esos saltos en el tiempo. Ahora mismo, los cincuenta son algo tan lejano que me parecen inalcanzables, pero llegarán y cuando lo hagan me escandalizare tanto como ahora.

El pasar del tiempo es tan gradual que nunca soy consciente de la edad que tengo hasta que me pongo a reflexionar. Y es raro porque antes creía que, al cumplir dieciocho, iba a sentir un majestuoso cambio que me abriría los ojos y me permitiría adquirir los poderes de la vida adulta. Pero la realidad es que, a los dieciocho, uno sigue siendo un mocoso.

Giro a la derecha sobre Avenida Segunda hacia un camino empedrado.

El día de hoy haré un pequeño desvío. Tengo mucho recorriendo el mismo camino, así que probaré una nueva ruta para incrementar la distancia recorrida.

Doblo unas cuantas esquinas y, cuando menos acuerdo, me encuentro en un sitio asombroso.

El camino es hermoso; una senda de altos muros por donde se asoman robustas jacarandas presumiendo sus abundantes follajes.

Sigo por el sendero a un ritmo normal. En mis auriculares suena una tranquila canción que habla sobre la soledad. La batería y la guitarra están conectadas con tanta química que me pone la piel de gallina. La dulce voz de la mujer canta (casi en susurros) que no le importaría estar así toda la vida, si eso le permite sentir esa tranquilidad. Un piano vibrante y de brillantes acordes sostiene toda la pieza.

Aflojo el paso. Voy bajando la velocidad gradualmente hasta trotar. Luego doy algunos pasos caminando y me detengo.

Exhalo.

Trato de controlar el ritmo de mi respiración durante unos segundos. Entonces algo llama mi atención.

A mi izquierda alcanzo a captar algo por el rabillo del ojo. Algo que no sé si puedo traducir en palabras.

No es que sea algo complicado o incomprendible de explicar. Es que es tan absurdo e inverosímil, que me es difícil ordenar los hechos en mi cabeza.

Como es de madrugada todo está muy oscuro. Las farolas iluminan las banquetas. El sendero empedrado brilla de humedad.

En la calle de la izquierda, una persona con los pantalones abajo se aleja presurosa. No es que yo quisiera ver eso, pero fue tan extraño el momento que yo no pude dejar de admirar ese trasero descubierto. Dos segundos después desapareció de mi vista.

Me quedo quieto durante casi un minuto. Algo me detiene. Algo en mi mente se está cocciendo y yo espero a ver de qué se trata.

No soy capaz de discernir si la persona que acabo de ver es hombre o mujer. Tampoco pude adivinarlo por su complexión. Estaba algo lejos y la sudadera negra le quedaba enorme. Su cabello tampoco pude verlo bien porque llevaba puesta la capucha.

Emprendo de nuevo mi trote.

Cuando al fin descubro lo que me inquieta, vuelvo a detenerme:

Yo conozco a esa persona que acabo de ver.

Analizo detenidamente las imágenes en mi memoria. Todo está muy borroso, como si ese encuentro hubiera sucedido hace años.

Esa persona era bajita y llevaba pants y sudadera negra a juego. Lo único que pude ver con claridad de su persona fue ese blanco trasero.

Sea como sea, no tiene sentido que me sea familiar. Es imposible.

Meneo la cabeza.

No tiene caso que le dé vueltas.

Seguro que no es nada importante y solo me estoy quebrando la cabeza sin motivo alguno.

Solo fue una casualidad sin sentido.

PAULA

Convergencia I (Paula)

Hoy sucedió algo sumamente...

Normalmente espero a que sea de noche para escribir. Así me aseguro de que puedo captar todos los acontecimientos importantes del día (si es que hay alguno).

Pero son las cuatro de la tarde. Estoy en la universidad, sentada en una abandonada banca debajo de un árbol. Escribo en esta hora y en este lugar porque estoy segura de que nada superará el suceso de esta mañana:

Hoy, muy temprano, me encontré al Profesor Eren.

Si estaba a esa hora en la calle fue por aquel vicio que no he podido dejar. Cada vez lo hago con más frecuencia. Desde que dejé a Pino no he podido evitarlo. Tocarme en casa ya no se siente igual. Yo sigo necesitando esa emoción, necesito poner a trabajar mi corazón, que se acelere con potencia, que me sacuda el pecho con cada latido.

Ya ni siquiera recordaba cómo se sentía un orgasmo real y no tenía ni idea de cuánto extrañaba la sensación. La primera vez que me masturbé en la calle (después de que Pino desapareciera de mi vida) lloré un rato en un abandonado callejón. Sin embargo, cuando regresaba a casa me sentía mejor; mucho mejor.

Sé que está mal que siga haciéndolo, que no es forma de mejorar mi vida y que, aunque me de placer, masturbarme de esta forma puede salir mal; en algún momento puede salir mal.

De todos modos, a pesar de todo lo mal que pudiera salir, al final, fue gracias a esto que yo pude ver a Eren

Reconstruyo esa imagen y mi corazón se altera de solo pensar que casi me descubre...

Mi regla era siempre hacerlo en el mismo lugar y, justo hoy, decidí romperla.

El sitio que elegí está algo escondido. Para llegar debo caminar unos dos kilómetros sobre Avenida Segunda, luego doblar varias esquinas hasta llegar a un camino empedrado. El sendero está bordeado por altos muros donde se alzan bonitos árboles de hojas moradas.

La emoción del silencio me embriagó. El aire limpio olía tan bien. El frío me abrazó como una fina tela que se disolvería en cuanto empezara a tocarme.

Me detuve en una intersección y giré a la izquierda. Di algunos pasos y, ahí, me recargué lentamente contra la pared, como si temiera tumbarla con mi espalda.

Agucé el oído mientras volteaba a ambos lados.

Nada.

No había más que la tranquilidad de una pacífica madrugada, nada más que mi respiración ondeando en el silencio, mi pecho retumbando y mis manos temblando.

Solté un fuerte resoplido. Coloqué ambos pulgares debajo del resorte de mis pants y mis bragas. Apreté los labios. Dejé los pulgares ahí varios segundos hasta que me decidí y deslicé ambas prendas muy lentamente a lo largo de mis piernas, hasta llegar a los tobillos.

Mi blanca piel se asomó con timidez a la madrugada gris. Mis muslos calientes agradecieron la fina brisa que se posó sobre ellos. Mi sexo tembló de emoción al estar expuesto de ese modo.

Me estremecí.

Dejé que aquella electrizante sensación me invadiera. Voltee de nuevo a ambos lados, temerosa de que alguien apareciera.

Entonces, tras un minuto de contemplación, fui deslizándome hacia abajo hasta quedar sentada sobre la fría acera.

Entonces, cuando estuve lista, junté mis dos dedos e inicié el ritual, haciendo círculos sobre mi sexo.

Pasaron los minutos.

Aumenté la velocidad. Perdí el miedo. El frío seguía cayendo sobre mí, pero el placer me mantenía caliente. Respirar la frescura del aire matutino volvía mi existencia más intensa.

Entonces, en algún momento, en el fondo de mis oídos resonó algo. Como golpes de nudillos sobre hielo. El sonido fue acrecentándose con el pasar de los segundos.

Ese repiqueteo se volvió tan nítido que dejé de tocarme:

Pasos.

Eran pasos.

«Trotando... alguien está trotando hacia mí».

Aun cuando sabía que alguien se acercaba me quedé congelada varios segundos. Mi mente dejó de trabajar adecuadamente.

Me coloqué la capucha y me levanté de un brinco.

Entonces, a mi izquierda, lo vi:

“¡El Profesor...!”

Lo supe de inmediato porque no había forma en que yo no reconociera su fuerte silueta. Iba de shorts negros y llevaba una sudadera del mismo color.

Por supuesto que, en un inicio, pensé que debía de tratarse de algún error. No podía ser él el Profesor Eren. Sin embargo, como se quedó quieto, recuperando el aliento, tuve oportunidad de contemplarlo.

Esos ojos, esa boca, esas orejas...

Las piernas, su abdomen, sus brazos...

“¡Eren! ¡Es el Profesor Eren!”

Di media vuelta y quise correr. Pero debido al shock olvidé que los pants y las bragas seguían en mis tobillos.

Con el corazón martillándose el pecho, tomé los elásticos de la ropa y, como pude, subí las prendas mientras me alejaba.

Como intentaba caminar y cubrirme al mismo tiempo, mi ropa se atoró con mis rodillas y, por un momento mi trasero quedó al descubierto frente al Profesor.

No sé si me vio o no. Yo me limité a escapar.

Seguí por aquel tramo, di giros en varias esquinas y, al final, me hallé de nuevo en Avenida Segunda.

Durante todo el trayecto me la pasé temblando de miedo y, cuando llegué a casa, comencé a preguntarme montones de cosas... y a fantasear.

Me pregunté si Eren habría visto mi trasero desnudo y si estaría pensando en eso. Luego me puse a imaginar en que hubiera pasado si Eren me viera en ese callejón, desnuda y con las piernas abiertas. ¿Qué habría pensado de mí? ¿Se habría acercado? ¿Se habría puesto de cuclillas y extendido su mano hacia mí?

No por supuesto que no. El jamás haría algo así.

...

Estoy enferma, de verdad lo estoy.

¿Cómo puedo tener semejantes pensamientos sobre mi Profesor?

Seguro que, aunque yo no fuera su Alumna, él jamás aceptaría salir con una chica tan enferma.

EREN

Convergencia II (Eren)

Lunes de nuevo, salgo a correr como de costumbre.

En todo mí tiempo siendo Profesor jamás me ha afectado ese golpe de realidad que suelen tener las personas cuando se termina el fin de semana. Quizá se deba a que genuinamente disfruto dando clases.

Cualquiera que observara mí día a día no se equivocaría al decir que casi nunca dejo de trabajar. Sin embargo jamás me he sentido presionado ni agobiado. En ese sentido, creo que he sido bastante afortunado.

Si acaso, lo único que ahora mismo me preocupa es...

—Dalia...

Exhalo su nombre sin poder evitarlo.

Hoy voy a correr el doble de lo normal. Espero que eso me dé la claridad suficiente para tomar la decisión correcta.

“*¿Puedo verte de nuevo?*” me preguntó Dalia después de besarme y dejarme en mi casa.

Y la respuesta no es tan difícil. La verdad es que no.

Tengo muchas razones para negarme a ver a Dalia. Aunque en la práctica es mucho más complejo de lo que parece.

Ese día, antes de bajar de su coche, le dije que sí, que nos veríamos de nuevo.

No había forma en que yo me negara después de ese beso. Y me enfada darme cuenta de que Dalia sabe que es así.

Sin embargo, ahora que no la tengo enfrente, puedo mantener la cabeza fría. Solo basta con que envíe un mensaje diciéndole que no puedo verla, que tengo mucho trabajo.

Han pasado años, debería poder resistirme. Debería saber que si sigo con esto solo obtendré dolor.

Tengo treinta y cinco años, y sin embargo tengo mucho miedo.

Miedo de las cosas que pueden suceder.

Dalia está casada con el hombre de sus sueños. Un hombre guapo, exitoso y lleno de carisma. No tiene sentido pensar que volvió a buscarme solo porque se dio cuenta de que, después de todo, sí soy aquél a quien ama de verdad.

¿O será sexo lo que busca? Puede ser.

Pero aun si fuera así, no sé si es lo que yo quiero.

Aunque quizá... Puede que esta sea mi oportunidad de sanar. Dalia ha sido la única mujer a quien me he podido entregar por completo.

Es muy posible que solo ella tenga ese poder sobre mí, aunque yo no sea el único que tenga ese poder sobre ella.

Si lo intento... Y si doy cierre a este ciclo, quizá... cuando encuentre a alguien tan especial yo... yo ya no seré tan patético.

Por estar distraído en esas reflexiones mis piernas aflojan el paso, así que las presiono para subir una inclinada pendiente.

Ahora mismo me encuentro subiendo un puente peatonal. Para atravesarlo debo ascender cuatro largos tramos en zigzag, correr en línea recta el tramo que atraviesa Avenida Segunda y después descender de nuevo cuatro largos tramos en zigzag. Es un puente muy compacto que se construyó en un espacio reducido.

Asciendo el primero de los cuatro tramos y de inmediato, a lo lejos, veo algo que llama mi atención. Una presencia conocida y cada vez más familiar:

La persona sospechosa de la otra vez.

Ya no recordaba a esa extraña persona con ropa deportiva negra. De no habérme la topado hoy, seguramente la habría olvidado para siempre.

Me detengo un momento para ver cómo se aleja. De nuevo trae la capucha encima de la cabeza y no veo su cabello. Esta vez el pantalón deportivo lo trae bien puesto.

Ahora que la veo bien no me queda duda de que se trata de una mujer.

Pero lo realmente inquietante es que sigo teniendo esa fuerte sensación de que la conozco. Esa forma de caminar la he visto antes, muchas veces.

¿Una maestra? ¿Alguna ex compañera de trabajo?

No... No...

Su columna vertebral y sus omoplatos, ocultos bajo esa gruesa tela,
me dicen algo. Algo que he escuchado antes.

...

Exhalo.

 El cansancio se me debió subir a la cabeza. Le doy demasiadas
vueltas a algo que no tiene importancia.

 Reanudo mi marcha y termino de atravesar el puente.

Al llegar a casa me dirijo enseguida al baño. Me desnudo. Echo la ropa
sucia al bote. Me meto en la regadera.

 De repente, caigo en cuenta en algo:

 En todo ese rato, desde que me topé de nuevo con esa mujer en el
puente, mi mente se quedó en blanco.

 No pensé en Dalia, ni en lo que haríamos si nos veíamos.

 Lo atribuyo al movimiento de hombros y a los omóplatos debajo de
la sudadera negra de esa mujer. ¿Qué me trata de decir con su espalda?

 Estoy seguro de que ahí hay algo, algún mensaje importante.

Nuestra oportunidad

Sábado.

Dalia quedó de pasar por mí a las siete de la noche, así que desde las cinco empiezo a hacer todas mis preparaciones.

¿Por qué acepté?

Creo que no hay razón. Así como nunca hubo justificación para que la eligiera a ella sobre Casandra hace tantos años.

Como algo ligero, me rasuro, me baño y me perfumo. Me visto con vaqueros, una camisa oscura y una chaqueta de piel negra. Reviso que todas mis tarjetas estén en la cartera y también suficiente efectivo. Procuro algunos condones y salgo de casa en cuanto recibo el mensaje de Dalia.

Camino por el empedrado hacia su coche, sintiendo que mi corazón bombea mucha más sangre de lo que su capacidad le permite.

Lo más probable es que vayamos a algún restaurante. Después de una amena charla llena de trivialidades pasaremos a un bar del centro. Y después...

—Hey... —susurra en cuanto me subo— Hueles bien...

Extiende su mano, me da un beso breve y profundo, y sonríe. Sus ojos destellan una especie de malvada dulzura.

Enciende el coche.

Mi corazón late a trompicones mientras avanzamos por esa ciudad salpicada de luces obscenas y de obscuridad marina.

Dalia maneja sin decir una palabra en todo el trayecto.

En la radio suena una estación donde pasan música pop antigua. No me ha dicho a dónde vamos. Cuando se lo pregunto me sonríe de forma extraña y me dice que no sea impaciente.

Tras manejar por veinte minutos llegamos a las afueras de la ciudad. Seguimos derecho durante cinco minutos por una carretera rodeada de hierba seca y tierra.

Entonces a lo lejos, diviso un enorme letrero en neón:

Motel Petra.

La boca se me seca al instante.

Todo está sucediendo de forma demasiado abrupta y me está dando miedo.

No hubo cena, ni bebida. Simplemente sexo.

«Yo también deseo sexo, pero...».

Pasamos la caseta, Dalia paga. Avanza despacio por los estrechos caminos hasta llegar a la cochera de nuestra habitación. En cuanto se estaciona dentro, la cortina automática se cierra de a poco. Yo cada vez me siento más ofuscado.

—Vamos —dice mientras se baja del auto. Su larga pierna se desliza fuera. El vestido oscuro deja al descubierto una tersa y brillante piel.

La sigo nervioso sin decir nada.

Entramos a la habitación.

Ella se dirige al baño enseguida y yo, sentado al borde de la cama, me quedo ahogado en un apabullante silencio. Me quedo pensando en si no será muy tarde para salir corriendo de ahí.

Luego de un rato, Dalia sale del baño.

La imagen que tengo ante mí me deja perplejo.

El ajustado vestido de hace un momento desapareció. Su cuerpo está envuelto a la perfección en un provocativo conjunto de encaje negro. Su expresión también cambió por completo. La mortecina luz ámbar de la habitación le confiere a sus brazos una iluminación completamente distinta. Es una piel seductora, que te exige el roce. Que te recrimina la distancia. Más no es la misma piel que resplandecía como el amanecer que vi el día en que la conocí.

Evidentemente.

Ya pasaron muchos años desde entonces ¿Por qué tendría que ser la misma?

Ya no puedo seguir aferrándome a mis lamentaciones juveniles. Todo lo que nos herimos en el pasado ya quedó atrás. Ya pasó demasiado tiempo. Lo que tengo frente es lo que importa.

Atraigo a Dalia por la espalda. La línea temporal se distorsiona de forma inusitada. En cuanto mis yemas rozan su piel, siento como el futuro, pacífico y sereno, se transforma en algo muy distinto. Algo incierto y tambaleante.

Noto como Dalia se estremece por dentro con cada una de mis caricias. Tomo su cuerpo como antaño solía hacerlo. Me aseguro, parte por parte, pieza por pieza, que esta es la Dalia que desnudé hace mucho tiempo atrás.

Detecto ambigüedad. Hay ambigüedad en sus pestañas, cadera y rodillas. Todo esto es de ella, mas no le pertenece. Es y no es, Dalia.

Lo único que guarda coherencia en ella es la energía que emerge de su interior. Lo único verdadero que conserva Dalia es el calor que dejó su alma en ese espacio vacío que ahora ya no reconozco.

—Hey...

Ese “Hey” me acaricia por dentro. Es un susurro que me raspa cariñosamente el canal auditivo y que me trae de vuelta a este mundo rapaz.

—¿Estás bien? —pregunta.

Reacciono. Dalia está desnuda con las piernas al aire y yo encima de ella. El caos de su serpenteante cabello exclama una vibrante belleza. Finas líneas de sudor resbalan por su piel.

—¿Estás nervioso? —me dice divertida.

Yo no entiendo a qué se refiere hasta que miro hacia abajo:

Mi pene, medio flácido, lucha por entrar en ella.

—Ven... —dice— déjame ayudarte...

Se incorpora sobre la cama. Ahora es ella la que me somete a mí.

Me dejo hacer.

Su lengua envuelve mi sexo con lascivia. Los ruidos que hace mientras me atiende son obscenos.

Esta faceta la desconocía de ella. Esto es algo que jamás hizo conmigo cuando éramos jóvenes.

«Pues claro. Es que esta no es Dalia. No es ella. Dalia no volverá»

—Perdón —dice Dalia suspirando— se me durmió la boca.

No sé cuántos minutos pasaron, pero debieron ser muchos porque ahora Dalia está mucho más agitada y su cuerpo entero envuelto en una fina capa de sudor. Mientras tanto mi pene, sigue flácido y patético.

Dalia me pide perdón por algo que, en definitiva, no es su culpa. Intentó avivar mi erección durante largo rato sin resultados.

Es, de nuevo, culpa de este defecto mío. Ahora mismo no quiero ni me interesa saber si soy así por lo que pasó entre nosotros hace siete años o si es un problema fisiológico.

El único hecho que importa es que, aquí y ahora, tampoco he podido hacerle el amor a Dalia.

Y yo que estaba seguro de que ella sería la única con quien sí podría hacerlo.

Dalia se recuesta en la cama extendiendo los brazos. Yo me quedo sentado en el borde mirando a la nada.

Debería sentirme mal, y lo único que siento ahora es un enorme vacío. Será porque esto que hacemos está mal. Sin mencionar que esta mujer no es...

—Hey... —susurra con algo de preocupación— ¿Qué tienes?

—Nervios. Creo...

—Ya...

Nos callamos.

En ese silencio cada uno se dedica a sus propios pensamientos.

Luego, decidida, se incorpora sobre la cama.

—No pasa nada. A todos los hombres les pasa esto de vez en cuando ¿No? —Me sonríe acomodándose un seductor mechón detrás de la oreja. Sentada de esa forma, mostrando su pubis, se ve tan a gusto como una cría de venado bajo la cálida sombra de un arce— Ya tendremos nuestra oportunidad.

No tengo el valor para decirle que esto no es algo que solo me pasa de vez en cuando, ni que es algo que me sucede desde que nos dejamos hace siete años.

PAULA

Convergencia II (Paula)

¡Hoy sucedió de nuevo! ¡¿Qué está pasando?! ¡Maldita sea!

Me encontré de nuevo al Profesor Eren. Esto parece realmente una conspiración. ¿No me está siguiendo o sí?

Desde que me lo encontré por primera vez decidí ya no ir tan lejos de casa. Por eso fui a tocarme debajo del puente peatonal de siempre. Supe que era él por el sonido de sus pasos. Ya no hay forma en que no distinga esa forma de plantar los pies sobre el suelo. Alterada, me alejé a toda prisa de ahí.

No sé si me vio. Creo que no. O no sé...

Hasta que estuve segura de que estaba lejos volteé hacia atrás y alcancé a discernir su figura mientras descendía por el lado opuesto del puente.

¡Corre muy rápido!

No supe a dónde se fue después, pero espero que no me haya visto

Ah...

¿Qué significa esto? ¿Será esto una señal para que deje de hacer estas cosas?

Rumores

Ya pasó una semana desde que me encontré a Eren en el puente peatonal y, desde entonces, he estado paranoica durante sus clases. Cualquier mirada, por más breve que fuera, me hacía pensar que todas mis sospechas estaban confirmadas y que ya estaba al tanto de mis depravados actos.

Si a eso le sumamos los rumores...

No lo había contado antes porque no creí que tuviera importancia. Pero ahora que tengo la paranoia al mil por ciento, tal vez deba mencionarlo:

Todos dicen que soy una chica fácil.

Dicen que me acuesto con quien sea que me lo pida. También que estuve casada con un anciano ricachón.

La verdad es que esos rumores no me molestan tanto porque, a decir verdad, no están tan lejos de la realidad. Ni modo. Es el precio a pagar por haberme portado tan mal durante tanto tiempo.

Solo me da un poco de risa esa historia sobre mi casamiento. Estuve en una relación con una persona mayor, sí. Con Pino. Aunque Pino no es tan viejo como para considerarlo un anciano.

Por todo eso muchos chicos han empezado a buscarme. Algunos incluso de otros semestres y de otras carreras. Todos (por supuesto) buscando sexo. Y yo (por supuesto) he rechazado a todos. No es que quiera defender mi imagen pública, solamente no me interesa.

No me importa que el mundo entero piense mal de mí. Tan solo deseo que Eren no llegue a escuchar los rumores. Aunque no sea mentira, aunque los rumores guarden algo de verdad, no quiero que Eren me vea mal. No quiero que tenga una mala impresión de mí.

Puede que Eren ya sepa que soy una enferma y tal vez no tenga demasiado sentido preocuparme. De todos modos, me gustaría estar segura. Confirmar cuál es la imagen que Eren tiene de mí.

¿Creerá que aun soy una niña virgen e inocente?

¿Podré mantener mi fachada frente a él para siempre?

Ojalá...

Aunque sé que no lo soy, ojalá Eren nunca deje de verme como una niña buena.

Formalidad

¡Designaron al Profesor Eren como nuestro Tutor! Estoy muy contenta porque ahora tendré más oportunidad de hablar con él ¡Que suerte la mía!

Claro que, siendo honesta, hay algo que me inquieta en la forma que me trata.

Es... ¿Cómo decirlo? Demasiado formal.

Yo lo entiendo, claro. Es un profesor y no debe de tener preferencias por nadie. Solo soy una Alumna a fin de cuentas.

Pero se me hace un poco injusto. Porque... antes, bueno. Antes él y yo nos tratábamos distinto.

Aunque, pensándolo bien, casi siempre, cuando hablábamos así era porque estábamos a solas.

Me pregunto si algún día algo así podrá repetirse. Como cuando me quedé a solas con él en la sala de ensayo y me explicó una a una las partes de la batería.

No pido que sea ahora, ni que sea siempre.

Una.

Con una sola vez que suceda antes de que termine la carrera.

Tan solo quiero estar a solas con él una vez más.

EREN

Tutor del Grupo 6A

El martes, el Sr. Rivera me llamó a su oficina para decirme que fui asignado como Tutor para el Grupo 6A de la carrera de administración.

Ser Tutor consiste en brindar apoyo a los alumnos en el ámbito académico, además de ser una especie de intermediario entre docentes y alumnos.

A la mayoría de los profesores esta noticia les habría arruinado el día. Nadie quiere ser tutor de ningún grupo. Primero, porque las tutorías no se pagan tan bien como una clase normal y, en segundo, porque el trabajo que hay que hacer es demasiado.

Como me mostré contento y entusiasmado, el Sr. Rivera se extrañó un poco. Me escudriñó el rostro intentando averiguar si mentía o si estaba siendo sarcástico. ¿Cómo podía explicarle que me fascinaba la idea de ser tutor del grupo 6A? Seguro no lo entendería.

El mismo martes que recibí mi designación como tutor, planifiqué todo. El miércoles expliqué al grupo como trabajaríamos. Y el jueves ya estaba atendiendo a los primeros alumnos en sus consultas.

Hoy es viernes y no tengo programado a nadie.

De todos modos, tengo que estar en el salón en caso de que algún alumno necesite asesoría. Es mi responsabilidad. Si al final no llega nadie, simplemente adelantaré otros pendientes.

Son las siete de la tarde. El sol colorea todo de un anaranjado oscuro y nostálgico. Conforme avanza hacia el salón del 6A mi cuerpo absorbe la cálida soledad del campus. Todavía se perciben los restos de energía de los universitarios que, hasta hace un momento, estaban riendo y gritando. Las aulas tan vacías y las hojas caídas que vuelan con la brisa abren en mí una herida nostálgica.

Al parecer, los atardeceres del viernes, en las universidades, son todos iguales porque, ahora mismo, caminando por el cálido empedrado cubierto de sombras, vienen a mi memoria los días que viví al lado de Dalia.

Casi puedo sentir su hombro a mi lado. Me llega el sabor de su perfume. Puedo ver su piel deslumbrando bajo la luz de la tarde y sus largas piernas abrir un camino de calidez.

—Hey... —me dice mientras me jala de la mano— vamos a sentarnos en esa banca.

Suspiro.

No es cierto. Ella no está aquí. Esa Dalia desapareció hace mucho tiempo.

La persona con la que compartí gajos de papa en el restaurante no era Dalia. La mujer con quien estuve en ese motel no era Dalia.

Dalia no volverá jamás.

Llego al salón. Desde afuera no se ve ni un alma.

Franqueo la puerta soltando un suspiro. Dejo mi maleta en el escritorio. Me siento. Prendo la laptop y comienzo a trabajar, pero entonces al alzar la mirada veo a alguien sentado al fondo del salón:

Es Paula, la chica delgada como una espiga, y tímida como un topo.

Está recostada contra el pupitre. La cabeza entre los brazos. No hace ruido al respirar, pero percibo como su cuerpo se mueve conforme inhala y exhala. Un rayo de luz naranja proveniente de la ventana le ilumina el cabello. Su piel es tan blanca como la arena del desierto.

Sin pensarlo me levanto del escritorio y me acerco a ella.

—¿Paula?

Debe estar profundamente dormida porque no reacciona ni un poco a mi voz.

Me percato de los auriculares blancos encajados en sus diminutas orejas. Quizá tenga la música muy alta y por eso no se ha dado cuenta de mi presencia.

Hay un grueso libro debajo de ella. Parece una novela.

—La Llave... ¿La llave de porcelana Carmesí?

Es un título bastante extravagante y místico. ¿Qué clase de novela será?

Paula está muy quieta. Aunque no es muy participativa ni habla mucho en clases, es extraño verla así. Se ve tan diferente. Como si, dormida, de su alma emanara algo distinto.

No sé si esté aquí para tutorías o no, pero, como se ve tan a gusto, decido dejarla en paz.

Regreso al escritorio.

Abro el correo electrónico y contesto los mensajes urgentes. Luego comienzo el diseño de uno de los exámenes que aplicare para la siguiente unidad.

Pasa media hora. Mis ojos perciben movimiento en el salón. Alzo de nuevo la vista.

Paula sigue con la cabeza entre sus brazos, pero ahora mira hacia mí con cierto recelo, como si fuera algún intruso en su habitación.

—Hola.

—H-hola...

—¿Vienes a tutorías?

Lo piensa un buen rato antes de asentir con su cabeza muy lentamente.

—Bueno —le digo— ¿Dime de qué se trata?

Se queda quieta por un momento. Parece indecisa.

Como la noto incómoda, sigo trabajando.

De pronto hace un movimiento brusco. Al mirarla me doy cuenta de que está guardando con apuro algo en su mochila. Luego, cuando termina, saca una libreta y la pone contra su pecho. Se acerca despacio hacia mí.

—Bien, veamos ¿De qué se trata?

—Eh... bueno. N-No sé si esto forme parte de las tutorías, pero tengo una duda sobre el trabajo que dejó el otro día.

—Ah, claro. ¿Sobre qué tienes duda?

—Bueno... es... —Abre su cuaderno y pasa las páginas hasta llegar a una donde hay un largo listado— En los puntos que tenemos que considerar. En el cuatro punto dos, dice que tenemos que determinar la ubicación de los locales y...

Nunca deja de sorprenderme la dedicación que Paula tiene hacia los trabajos. En clases siempre está atenta a lo que digo. No se distrae ni un momento y siempre entrega unos trabajos impecables.

Le resuelvo su duda, aunque en realidad no hay mucho que aportar de mi parte. Ella tiene casi todo resuelto. Es solo su inseguridad lo que la hace dudar.

—Entiendo... Muchas gracias Profe...

—No es nada, Paula.

Abre la boca para decir algo. Luego desiste. Inhalá aire y, como si eso le hubiera dado fuerzas, me habla fuerte y claro:

—¿Le puedo preguntar algo?

Su pregunta me descoloca. Trato de recomponerme para no evidenciar mi desconcierto. Y es que algo en su expresión me dice que su cuestionamiento no tiene nada que ver con lo académico.

—Dime...

Duda un poco al iniciar. Está roja como un tomate y se frota sus pequeños dedos, volviéndolos rosa con cada fricción.

—Es... No quiero ser entrometida... Es solo que... Últimamente... Últimamente lo he notado raro y no sé... ¿Hay algo que le preocupe?

La sangre abandona mi cuerpo. De pronto tengo mucho frío.

—¿Por qué la pregunta?

—N-no... No... L-Lo siento... N-No quería entrometerme de verdad y yo... ¡Perdón...!

No estoy molesto. No sé por qué se disculpa así. Es solo que no tengo forma de explicarle lo mucho que me sorprendió su pregunta y la forma en que lo hizo.

Es la primera persona que me pregunta esto. Es la primera que ha podido ver a través de mí.

—No pasa nada, es solo que...

Cierro la laptop y poso mis brazos encima.

Paula está parada frente a mi escritorio. Es una escena que define roles. Profesor y Alumna. Alumna y Profesor. No hay nada que pueda existir más allá de este lazo.

Puedo tambalearme en los límites de esa línea divisoria, pero jamás pisar del otro lado.

Sin embargo, pasa algo.

Paula acaba de hablarme, no como la Alumna, sino como la chica de veinte que me vio tocar batería hace un año. Es curioso... es como si Paula pudiera cambiar a conciencia su esencia entre chica de veinte y Alumna de universidad. Es algo que ahora ha hecho para poder hacerme esa pregunta.

Esto es algo que no puedo pasar por alto.

Trastabillando sobre los límites algo me impulsa, hago un esfuerzo, estiro la pierna y rozó con la punta del pie el otro lado.

Suspiro.

—La verdad Paula... es que tengo un problema...

»Bueno, en realidad no sé si debería llamarlo “problema” ya que es solo algo... Ah ¿Cómo decirlo? Hmm... ¿Cosas de romance? Ah, perdón si no me expreso adecuadamente. Nunca he hablado sobre esto con nadie.

Yo suelto una risita nerviosa y Paula asiente. Y, aunque no haya usado palabras, sé que con su gesto me dice que está bien, que no pasa nada.

—Verás... Hace mucho tiempo, cuando estudiaba en la universidad, había una chica de mi clase que me gustaba mucho.

»No... Gustar no es la palabra. Lo que sentía por ella era algo mucho más grande. Solo que... digamos que mis sentimientos no eran correspondidos. No del todo.

»Es decir, éramos muy buenos amigos y salíamos muy seguido. Y bueno yo...

»Cuando nos besamos por primera vez creí que las cosas cambiarían. Como en las películas ¿sabes? Siempre los finales de las películas románticas acaban con un beso. Y, bueno, creí que, a partir de eso, ella tendría los mismos sentimientos hacia mí.

»Pero no...

»El tiempo pasó y... pasaron cosas y yo seguía con la esperanza de que ella me viera como algo más. Y aunque a primera vista parecía que todo iba bien entre nosotros, la verdad es que no. Ella...

»Ella era dispersa ¿Sabes? No sé bien cómo expresarlo, pero ella era una persona enorme, en el sentido de que, tenía muchas cosas en su interior que debían ser expresadas. Sus sueños y sus emociones no cabían dentro de ella misma.

»Puede que por eso... por eso siempre estaba distraída, no se daba cuenta de cómo me trataba, de cómo trataba a los demás, de los sentimientos que se iban creando en mi interior.

»De todos modos yo seguía ahí. Paciente. Esperando un milagro. Imaginando que, en cualquier momento, se daría cuenta de lo mucho que estaba dispuesto a hacer por ella.

»“Algún día...” pensaba. “Algún día...”. Y me lo repetía con fuerza. Lo repetía hasta que lo terminaba de creer.

»Sin embargo, semestre tras semestre era lo mismo. Nos acercábamos mucho por un tiempo. Luego se alejaba. Pero se alejaba de verdad. Huía de mí. Solo vivíamos en esos extremos. Nunca había un punto medio.

»Ella era siempre la que venía y también la que se iba. Yo no tenía elección. Por más que yo le gritara que se quedara, no importaba. Al parecer yo no tenía ese derecho sobre ella. Pero ella si lo tenía sobre mí.

»Entonces llegó el último semestre y peleamos. A partir de eso dejé de saber de ella. Y así, pasaron siete años...

»Siete...

Hago una pausa. Acabo de decir demasiadas cosas en muy poco tiempo. Tengo un poco de nervios. No quiero agobiárla.

La veo y me doy cuenta de que sus ojos están atentos. Como si intentase descubrir los secretos de una película de misterio antes del final. Luego su expresión cambia por completo, como si entendiera algo de súbito:

Resolvió el misterio.

—Entonces... —Ladea la cabeza, frunce el ceño un poco— eso duró casi cinco años... ¿Verdad? Ese fue el tiempo que usted y la chica estuvieron en la universidad —asiento. Paula suspira— Debió ser muy difícil para usted pasar por todo eso...

Sus palabras estuvieron a nada de romperme.

—Lo fue... —Carraspeo para disimular que se me quiebra la voz. Cierro los puños con fuerza e inspiro lentamente— Lo que pasa es... Bueno...

»Hace poco, esta chica... bueno, esta mujer... volvió a contactarme.

»Me reuní con ella en un restaurante. Y platicamos mucho. Ya sabes. Revivimos memorias, recordamos buenos tiempos. Hablamos sobre qué había sido de nuestros compañeros, sobre qué hacíamos nosotros...

En ese punto me muerdo los labios. Estaba por decir que esa mujer ahora está casada, pero desisto ¿Qué pensaría Paula si supiera que me veo a solas con una mujer casada?

—Y usted... ¿Aun siente algo por ella?

Le sonrío. De verdad parece que ve a través de mí.

—Lamentablemente... creo que sí.

Paula coloca con cuidado su libreta sobre el escritorio, posa las yemas encima de la portada. Su rostro es de completa seriedad. Tiene la mirada fija en algún punto de sus uñas.

Por más que lo veo, no me lo puedo creer; esta persona que está frente a mí no es ni la chica de veinte ni la Alumna a la que estoy acostumbrado. Puede que nunca termine de conocer a Paula y que su verdadera esencia sea algo invisible a la vista de todos; algo que solo ella puede saber.

—Esto lo leí en un libro hace poco... —empieza a decir— Eh... Uhm... No recuerdo bien la frase, perdón. Pero decía algo como... Dar todo por alguien no asegura que esa persona se va a quedar a tu lado. Y, en todo caso... —despega la vista de sus manos y me observa, gritándome con la mirada— si alguien requiere todo de ti para quedarse, quizá...

»Quizá no es alguien que valga la pena.

Para cuando regreso a casa ya es de noche.

Me dispongo a finalizar algunos pendientes domésticos. Al terminar me doy un baño, me pongo ropa cómoda, preparo café y me siento en el sofá a leer un libro sobre finanzas que compré el otro día.

Entonces mi celular suena; es un mensaje.

Es Dalia.

No sé cómo es que lo sé. Tan solo puedo decir que el presentimiento crece en mi pecho mientras me acerco al celular para tomarlo:

09:40 p.m. | DALIA: Eren, necesito verte.

Al leer el mensaje, mi primera reacción es de asombro. Las piernas me tiemblan.

Mi cuerpo se calienta. Mi sexo empieza a despertar. A pesar de lo fallido, recuerdo con mucho deseo la noche en que estuve en el motel con ella.

Luego recuerdo las palabras de Paula y todo el contenido en mi interior es reemplazado por ira, enojo y furia.

«Si alguien requiere todo de ti para quedarse, quizá... Quizá no es alguien que valga la pena».

Me invade también la tristeza y un poco de desánimo.

Todo siempre se ha tratado sobre lo que Dalia necesita. Sobre lo que Dalia requiere para sentirse completa. ¿Y qué hay de mí?

Yo no necesitaba mucho para que Dalia me convenciera de quedarme a su lado. En cambio ella...

Fue por este tipo de situaciones que nos despedimos para siempre hace siete años. Su egoísmo, mi egoísmo. Sus exigencias, mis necesidades. Nunca había un punto en común. Siempre se trataba de lo mucho que ella necesitaba y de lo poco que podía ofrecerme.

Todo explotó una noche, en el último semestre de la universidad. Estábamos en los exámenes finales y, ese día, al terminar las clases la acompañé a casa.

Estábamos un poco agotados, pero...

Egoísmo

...mi mente seguía dándole vueltas a algo que ya no podía pasar por alto.

—La última parte del examen estuvo muy difícil —dijo ella— Pero bueno, al menos ya terminó. Los exámenes que faltan ya son para la próxima semana.

Era viernes por la noche, eso lo recuerdo bien porque al día siguiente no me levanté de la cama en todo el día.

Dalia estaba de muy buen humor. Me sabía mal tener que cambiar la conversación siendo que estaba tan contenta, pero, de nuevo... tenía que hacerlo. No había vuelto a tocar el tema desde aquel día en que me dijo por mensaje que todo era muy complicado.

Yo dejé de insistirle porque no quería que se enfadara. Después de lo nuestro (sea lo que sea que fuera) ella había salido con dos personas. Yo también llegué a salir con algunas chicas, pero ninguna era tan interesante como Dalia o Casandra. Y, por supuesto, con ninguna pude tener sexo. Lo cual me hacía pensar en ese momento que cometía un error al buscar consuelo en otras mujeres cuando justo enfrente tenía a la única mujer que necesitaba.

Desde que inició el noveno y último semestre de nuestra carrera no nos volvimos a tocar ni a besar. Lentamente fui transformándome, de nuevo, en su amigo. Como al inicio.

Solo que yo no entendía. ¿Por qué estaba sucediendo así? Pensé que quizás yo era el del problema. No estaba tomando la iniciativa y siempre que pasaba algo entre nosotros, era porque Dalia lo decidía así.

Por eso, esa noche, me dije que ahora yo tenía que dar el paso.

Nos quedamos hablando sentados en la acera frente a su casa. Ella estaba como siempre, sumamente hermosa.

De su cabello emanaba el calor acumulado del día y desprendía un olor a girasol. Sus ojos eran astutos, despiertos y muy hermosos. Sus labios suaves y tentadores. En sus hombros resbalaba una mezcla de luz lunar y de los reflejos amarillos de las farolas.

En cuanto las conversaciones triviales finalizaron, me decidí:

—Dalia...

—¿Hm?

—Quisiera hablarte de algo...

Dalia me observó. Tardó varios segundos en responder:

—¿De qué?

Solo entonces fue que sentí todo el miedo invadir mi cuerpo. Las dudas me acecharon una a una, encajándose en todos los resquicios de mi corazón. La temperatura de mi cuerpo descendió bruscamente. Mis extremidades temblaban ligeramente. Sin embargo, ya no tenía opción. Ya no podía seguir viviendo de ese modo, esperando a que milagrosamente las cosas cambiaran por sí mismas.

—Es sobre... Bueno. Lo que pasó entre nosotros hace tiempo.

La vi apretando los labios. Sus pies se movieron nerviosos.

—Yo... —proseguí— Sé que ya pasó tiempo. Pero aún me gustas mucho. Y sé que somos amigos, pero nos llevamos tan bien que creo que podría funcionar. Si tú quisieras nosotros...

—Eren. —Dijo secamente— Perdóname. No puedo.

Por un breve instante no existió nada para mí en el universo. Ni mundo, ni silencio. Solo un vacío infinitamente abismal. Mi vista se nubló y todo a mí alrededor se tornó de un negro aún más profundo que el de la misma obscuridad.

Gradualmente, todos los sonidos volvieron a fluir por su cauce y el mundo se reconstruyó a nuestro alrededor.

—¿Por qué? —Susurré— Nosotros... Dalia. Tú me has gustado mucho desde la primera vez que te vi.

—No puedo Eren, de verdad.

—¿Pero por qué?

—Eres mi amigo Eren. No te quiero perder.

Puso su mano sobre mi rodilla como gesto conciliador. Lo único que logró con eso fue incendiarme por dentro. Mi desesperación aumentó. Fui recordando, una a una, las veces en que esas manos acariciaron mi rostro, mi pecho, mi sexo...

—Dalia... tenemos mucho tiempo de conocernos. Eres a quien más confianza le tengo en este mundo. Te necesito a mi lado como amiga, sí. Pero también como algo más... No puedo seguir así. Te necesito.

Reflexionó largo rato lo que le estaba diciendo. Su cuerpo se removía, pero no sabía si de nervios, indecisión o incomodidad.

—Eren... la verdad yo ahora mismo no quiero una relación, no quiero sexo casual y no tengo la madurez para que el sexo no afecte nuestra amistad.

—Es decir... no quieres nada.

—Exacto. Te puedo seguir ofreciendo como hasta ahora mi amistad sincera y mis malos chistes. Pero nada más.

Suspiré.

Dalia habló con tanta decisión y seguridad. Ningún argumento iba a hacerla cambiar de opinión.

Aproveché el espacio para llenarme del ruido citadino. De los grillos silbantes. De la calma de las estrellas. Inspiré.

Volvía a estar en el mundo, mas no creía que eso fuera mejor. Ya no había nada que hacer. De ser posible me habría gustado estar en otra dimensión o en otro mundo. En uno donde Dalia quisiera lo mismo que yo. O, por lo menos, ser una persona distinta. Una a quien Dalia quisiera sin condición.

—Qué puedo decir... —Dije— Eres tan desconcertante como siempre.

—¿Por qué lo dices?

—Primero que nada, amo tus chistes.

»En segunda... Dalia, hemos pasado por muchas cosas en estos cinco años. Hemos ido a tantas fiestas y reído en tantas clases. Todo ha sido tan bueno y tranquilo a tu lado desde que entré a la universidad.

»Me gustaría seguir viviendo esa tranquilidad a tu lado. Besarnos cada día, salir a fiestas, ver películas, hacer el amor...

»No quiero que esto se pierda, Dalia. Me niego a que todo eso se pierda para siempre.

—Eren... —alza la mirada al cielo estrellado y lo contempla varios segundos antes de continuar— Desde el primer momento en que te vi, hubo algo que no pude ignorar. La forma en que caíste ese día de la bicicleta... —se ríe con frescura otoñal— claro que me dio risa. Pero también me conmovió. No sé si me dé a entender, pero...

»No sé. Es...

»En cuanto te vi echado en el suelo, supe que necesitaba estar contigo. A tu lado sentí una calidez que no había sentido con nadie. La forma tan sincera en que sonreías y los comentarios tan despreocupados que soltabas...

»Tienes razón. Jamás me había divertido tanto en mi vida con alguien.

»Pero...

»No puedo darte nada más que mi amistad.

—¿Pero y qué hay de todas las veces que tú y yo...? Y-Ya sabes... De verdad... De verdad ¿No significó algo para ti?

Ella negó con una sonrisa medio triste.

—Son mis hormonas Eren.

No entendí. Esa declaración fue demasiado abrupta. La oración entró a mi cabeza, pero no la procesó mi cerebro. Se quedó ahí atascada, impidiéndome desarrollar otras ideas.

Dalia notó mi desconcierto, así que siguió hablando:

—Mis hormonas me controlan. Me hacen pensar cosas...

»Y esa vez cuando lo hicimos en tu cuarto....

»Estar contigo a solas... ver como se oscurecía todo... y con el riesgo de que alguien subiera. Todo eso hacía que yo... —Soltó una risita— No era yo, Eren.

—Pero...

—Eren... —Sus labios temblaron por un momento. Recargó su cabeza en mi hombro— En serio no te quiero perder.

—No me vas a perder. No tiene por qué ser así, no sé porque tienes que verlo desde el lado más pesimista

—Este tipo de cosas siempre lo arruinan todo.

Su cuerpo tembló. Algo debió pasar por su mente. Quizá un recuerdo de algo doloroso porque, por primera vez, me transmitió un mensaje a través de ese tacto. Era un mensaje funesto sobre algo que ya no quería revivir.

—Tengo que irme —dijo al final— ya es noche.

Dalia se levantó aprisa y yo la imité. Se dirigió al portón y abrió la puerta de metal.

—¿En serio te vas a ir así nada más?

Al escucharme, Dalia se quedó quieta en su lugar.

Han pasado años pero aún recuerdo a la perfección esa escena. Su espalda, el cabello negro, la delicada mano sobre el marco de la puerta; el cómo sus hombros declaraban algo en silencio.

Fue ahí. Fue en ese preciso momento donde yo debí tragarme todo, morderme los dientes y decir “Esta bien, buenas noches”. Entonces seguro que las cosas habrían sido muy diferentes.

Esa noche, al acostarse, Dalia habría reflexionado las cosas de otro modo. Quizá, más en calma, habría comprendido mis sentimientos y la injusticia a la que me estaba sometiendo.

Yo también, con la cabeza más fría, pude haber pensado mejor que era lo que quería hacer en realidad. Si de verdad deseaba seguir por aquel camino o si, por el contrario, podría hacer algo distinto. Puede que, al final, hubiéramos llegado a un acuerdo, fuera cual fuera.

Callarse las cosas cuando uno está alterado es algo que se aprende ya de adulto y no siempre es bueno. En este caso, solo intento decir que si yo no hubiera dicho lo siguiente, mi vida (para bien o para mal) habría sido otra:

—Dalia... no entiendo cuál es la lógica detrás de todo esto. Siento que me estás diciendo que prefieres a cualquier extraño antes que a mí.

Enfurecida. Dalia me encaró enfurecida.

—¡¿Y quién está hablando de otros?! ¡¿Cualquier extraño?! ¡¿Quién carajos piensas que soy?!

—M-me refiero a que en un futuro... Y-Yo sé que ahora no estás buscando a nadie... Lo que trato de decir es que tu lógica de no hacerlo con amigos es...

—¡Mi lógica es no hacerlo contigo!

Dicho esto entró a su casa y azotó la puerta del portón.

Siete años

Siete años han pasado de aquella noche en que Dalia cerró la puerta tras de sí. Entonces quedé desahuciado. Mi vida se tornó gris y solitaria. Aunque salí con algunas chicas, ninguna me hacía sentir que estaba acompañado. Tampoco pude volver a tener relaciones con nadie.

Recostado en el sillón pienso en mi vida. Ahora soy profesor de universidad y estoy saludable. Tal vez no tenga una vida social activa, pero me siento bien.

Desde que Dalia reapareció para citarme en aquel restaurante, mi mente y mi corazón no han tenido descanso.

9:40 p.m. | DALIA: Eren, necesito verte.

Ese es el mensaje que Dalia me escribió hace un momento.

Por un momento estuve a punto de responderle que yo también. Que necesitaba de nuevo tenerla en mis brazos. Que, fuera como fuera, quería estar con ella. Aun si solo era para ella un amante o un juguete.

Pero ahora, tras revivir aquella noche de hace siete años, comienzo a entender algunas cosas.

9:47 p.m. | EREN: Lo siento, no puedo.

Bloqueé el número de Dalia y seguí mi vida.

No lo hice de esa forma porque quisiera vengarme ni nada parecido. Hoy entiendo por qué Dalia me dijo lo mismo hace siete años.

Yo, genuinamente no podía seguir con algo así. Superaba mis capacidades. Superaba lo que yo podía dar de mí.

Tan solo espero haya entendido mis razones. Aunque temo que al final no comprenda que mis heridas no son recientes y que siempre vuelven a sangrar cuando está junto a mí.

PAULA

Encuentro con Eren en Tutorías

¡Por Sacro! Hoy me quedé dormida en el salón leyendo *La Llave de Porcelana Carmesí* y el Profesor Eren se apareció en el salón.

Mi plan era solo quedarme un rato y luego irme a casa, pero me relajé tanto que terminé rendida.

Debido a eso tuve que inventar que estaba ahí para lo de las tutorías, así que le hice algunas preguntas respecto a uno de los trabajos que nos dejó. Al principio me sentí un poco mal, pero creo que valió la pena. Me sorprendió lo mucho que pude acercarme a él el día de hoy.

Le pregunté si algo le preocupaba porque últimamente lo notaba raro. Yo realmente no estaba segura de si le pasaba algo. Lo veía decaído, pero creí que eran imaginaciones mías.

Entonces, cuando en su rostro apareció esa expresión tan extraña, lo confirmé.

Tras reflexionarlo un poco, Eren comenzó a contarme una situación que tenía con un amor de sus tiempos de universidad que regresó a su vida después de siete años.

Siete años... ¿Pueden creerlo? ¡Eso es demasiado tiempo!

Yo, con un poco de dolor en el corazón, lo escuché hablar.

Muchas veces me he imaginado su vida, las personas que ha conocido, las situaciones por las que ha pasado. Solo que... no sé. Al escucharlo hablar sentí un pinchazo en el corazón porque, inevitablemente, lo imaginé besando, tocando y amando a otra mujer.

Cuando me dijo que se encontró con ese viejo amor en un restaurante y que hablaron sobre el pasado, me acordé de cuando me encontré a Mateo en aquel centro comercial. Ese día también hablamos sobre los buenos tiempos y sobre cómo nos iba en la vida.

Yo, entonces, le pregunté si aún sentía algo por ella.

Cuando me respondió que sí, me enfadé mucho con él. ¿Cómo era posible que no viera que esa mujer solo estaba haciéndole lo mismo otra vez?

Me enojé, pero luego me dije que quizá era inevitable porque Eren es así de bueno. Quizá se le dificultara ver las intenciones de las personas. Es el tipo de persona que confía ciegamente en todos pensando que tienen la misma honestidad que él.

Se me vino a la mente una frase de *La Saga de Mirland*. No recordaba bien cómo iba, pero más o menos era algo así:

Le dije que dar todo de uno mismo no aseguraba que la otra persona se quedase. Y que, en todo caso, si uno tenía que dar todo de sí para hacer que esa persona se quede, entonces puede que esa persona no valga la pena.

Eren me miró boquiabierto. Creo que, al igual que yo, no esperaba que esas palabras salieran de mi boca.

Al final me agradeció el apoyo y me brindó una de sus hermosas sonrisas. Creo que solo por eso valió la pena haberme quedado dormida (aunque casi descubro que leo novelas eróticas).

Fantasías con Eren

Se bien que no es sano lo que hago, mas no puedo evitarlo.

Desde hace un tiempo he estado teniendo fantasías con Eren mientras me toco. ¿Lo peor? Que lo hago mientras estoy en la universidad.

Los viernes siempre está solo el campus y, como sé que no sucede nada en mi salón después de las seis, me infiltro cuando las sombras lo cubren casi todo y me escabullo en esa oscuridad. Me siento en el suelo, al final de la fila y deslizo mi ropa hasta los tobillos para que mis glúteos besen el frío azulejo del aula. Entonces, cuando todo está listo, puedo empezar...

En ese salón de clases las imágenes en mi mente se tornan tan vividas, que casi puedo verlas frente a mí.

Y aunque todo lo que hago es sumamente lascivo, al mismo tiempo, guarda una inmensa carga de amor.

Anhelo con ansias el día en que suceda...

El día en que al fin se haga realidad esa fantasía que repito una y otra vez en mi cabeza cuando me toco a mitad de esa oscura y fría soledad.

Eren entra por el salón, me encuentra sola, débil y vulnerable. Comprende que si hago esto no es porque sea una depravada, sino que es a falta de algo en mi interior.

Entonces él se ofrecerá a hacerme suya, y a convertirse en esa luz que ilumine dentro de mí.

PARTE 4: EL PROFESOR SOLITARIO

ANTES DEL SUEÑO

Convergencia III

Es viernes por la noche. Estoy en mi casa, pero no siento que siga en el mismo mundo que antes.

Hace unos momentos presencié algo sumamente incomprendible.

Fui al salón del Grupo 6A para buscar el cargador de mi laptop, escuché un ruido raro y prendí la luz para ver que era. Al instante un agudo grito hizo un eco que, estoy casi seguro, se oyó a las afueras del campus. Entonces, lo que vi, no deja de parecerme irreal. ¿Cómo es que una imagen tan clara puede verse tan irreal?

En el salón, al fondo de la fila, estaba Paula.

Paula Jirden. La tímida alumna de cabello corto y uno de los tres mejores promedios de su generación.

Paula Jirden. La rezagada chica que siempre está sola.

Esa Paula es la misma que acabo de ver en el aula del Grupo 6A.

Y lo que estaba haciendo era...

¿Qué podía estar haciendo?

Me niego a admitir que estuviera haciendo algo pervertido. Pero la idea no me deja en paz.

¿Por qué motivos estaría una chica de veinte años, desnuda, en un salón de clases con la luz apagada?

Yo salí del aula, sintiendo que un enorme mazo me golpeaba el pecho a toda velocidad. Me quedé a un lado de la puerta esperando. Aunque no sé qué esperaba la verdad.

Los minutos pasaron hasta que, al final, vi salir a Paula corriendo del salón.

Admiré su espalda mientras se alejaba y, además de desconcierto, me invadió una sensación de familiaridad. Como si hubiera visto esa imagen miles de veces.

Me recueste en la cama, inquieto, intentando encontrar respuestas. Me devano los sesos tratando de encontrar alguna lógica en todo esto.

La imagen de su cuerpo me impresionó tanto que terminó colándose en mis sueños.

Por más ágil que hubiese sido su intento de ocultar su cuerpo, fue inútil. Sin que se lo ordenara, mis ojos capturaron con fidelidad cada centímetro de su piel.

Si hubiera tenido elección, habría preferido no haber visto aquello. Habría sido lo mejor para ambos.

Al menos eso creo yo.

La desaparición de Paula

Lunes.

Justo como esperaba, Paula no se presentó a mi clase.

Es la primera falta que tiene en todo el tiempo que llevo siendo su profesor.

Es muy probable que falte dos o tres días más. En un caso más extremo, es posible que falte una semana.

Comprendo que ahora mismo no quiera ni tenerme cerca. No fue una cosa menor lo que sucedió el viernes. Así que seré paciente. Mientras siga atendiendo las demás clases está bien.

Miércoles.

Pregunté a los demás profesores sobre Paula, ellos tampoco han sabido nada de ella.

Empiezo a preocuparme.

Jueves.

El viernes que me encontré a Paula, desnuda en el salón, se fue tan rápido que olvidó su mochila.

Es una mochila de color tinto desvaído. No lleva ningún dibujo, ni alguna seña particular. Es un diseño tan insípido que hasta un chico podría usarla. Sopesé la mochila y calculé que debía llevar casi todas las libretas de sus asignaturas.

Al inicio me dije que, a lo mejor, Paula solo necesitaba tiempo para recuperarse de la vergüenza de que su profesor la viera desnuda.

Decidí que, cuando regresara a clases, hablaría con ella. Le haré ver que estoy de su lado y que no la acusare con nadie, pero que (sea lo que sea que estuviera haciendo) debía dejar de hacerlo. Quién sabe qué habría pasado si alguna otra persona la hubiera encontrado en esa posición tan vulnerable...

No se le ocurra volver

Estoy preocupado.

Ya pasaron dos semanas y no ha habido señal alguna de Paula en la universidad.

¡No es posible que Paula esté mandando su carrera al carajo solo por aquel incidente! Claro. Si es que esa es la razón. En el peor de los casos puede que... puede que en realidad haya pasado algo más.

Durante este tiempo me he dedicado a reunir información sobre ella.

Pregunté con disimulo a algunos alumnos del Grupo 6A si sabían algo sobre Paula. No tiene amigos, pero ubicaba a algunos que de vez en cuando cruzaban palabras con ella, así que fue a ellos a quienes interrogué.

—Oiga Karen ¿Sabe algo sobre Paula? No ha venido a clases últimamente.

—La verdad no sé profe —dijo mientras le revisaba una tarea en su libreta.

—Es cierto, no ha venido ¿Verdad? —me respondió Martha cuando le hice la misma pregunta. Se llevó dos dedos a la boca reflexionando— No me había dado cuenta.

Como vi que era inútil, opté por preguntar por ella en el Departamento de Ciencias Administrativas. Para mi fortuna, como era su asesor, no tuve ningún problema en que me proporcionaran su número y dirección.

En cuanto tuve un rato libre marqué al teléfono. No hubo respuesta. Intenté dos horas más tarde y también volví a intentarlo un par de veces más cuando ya estaba en mi casa, pero no tuve suerte.

Hoy he vuelto a marcar de nuevo por la mañana sin obtener respuesta.

Lo mejor es que vaya directamente a su casa. Tengo dos horas libres así que debería hacerlo ahora.

Veriflico la dirección de nuevo. No está lejos de la universidad. Puedo ir a pie y regresar en menos de una hora.

Lleva demasiado tiempo ausentándose y temo por su seguridad.

Tras caminar quince minutos tengo a la vista un conglomerado de altos edificios. Son departamentos. Hay cuatro cuadras de edificios similares, así que me toma un rato ubicar en cuál de ellos vive Paula.

De lejos, el edificio parece ser una construcción cualquiera. Pero, en cuanto subo las anchas escaleras, me doy cuenta de que es algo que solo gente rica puede permitirse. En cada piso solo hay dos departamentos, así que por dentro deben ser enormes.

Cuando llego al piso doce, giro a la derecha. La puerta está al final del pasillo. A no ser que me haya confundido, este debe ser el lugar donde vive Paula. Mientras me acerco a la puerta, echo una mirada a la ciudad debajo de mí; vaya vista tienen estas personas.

Estos edificios no son tan altos como los rascacielos de Gadal o de Sirap. Pero, como en Agsa no hay estructuras altas, el resto de la ciudad parece diminuta desde aquí.

Me detengo frente a la puerta y golpeo con los nudillos tres veces.

No hay respuesta. Espero un minuto antes de volver a tocar.

Por el ventanal de al lado no se ve nada. Una gruesa cortina de color obscuro impide observar dentro del departamento.

Mientras espero, la curiosidad se infla en mi interior.

¿Qué clase de vida lleva Paula? Me pregunto si acaso su familia es la culpable de que sea tan tímida. ¿Será que son tan estrictos que al final la hicieron así?

Vuelvo a tocar la puerta. Cuando mi nudillo termina de dar el segundo golpe, la puerta se abre.

—¿Diga?

Una señora de sesenta y tantos se asoma. Su cabello color avellana le roza los hombros. Sus ojos tienen tanto cansancio acumulado que los párpados se muestran entrecerrados. Sin embargo, su sonrisa parece la de una jóvenzuela en primavera. Lleva un pantalón de vestir oscuro y una blusa color ámbar muy bonita. Con la mano derecha sostiene la puerta y en ella lleva un montón de pulseras de oro. En la izquierda un reloj del mismo material y varios anillos.

¿Esta es la madre de Paula? No se parece en nada a ella. No encuentro ninguna similitud en su semblante, ni en los ojos, ni en la sonrisa.

Al verla, me relajo. Como está tan tranquila, debo asumir que Paula está a salvo en casa. La señora no tiene el rostro de alguien que ha perdido a una hija.

—Buenas tardes. Disculpe que la moleste. Mi nombre es Eren. Doy clases de mercadotecnia en la UTA y además soy asesor del grupo de Paula Jirden —Le extiendo la mano sonriéndole. Ella hace igual.

—Oh, entiendo... —Dice. Parece sorprendida por mi visita. No la culpo. No es normal que los profesores hagan este tipo de cosas— Mucho gusto. Mi nombre es Annette.

—He venido porque su hija Paula...

—Oh, perdón... pero Paula no es mi hija.

—Ah, pero... —reviso el papelito donde anoté la dirección— Esta es la dirección de Paula Jirden ¿Verdad?

—Algo así... —dice tras dudar un poco.

Yo, confundido, trato de entender lo que significa “algo así”.

—¿Qué asunto tiene con ella? Si gusta puedo pasarle su mensaje.

Carraspeo y enderezo la espalda para retomar fuerzas.

—Lo que pasa es que Paula no ha asistido a clases y me preguntaba...

Me detengo en seco al ver que la mujer sacude la cabeza de un lado a otro.

—Esa niña no tiene remedio —suspira agobiada. Aunque no fuera su madre, en ese instante parecía que sí lo era. Se queda reflexionando y veo como detrás de sus ojos vuelan diversos pensamientos a una enorme velocidad— No va a encontrar a Paula aquí. Hace mucho tiempo que vive por su cuenta en otra casa... —Debió percibir cierta conmoción en mi rostro, porque entonces empezó a decir a velocidad un montón de cosas, como si se justificara ante un juzgado— En realidad, no es que esté sola del todo ¿sabe? Yo me encargo de varias cosas, como el aseo y la comida. Aunque en realidad, bueno, es una chica muy limpia y organizada. No hay mucho que limpiar. Solo en cuanto a la comida pues... Digamos que no es una chica a la que se le dé la cocina y, además...

De pronto se muerde los labios. Seguramente se recrimina para sus adentros estar hablando de más.

—¿Pero porque vive sola? No lo entiendo...

—No puedo darle detalles. Tan solo... —baja un poco la voz— Esta familia es así. No puedo decirle más. Lo siento.

—Y-ya veo...

—¿Hace cuánto que no va?

—Eh... Hoy se cumplen dos semanas y dos días.

La señora suspira con más agobio todavía. Se lleva la mano derecha al rostro. Sus pulseras tintinean con fuerza.

—En fin... Supongo que quiere asegurarse de que está bien ¿No? Lo veo en su mirada. Genuinamente está preocupado por ella —me sonríe— Lo único que puedo hacer por usted es asegurarle que está bien. La he visto esta mañana. Como ya se lo dije —carraspea— Paula no es muy hábil en la cocina.

»Llego con ella a las siete de la mañana, hago algunos quehaceres, dejo la comida preparada y después regreso aquí, que es donde más me necesitan.

La anciana, al decir esto, baja la mirada, como si de nuevo reflexionara en algo muy profundo. Como si realmente pudiera ocurrir algo terrible en su ausencia.

—Lamentablemente no puedo vigilar a Paula todo el día. No tenía idea de que estuviera faltando. El hecho de que sus clases sean por la tarde complica mucho las cosas, verá... Justo es el momento en que más ocupada me encuentro...

—Disculpe ¿Y cree que sea posible que...?

Me interrumpe de nuevo con su meneo de cabeza.

—No puedo decirle donde vive Paula. Es... como se lo dije, complejo. Son órdenes de la señora de la casa. Tiene unas reglas bastante específicas que yo...

—¡Annette! —Grita una mujer desde dentro del apartamento— ¡Annette! ¡Tengo hambre!

La señora Annette tuerce la boca como diciendo “¿Ve a lo que me refiero?”.

—¡Voy! —grita girando la cabeza dentro del departamento. Tiene unas cuerdas vocales mucho más fuertes de lo que aparenta.

—Será mejor que se vaya —me dice preocupada— no puedo explicárselo bien, pero es mejor que la señora no lo vea aquí.

—¡Oh! ¡P-pero...! —Me quedo en shock ante ese comentario. Sé que aún debo decir algo, algo importante. Más las palabras no llegan a mí. Entonces recuerdo de súbito— ¡T-t-tengo la mochila de Paula y...!

—Llévela a la universidad —dice mientras va cerrando la puerta. Y, antes de cerrarse del todo me dice— intentaré convencer a Paula de regresar. No se le ocurra volver a este departamento, por favor.

La puerta se cierra.

Tuerzo la boca, me rasco la cabeza.

Inmóvil ante esa puerta no voy a lograr nada, así que emprendo el camino de vuelta.

De regreso repaso la conversación que acabo de tener con la Señora Annette y divago sobre todo tipo de cosas.

De repente un pensamiento me atraviesa la cabeza:
¿Será que me estoy involucrando en algo que no debo?

La llave de porcelana carmesí

Es sábado. Mientras desayuno pienso en Paula.

En realidad, no he dejado de pensar en ella desde que desapareció. Están por cumplirse tres semanas de eso.

Al parecer Annette no pudo convencerla de regresar a clases. Y qué extraño. Estaba seguro de que, si se lo proponía, Annette podría hacer entrar en razón al más incorregible de los delincuentes.

Tal vez la vergüenza de Paula sea mucho mayor de lo que pensé en un inicio.

¿Qué estará pensando Paula? Y me refiero a qué estará pensando en este preciso momento. Un sábado a las diez de la mañana...

¿Estará recostada mirando al techo? ¿Seguirá recordando con bochorno que su profesor la vio desnuda en un salón de clases?

Me sonrojo ante el recuerdo.

Apuro el jugo de naranja que me queda. Me levanto y llevo el plato al fregadero para lavarlo. Me dispongo a resolver algunos pendientes hogareños y en eso ocupo gran parte de mi fin de semana.

Lavo la ropa, limpio el baño, riego las plantas, barro, trapeo...

A las cinco de la tarde me quedo sin nada que hacer.

Entre semana siempre estoy trabajando, así que es raro que tenga pendientes relativos a mis clases.

Me siento en el sofá de la sala. La tele de cuarenta pulgadas frente a mí está apagada. Me le quedo viendo largo rato y, pasado un rato, mi conciencia se pierde en ese reflejo oscuro. Es una imagen distorsionada y borrosa de mi persona.

—Ese no soy yo... —susurro sin pensarlo.

Entonces mis ojos son arrastrados hacia la mochila de Paula. Está en el suelo, en una esquina. Es como su dueña; existe con timidez, indecisa sobre si hacerse presente o no. Sin embargo, al percatarme de su presencia ya no puedo pensar en otra cosa.

Se me ocurre una idea...

No.

Lo descarto al instante.

—No. No puedo simplemente revisar sus pertenencias.

Solo que, entre más lo reflexiono, más lógica me parece la idea. Dos minutos después me hallo flotando entre miles de justificaciones.

—Puede que ahí encuentre alguna pista sobre este misterio —me dice el Profesor.

—Pero es la mochila de una chica de veinte años —replica el Hombre

— Creo que ya has invadido demasiado su privacidad, como para que ahora...

—¡No lo hice a propósito! ¿Ok? —me defiendo gritándole a la nada.

Resignado, decido que no tiene caso. Solo hay algo que puedo hacer dado que, de todos modos, no puedo devolver la mochila a su dueña y Annette me prohibió volver al departamento.

«Si con esto me puedo dar una idea de por qué mi Alumna desapareció...»

Me levanto del sillón, tomo la mochila y la llevo al comedor. La mesa es algo amplia para alguien como yo que vive por su cuenta. Hay espacio para ocho personas. Tres en los lados largos y una en los cortos. Me siento en uno de los lados cortos y abro la mochila. Una por una, voy sacando las cosas y las coloco ordenadamente sobre la mesa.

Contengo la respiración mientras mis manos se mueven. No tengo idea de con qué puedo encontrarme.

En cuanto vacío la mochila siento alivio. El contenido es de lo más normal, acorde a una chica normal de universidad.

Seis libretas, un folder de plástico con varios documentos, una lapicera, un pequeño cuaderno con forro de piel, unas llaves, un reproductor de música, un libro.

—Vaya...

Reviso sus libretas con detenimiento. Todos los apuntes tienen una impecable pulcritud. En el folder tampoco hay nada especialmente raro, solo exámenes, apuntes y trabajos.

Mientras reviso todo, un papelito rectangular cae:

Es una tarjeta de presentación.

Es de un ginecólogo. En la esquina derecha está el logo rojiazul de un prestigioso hospital privado. Es una tarjeta muy bonita. Las letras tienen un acabado dorado que resplandece con la luz. Me extraña que esté tan maltratada, siendo que la encontré dentro del folder. Es como si la hubieran maniobrado miles de manos.

Regreso todos los papeles al folder azul y reviso el cuadernillo con forro de cuero. Es algo más pequeño que una libreta normal y tiene una chapa dorada que impide abrirlo; se requiere una llave muy pequeña. Intento usar las que encontré en su mochila pero ninguna coincide.

No tiene caso. Si está cerrado es por algo. Puede que mirar el contenido sea ir demasiado lejos.

Tomo la lapisera pero me doy cuenta, por el ruido que hace, que dentro no hay nada del otro mundo. La abro rápidamente solo para verificar y, efectivamente, solo veo plumas, lápices, marca textos y colores. La hago a un lado y me dispongo a analizar el objeto final.

Se trata de un libro de tapa dura. Es muy grueso. Deben ser unas quinientas páginas aproximadamente. En la portada hay una llave color hueso manchada de sangre, y montones de rosas alrededor sobre un fondo oscuro y tétrico.

—La llave de porcelana carmesí. Por Laila Meller...

¿Por qué me es tan familiar este libro?

Acaricio la portada. Tiene un ligero relieve. Se nota que es una edición cara.

—¡Claro! —me acuerdo de repente— Es el mismo libro que Paula tenía el día en que me la encontré dormida en el salón.

Desde aquella vez ya sentía curiosidad por el nombre tan enigmático. ¿Qué clase de libro será?

Sin pensarlo abro el libro por la mitad y leo lo primero que enfocan mis ojos:

—¿Por qué debería quedarme a tu lado? —Preguntó Natalie mirando en derredor bajo el porche de la mansión—
No hay nada aquí que me haga sentir bien.

—Necesito que te quedes.

—Me voy.

Sus pasos rechinaron sobre los tablones, mientras descendía. Se dirigía hacia el empedrado para subirse al desgarbado coche plateado. Cuando pasó junto a German, este la asió de la muñeca.

Sin volverse, Natalie espetó:

—Estás vacío.

El espacio entre ellos desapareció de inmediato, dejando una ensordecedora nada. Los tactos, la conciencia y los olores desaparecieron de pronto.

—Lo sé —respondió sin inmutarse.

Como esos párrafos no me dicen nada sobre el contenido del libro, lo cierro y miro la parte de atrás para ver de qué va la historia.

Natalie, una atractiva economista recién egresada, busca abrirse paso en la vida haciendo uso de su talento para las finanzas.

Sin embargo, este propósito se verá mermado por el ímpetu de German, un casanova ricachón que se enamoró de la belleza y astucia de la joven. Germán quiere que se vuelva su esposa y, además, directora de una de sus tantas compañías.

Natalie deberá decidir si arrojarse a la seguridad de una vida arreglada o continuar con el ideal de construir un futuro con sus propias manos.

Vuelvo a mirar la portada.

Aunque no soy experto en novelas, el argumento no me parece tan original. Examino el libro por todos lados y veo que, de la parte de arriba, sobresalen unos separadores de entre las hojas.

Abro el libro en una de esas separaciones:

German la aventó sobre la cama.

Natalie, aturdida, lo miró desde abajo, azorada ante el brillante torso que relucía su viva musculatura. Lo único que llevaba puesto eran esos ajustados pantalones de mezclilla.

—No lo hagas —suplicó Natalie agitada— Llegarán en cualquier momento.

Él no la escuchaba. La miraba con fijeza, respirando con dificultad. Tenía en los ojos las ansias de un semental que ha sido privado del deseo por mucho tiempo.

German posó la mano sobre el botón de sus pantalones y, con el movimiento más lento del planeta, lo zafó del ojal. Entonces, de nuevo, con una calma desesperante, fue bajando el cierre. Natalie pudo escuchar cómo se iban despegando los dientes; uno por uno. La urgencia comenzó a escurrirse por los poros de su piel.

Tras una espera que se le antojó eterna, la gigantesca erección de German emergió. Era la primera vez que veía un pene tan grande. No podía creer que fuera tan grueso y la cabeza tan enorme. Se olvidó de toda razón. En esos segundos tan sólo podía preguntarse el cómo se sentiría tener ese monstruo dentro de ella, removiendo sus húmedos adentros una y otra vez...

Cierro el libro de tirón y lo dejo sobre la mesa.

Me hierve la frente.

No esperé toparme con este tipo de literatura. Es demasiado para mí.

Tampoco es que yo sea una inocente ave. Pero...

No logro asimilar que Paula sea la dueña de este libro y que, además, resaltara una parte tan explícita.

Tomo de nuevo el libro. Una insospechada curiosidad crece en mi interior.

¿Las otras separaciones tendrán citas similares?

Selecciono una de las separaciones que están casi al inicio. Leo la parte subrayada.

—Mi primera vez fue muy dolorosa. Demasiado. No tienes idea de cuánto. No sé si quiero eso de nuevo
¿Entiendes?

—Pero Natalie, es normal...

—¡¿Normal?! —Gritó furiosa, girándose hacia Emily—
¿Tú crees que es normal que el hombre que juró amarte pierda la paciencia con tanta facilidad?

Hizo una pausa, tenía los ojos abiertos de par en par. Humedecidos de rabia.

—¡Prometió amarme! ¡Prometió protegerme! ¡Y aun así...! Aun así...

Hizo una enorme pausa. Las lágrimas afloraron sin pudor. Una tras otra, como un acaudalado río desbordado por la lluvia. Su boca se abrió como para decir algo, pero se detuvo enseguida. Los labios le temblaron. Inhaló durante un largo lapso y luego soltó todo el aire de un tirón antes de continuar. Esta vez no dudó al hablar.

—Mientras me penetraba yo sentí... ¡Sentí que me moría! ¡Sufría, lloraba! ¡Y él lo sabía! ¡El veía mi rostro de angustia! —Se sorbió la nariz y con el dorso de la mano se limpió las lágrimas; con el antebrazo los mocos— “¡Para! Me duele mucho!” le dije ¡¿Y sabes lo que respondió?!

Emily empezó a llorar.

—“¡Cierra la boca, zorra!” me gritó “¡Pronto empezarás a disfrutarlo!”.

—Natalie yo...

—¡Entiende Emily! No quiero saber nada de hombres como él. Sé cómo son, sé lo que quieren. Lo que buscan de mí. Y no quiero... ¡No quiero saber nada de ellos!

Cierro el libro de nuevo. Esta vez no puedo evitar soltar un gran suspiro. Es una historia bastante fuerte en muchos sentidos.

Dejo el libro sobre la mesa. Me echo hacia atrás en la silla y cruzo los brazos.

No sé si hacer esto me de pistas para averiguar lo que ocurre con Paula. Es posible que sí; siempre y cuando deje de pensar en ella como mi Alumna. Lo que tengo que hacer es pensar en ella como mujer. Necesito entender que, aunque a mis ojos sigue siendo una niña, en realidad, es toda una mujer.

De la nada me entra un antojo enorme de beber.

Me levanto y subo a mi cuarto y me dirijo al mueble donde tengo guardado el alcohol.

Tomo una botella de tequila cualquiera y regreso al piso de abajo. De la cocina agarro un vaso de cristal y echo dos hielos en él. Lo lleno hasta la mitad y lo dejo sobre la mesa.

Guardo de nuevo todo el contenido de la mochila que hace un rato inspeccioné. Frente a mí solo se queda mi bebida y el enigmático libro de La Llave porcelana carmesí.

Me siento en el área recién despejada y, con el cuerpo adelantado, me sumerjo en la lectura.

Las escenas que Paula marcó varían mucho de una a otra. Hay una parte en la que se describe como Natalie da una felación a un viejo amigo de la universidad, otra donde German la lleva a cenar y se dan su primer beso. También hay una que describe como Natalie se masturba en la oficina donde trabaja a medio tiempo.

Al principio pensé que lo que tenían en común esos párrafos marcados era el sexo. Pero, tras releer esas páginas y analizarlas una y otra vez, entendí el común denominador:

Intensidad.

A partir de los fragmentos marcados me doy una idea sobre la historia. Un romance retorcido y cargado de drama. Se muestra el miedo a la incertidumbre y el dolor que puede provocar la inexperiencia inherente a la juventud. Es un libro con una potencia increíble.

Paula capturó las escenas clave, esas que te dejan una enorme impresión en el alma.

Miro el reloj de pared. Son las diez de la noche.

Suspiro.

No puedo creer que cinco horas se me pasaron tan rápido ¿En qué momento?

A mi izquierda, la botella de tequila está vacía. Al verla finalmente comprendo lo borracho que estoy.

Con la cabeza entumecida y los pensamientos inestables, recargo los codos en la mesa y cierro los ojos.

Sueño

Estoy soñando... ¿O no...?

No estoy seguro.

Es decir... Claro que debe ser un sueño.

Solo que, estando en el estado en que me encuentro, no tengo autoridad para afirmar que lo que sucede es realidad o mentira.

Paula cae encima de una cama con el ceño fruncido. Gotas de sudor le resbalan por la mejilla y la frente. Le dan a su piel una claridad divina. La hacen parecer un diamante mojado por la lluvia.

Lleva puesto un conjunto deportivo color negro. Mira intrigada algún punto delante de ella. Yo observo todo desde una perspectiva omnipresente. Como si viera una película. Las escenas se cortan de un momento a otro y los ángulos cambian conforme es más conveniente para la trama.

Entonces aparece un hombre que solo lleva puesto unos vaqueros. Yo, desde atrás, tan solo veo su musculosa espalda, así que no sé de quien se trate. Hace un movimiento de manos, como si se bajara el cierre. Creo que, efectivamente, lo está haciendo. Paula al inicio, no hace mucho caso del pantalón. Luego baja la mirada y se sonroja. ¿Qué es lo que está viendo?

Me llega el sabor extraño del tequila. Siento mi cabeza dar muchas vueltas.

Ahora Paula está enfundada en un traje formal color pistache. Está muy elegante. Su cabello castaño le llega unos dedos debajo del hombro y se mece cual seda. Camina con seguridad por el pasillo. A los lados hay oficinas con pared de cristal. Todos la miran. Lleva una carpeta y varios papeles contra su pecho. Con la mano libre carga un pequeño maletín. Es una Paula más adulta. Debe tener unos veinticuatro o veinticinco. Está más llenita y es más alta. Si yo fuera otra persona y me pidiesen señalar a Paula Jirden en esa escena, la verdad es que no sabría identificarla. Pero como yo soy yo, sé que ella es ella. Y nadie más que ella puede ser Paula Jirden, aunque esa mujer que veo no guarde relación alguna con la chica tímida de universidad que conocí alguna vez.

Paula llega a una enorme sala de juntas y varios hombres y mujeres la esperan sentados alrededor de una mesa ovalada. Se detiene en la puerta y, le sostiene la mirada a cada uno de los presentes. Entonces da un fuerte paso dentro de la sala y la escena se corta.

Abro los ojos. Paula está llorando frente a mí. Luego la veo reír en un café con varias amigas. La veo dentro de la sala de ensayo de la universidad, sentada en su banquita, mirando a su alrededor con curiosidad. La veo besándose tímidamente con un hombre muy moreno y algo mayor que ella. La veo masturbase en el salón de clases...

Una sucesión infinita de escenas se van apilando, una tras otra, frente a mis ojos. Algunas las disfruto, otras las sufro. Lamentablemente, aunque quiera, soy incapaz de adelantarlas o detenerlas.

Algunas de las situaciones que veo sé que sucedieron o, al menos, están basadas en algo que viví.

Desde que inició el sexto semestre no he interactuado con ella más que para lo esencial. Pero, hace un año, cuando ella estaba en cuarto semestre coincidíamos demasiado.

¿Qué pasó?

Antes nuestras almas se cruzaban una y otra vez y, de repente, en algún momento, nos sepáramos y cada uno salió volando en direcciones opuestas.

Hace un año ella me vio tocar la batería. Hace un año hablábamos mucho. Compartíamos muchas cosas. ¿Por qué? En serio no sé por qué. Las situaciones simplemente se daban y yo empecé a tenerle mucha confianza y hablarle con naturalidad, como si se tratara de una amiga de la infancia.

De hecho, ahora viene a mi memoria cierto día. Esto no lo imaginé, ni es creación mía. Tampoco es mezcla de realidad y fantasía. Fue un suceso que pasó de verdad en aquel tiempo.

Yo me quedé platicando con ella un momento después de que terminó la clase. En cierto momento me preguntó, sin previo aviso, si me consideraba más un profesor o un baterista. Recuerdo lo mucho que me impresionó su pregunta. Es algo que nunca se me había ocurrido cuestionarme. En realidad, nunca me he cuestionado muchas cosas a lo largo de mi vida. Solo me dejo llevar por las circunstancias mientras trato de uniformarlas y darles cierto orden.

Esa vez Paula me miraba muy seria y yo le di mi respuesta. Mi respuesta... Es curioso, pero no recuerdo bien qué fue lo que le respondí. Se me quedó más bien grabada la expresión de Paula y su tímida voz mientras me hablaba.

De nuevo me llega el olor a tequila, el mareo, y un ligero dolor de cabeza.

Abro los ojos. Una bella campana suena. La escucho lejos, muy lejos. Alzo la mirada. Veo borroso. ¿Una iglesia?

No, no es eso...

De repente me parece que han pasado muchos años. Que fui congelado o que estuve en coma. Me hormiguea todo el cuerpo, mis huesos pesan como metal. Tengo la impresión de que he cambiado un montón. Como si mi ser original se hubiera disuelto muy discretamente y, mientras tanto, al mismo tiempo, un nuevo hombre (casi idéntico) se materializara encima de mí.

La campana suena de nuevo con más claridad.

—Ah, el timbre... Están tocando...

El timbre de la casa es insistente y retumba con misterio en la obscuridad. ¿Quién es? No tengo la fuerza para cuestionarme eso ahora mismo. Ni siquiera estoy seguro de donde estoy. El suelo se siente como el de mi casa, más ¿Cómo saberlo con certeza? No es posible que los pies sepan diferenciar los azulejos de un lugar y de otro. Me limito a caminar hacia la puerta con una fuerza impulsada por mi corazón, como si esperara a un amigo de toda la vida.

Giro la perilla y abro la puerta. Lo que veo me sorprende tanto que, por un segundo, me regresa la sobriedad.

—H-hola... —me saluda.

A pesar de que la capucha de su sudadera negra le cubre el rostro, reconozco la tímida voz y esa pequeña y quebradiza silueta. Los vaqueros y los tenis blancos también me son muy familiares.

—¿Paula?

Definitivamente estoy en un sueño. No hay otra explicación para que ahora me encuentre en esta situación. Estuve buscándola durante tanto tiempo... ¿Y ahora aparece frente a mí? Que ilógico.

—Lo vio... ¿Verdad? —Hace una larga pausa— Usted lo vio todo.

No hago caso a lo que dice. No tengo idea de lo que está diciendo, ni comprendo su pregunta. Me concentro en su persona. Su silueta es tan tangible. Irradia ese ligero calor, tan propio de la juventud.

Estiro la mano para robarme un poquito de esa calidez. Aunque sea en un sueño quiero palparla. Acabo de darme cuenta de lo mucho que extrañaba su presencia. Hasta hoy, un año después, me doy cuenta.

¿Es por eso qué la buscaba con tanto ahínco? Entonces soy un falso. No la buscaba para que regresara a clases. ¿Por capricho? Si. Quizá haya sido un capricho mío nada más.

Le bajo la capucha para ver su rostro. Su cabello castaño se muestra ante mí con la energía de un monte iluminado por el amanecer. Su piel brilla como perlas bajo un frío mar. Sus ojillos irradian un dulce fulgor.

Esta Paula que tengo ante mí no es mi Alumna. No es la que veía cada día en clases prestándome atención.

No.

Le sucedió lo mismo que a mí. Su verdadera persona se desintegró y la nueva Paula, materializada ante mi puerta esta noche, es una Paula totalmente distinta.

Coloco la palma de la mano sobre su cabeza y la deslizo hasta su oreja y, en ese interludio, me doy cuenta de lo verdaderamente pequeño que es su cráneo. Llego a su lóbulo y lo masajeo entre mis dedos. Es tan esponjoso y suave como un diminuto malvavisco.

Paula gime y noto que enrojece. Agacha la mirada y aprieta los puños.

—Entonces, eso significa que lo vio... —pronuncia con un hilillo de voz.

Confuso, sostengo, la respiración. Sigo sin saber qué es lo que me trata de decir esta Paula. Suelto el aire en un gran suspiro.

—Si... —Respondo sin ningún tipo de razón o de cálculo.

Al escucharme toda su persona tiembla. Tiembla tanto que tengo unas enormes ganas de abrazarla. De acurrucarla entre mis brazos.

—Lo sabía... —murmura.

La contemplo esperando sus palabras. Es evidente que todavía tiene mucho más que decir.

—Y... ¿Qué...? ¿Qué piensa de todo eso?

Me rasco la cabeza. Eso es algo más complicado de responder. Intento encontrar una respuesta. No se me ocurre nada. No puedo pensar nada. No tengo interés en cavilaciones profundas, ni en reflexiones cílicas. Tan solo quiero enfocarme en ella, en esta mujer que reemplazó a Paula. Que se parece a ella, pero que no lo es.

La abrazo.

Es lo único que puedo hacer; abrazarla.

Primero se estremece, como una palmera azotada por un potente huracán. Luego, el temblor remite hasta convertirse en vibración. Un dulce movimiento de la piel, como cuando uno se estira bajo la colcha en una noche helada. Y es que sí que hace algo de frío. Por la puerta abierta se cuelan gélidas brisas.

—Pasa...

Me muevo para que entre. Ella duda un momento, pero entonces pisa con fuerza dentro de la casa. Cierro la puerta. Paula se dirige a la sala y se sienta en el sillón.

Me siento al lado de ella y exhalo de cansancio. La televisión apagada frente a nosotros refleja una imagen bastante distorsionada de nuestros cuerpos. Aunque, extrañamente, yo la veo con asombrosa nitidez. Ese reflejo es mucho más claro y real que nunca.

—¿Está cansado?

—Un poco —respondí.

—¿Quiere recostarse? Iré por unas sábanas.

—¿S-Sabanas? No... yo...

—¿Dónde está su habitación?

—Arriba, a la derecha, pero...

Paula se levanta enseguida y atraviesa la sala y el comedor, para luego subir las escaleras.

Me avergüenzo un poco de mi estado, pero me commueve la preocupación de Paula hacia mi persona.

Y sí. No sé qué me pasa, pero me siento muy débil y algo mareado. Sé que estoy soñando, pero aun dormido la ebriedad me domina por completo.

Paula lleva un buen rato arriba. Quizá se quedó dormida. Es igual. Mejor que duerma en mi habitación. Ahí estará más cómoda que en este sillón.

Me quito la ropa y la arrojo por ahí. Me quedo en bóxer.

Escucho pasos en la escalera. Son pequeños pasitos, como los que haría un gato con botas sobre una alfombra.

Al voltear a ver al gatito veo que en realidad se trata de Paula. Carga una sábana entre sus brazos. Me observa fijamente durante un par de segundos, con el rostro escondido en la sabana, y luego desvía la mirada. Este proceso se repite varias veces durante un buen rato hasta que al final me extiende la sabana.

Está muy roja. Naturalmente.

Debe de estar avergonzada de mi cuerpo adulto, lleno de vellos y marcas en la piel.

—Lo siento —Tomo la sabana y la dejo a un lado— Y gracias por la sabana.

Tras sostenerme la mirada durante un largo rato, se sienta a mi lado sin decir una palabra. Giro la cabeza a mi izquierda para verla con detenimiento. Está reflexiva. Puedo distinguir los remolinos de ideas que dan vueltas y vueltas en su cabeza.

Regreso la vista al frente. Nuestra imagen sigue reflejándose con claridad en la reluciente negrura del televisor apagado. Una linda chica de veinte años y un borracho semidesnudo, sentados lado a lado. Seguro que la imagen resulta desagradable a cualquiera.

Cierro los ojos. Mi conciencia está inestable. Me quedo un rato así, contemplando la obscuridad detrás de mis párpados. La negrura de la sala pulsa a mí alrededor. De todas partes emergen ondas electromagnéticas, empujando mi alma de un lado a otro. Mi respiración se vuelve profunda y acompasada. La obscuridad me acrilla con mensajes indescifrables. La cadencia de mi respiración me hunde más y más en esa negrura.

Silencio.

—Entonces... —El sonido de esa voz me toma por sorpresa. Durante varios segundos no reconozco a quien pertenece.

«Ah, claro. Es Paula... Ella finalmente está aquí».

—Entonces... —insiste Paula. Habla raro, como sopesando sus palabras cuidadosamente— Ahora que lo sabe todo... no le molesta si...

Deja su frase al aire.

Estoy por preguntarle qué es lo que debería molestarme, cuando su mano, pequeña y delicada, se estira hacia mi bóxer. Frota sobre ellos y, antes de que pueda articular palabra alguna, mi erección se hace evidente.

«Esto no está bien»

Pero es un sueño ¿No? Debe serlo. La Paula que conozco jamás haría algo como esto.

Volteo a verla. No me mira. Observa la tele apagada. Sus mejillas se iluminan como dos esferas rojas. Respira entrecortadamente sin dejar de mover su mano. Aumenta la velocidad conforme mi erección se endurece.

Paula está tan hermosa. Todo en ella tiene una renovada y limpida aura. Todo, desde su puntiaguda nariz, hasta sus delicados hombros, llama a envolver su dulzura.

Será así porque la tímida Paula no es esta que tengo aquí.

Aquí no debo preocuparme de su futuro académico. Aquí puedo admitir, sin miedo a represalias, que lo único que quiero es satisfacer sus necesidades humanas, que me preocupa su alma, que me consternan sus sentimientos y que me aterrorizan sus posibles miedos. Paula no es una caja en la cual depositar información. Un título universitario no representa su valor o su verdad.

Entonces me decido. No me privo de mis deseos de fundirme en ella. A fin de cuentas, yo aquí tampoco existo como originalmente fui alguna vez.

El Profesor de universidad se quedó en otra realidad. Y yo, aquí, me permito satisfacer mis necesidades también.

La abrazo y eso la toma por sorpresa.

—Profesor...

—No... —La corrijo— Eren...

—Eren... —exhala finalmente.

Escucharla llamar por mi nombre me reconforta. Dejo escapar un largo suspiro que llevaba viviendo en mí desde hace años. Crecen mis ansias por mezclarla con ella en este sueño.

Le acaricio la espalda, el cabello. Ella palpa todos mis músculos, uno a uno. Repasa con sus diminutos dedos mis hombros y mis brazos. Luego, tras varios minutos de exploración, la tomo por los hombros para poder admirarla. Envuelvo su rostro con mis manos. Sus ojos están humedecidos, su boca temblorosa, las mejillas encendidas.

Paula cierra los ojos. Sus pestañas son increíblemente largas; algo de lo que jamás me percaté en la Paula original. O puede que esas pestañas nunca existieran en la Paula anterior y sean un distintivo exclusivo de esta nueva materialización de su ser.

Me llaman sus labios. Una irreprimible sed me carcome la garganta. Mis labios me exigen, me ordenan alcanzar su carnosidad.

Me acerco a ella y, a partir de eso, todo se vuelve confuso y hermoso. Una combinación de sin sentido y de placer.

Paula levanta los brazos y yo la ayudo a deslizar la sudadera fuera de su cuerpo. Debajo no lleva nada, igual que cuando me la encontré en el salón de clases. Sus escasos y puntiagudos pechos, sus costillas recelosas, su ombligo de botón, su pálida piel...

Nos examinamos con detenimiento. Me esfuerzo por comprender cómo algo tan delicado puede funcionar en un mundo tan caótico como este. Quiero asegurarme de que, aunque no vuelva a esta dimensión, voy a recordar para toda la vida la forma en que está conformado el cuerpo de esta nueva Paula.

Nos ahogamos en un mar de besos y caricias, durante una cantidad indefinida de tiempo. En más de una ocasión me toma por sorpresa la pasión desmedida con la que Paula arremete contra mis labios y mi cuerpo. Su aura es de aprendiz, más sus movimientos demuestran cierta maestría. Sabía que eso debía de hacerme ruido, pero, en ese momento, tan solo pude agradecer que se entregara por completo a mí.

—Eren...

Cuando menos me doy cuenta estoy sobre ella. Sus rojas rodillas se abren lentamente, sin prisas. Sin miedo.

—Voy a hacerlo... —le digo.

Ella asiente con los labios apretados y lentamente voy deslizándome dentro de ella.

En cuanto llego al fondo, todo el calor y la humedad se me suben a la cabeza. Gradualmente nos envuelve una cortina de vapor. Me empiezo a mover. Voy lento. Muy lento. Antes que nada, quiero memorizar cada pliegue dentro de ella. Quiero saber cómo está conformada, como está estructurada.

Luego, cuando ya estoy familiarizado con su interior, aumento la velocidad conforme sus palabras (transformadas en gemidos) me lo piden.

Con cada embestida que doy los nudos de angustia se deshacen.

Siete años...

Siete malditos años.

No se trata tanto de la acción en sí. Lo que yo buscaba por tanto tiempo iba más allá de lo carnal.

Quería pertenecer. Entregararme y pertenecer.

Hoy, en esta realidad lo he logrado. He podido por fin librarme de siete años de tortuoso peregrinaje. Siete años de naufragar en espesos mares de petróleo y espinas.

—Eren... —suspira Paula en mi oído. Me abraza con fuerza. Sus dedos rasgan mi espalda, dejando líneas rojas que se deslizan como ríos.

Esta Paula también parece librarse de algo cada vez que me recibe dentro. No sé cómo estoy tan seguro de eso, pero sé que es así. Me doy cuenta de que el camino que recorrió para llegar hasta mi fue tortuoso. Aunque sus años son escasos, sé que ha sufrido tanto como yo; si no es que más.

De ser posible me gustaría existir más tiempo en esta realidad, hablar con ella. Indagar sobre su vida y saber todo por cuanto pasó.

—Paula...

El pensamiento de que esta puede ser la última vez que yo pertenezca a algo y alguien, desata una enervante adrenalina que me hace embestirla con más fuerza. Siento que cada vez estoy más adentro, que cada vez llego más lejos.

Me aferro a Paula, la embisto aún más rápido dispuesto a terminar. Nuestras pieles estallan. Coloca sus brazos detrás de mi cabeza y me abraza con fuerza contra su clavícula. Su boca queda junto a mi oreja.

—Lo quiero —susurra— Lo quiero mucho.

Yo, por respuesta, solo pude moverme aún más aprisa. Mi corazón explota dentro de mi pecho.

«Voy a tener un infarto. Moriré aquí encima de ti.»

Paula, como si leyera mis pensamientos, asiente.

«Entonces hay que morir juntos; aquí y ahora...».

Sus brazos se afianzan a mi cuello. Acelero la marcha hasta que no puedo más y exploto...

El semen la llena por dentro y, a cambio, su gemido me transmite algo que se filtra por las paredes de mi corazón hasta llenarme entero también.

«Sígame abrazando... no me suelte».

Me habla de nuevo sin mover los labios. Yo obedezco. Endurezco mi abrazo, temo mucho volver a perderla. Su estremecimiento retumba en mis huesos. Su pecho se pega al mío. Escucho los latidos de su corazón y ella escucha los míos. Laten al mismo ritmo y con la misma intensidad.

«Es imposible».

—No lo es —susurra en mi oreja, entendiendo mi silencio— No lo es...

Guardo silencio, aprieto los labios y empiezo a llorar.

Y lloro durante mucho tiempo.

De nuevo hay un salto en el tiempo.

Estoy acostado y hay algo muy suave encima de mí. Algo que tiembla.

Todo está oscuro. De las sombras siguen emanando pulsaciones. Pulsaciones que me remueven de forma distinta, que me relajan con suaves ondas, que me indican que estoy en un lugar desconocido pero seguro.

Hay humedad en mi cuerpo. Por todas partes. En mis brazos, mi abdomen, mi espalda, mis piernas... Es, en realidad, humedad remanente. Como los restos de sudor que se quedan después de correr.

Quizá, efectivamente, acabo de llegar de correr. Siento ese dolor placentero que se queda después de una larga y satisfactoria sesión de ejercicio.

Aunque algo no cuadra...

¿Cómo explicar entonces ese bullo suave que tiembla encima de mí?

—...

Percibo entonces más humedad. Una humedad fresca y continua. Es el lecho de un río cristalino. Frío, constante. Se desliza por mi clavícula y viaja por mi cuello.

Llanto.

Es Paula. Está encima de mí, llorando.

Es un llanto silencioso que exhala en agudas ventiscas hacia mi oreja. Es un llanto doloroso, lleno de lamentaciones. Un gemido visceral que le desgarra la garganta.

Es, también, algo que ha estado guardado en ella desde hace muchos años.

¿Cómo es posible que alguien tan joven tenga heridas tan profundas?

¿Cómo es posible que alguien pudiera causar tal devastación en su alma?

La abrazo.

Entonces Paula se deja ir. Sus ojos se vuelven cascadas de lamentación. Sus brazos se aferran para no caer en el abismo.

Se estremece y llora. Llora durante horas. Y yo...

Yo la escucho hasta que se duerme.

Solo entonces me permito dormir también.

DESPUÉS DEL SUEÑO

Un humano

Un estrepitoso sonido me despierta.

Estoy mareado. Me enoja un poco sentirme así. Tardo en recordar que la noche anterior me bebí toda una botella de tequila.

De nuevo se oye otra serie de sonidos metálicos. Son los trastes de la alacena. Suena como si algún gato estuviera desacomodándolo todo con sus pequeñas patitas.

—Oh no... ¿Dónde estará? —dice el gatito con una bonita voz.

El gato... ¿El gato?

Yo no tengo gato. ¿Entró alguno mientras dormía?

«Lo vio... ¿Verdad? Usted lo vio todo».

Entonces de súbito, me llegan recuerdos del sueño que tuve anoche: Paula.

¿Por qué de repente me obsesiona tanto una muchacha así?

«Sígame abrazando... no me suelte»

Paula...

«Entonces muramos juntos; aquí y ahora...».

Me incorporo de golpe. Estoy desnudo sobre el sillón. La cobija que en realidad debería estar en mi habitación, ahora está cubriendome la parte baja del cuerpo.

Examo mis manos. El sueño que tuve fue tan real...

De nuevo percibo un ruido en la cocina que me alerta. Volteo hacia atrás para ver de qué se trata.

Entonces por la pared se asoma una pequeña cabecita.

—¡¿Paula?!
—¡B-Buenos días...! E-Eh... ¿Lo desperté? L-Lo siento yo... Eh... Solo quería prepararle algo de desayunar... —Se queda con los labios apretados mirando el suelo— Por favor... Solo espéreme ahí.

Desaparece y vuelve a escucharse el ajetreo en las alacenas.

—Entonces... ¿no fue un sueño...? —Murmuro— ¿O sigo soñando...?

Bajo los pies del sillón, coloco los codos en las rodillas y recargo la cabeza en las manos.

Su gemido, su cabello, sus pecho, su calor... La humedad de su interior.

Si pienso en todo eso soy capaz de revivir los hechos con absoluta nitidez. De hecho, pensándolo bien, sería aún más difícil creer que aquello no pasó.

Entonces es así... aquello realmente sucedió.

—¡Un momento más! —Gritó Paula desde la cocina— ¡Ya v-voy!

¡Oh, no!

No, no, no, no, no, no...

¿Por qué lo hice? ¿Fue el alcohol? ¿La calentura? No, no. No hay justificación que valga en esta situación. ¿Cómo voy a encarar mi grupo ahora? ¿Cómo voy a afrontar a la sociedad? ¡Pero es que no lo entiendo!

Para empezar... ¿Qué hacía ella aquí? ¿Cómo dio con mi casa? Y también... ¿Por qué hizo... eso?

Yo no la obligué... ¿O sí?

No... No...

Estoy seguro de que todo lo hizo por voluntad propia. Ella me entregó más que su cuerpo, derramó su alma sobre mí y yo la absorbí como una miel que me sosegó el corazón.

Debería llorar, pero no puedo. Anoche lloré y me vacié por completo. Esas lágrimas estuvieron dentro de mí acumulándose durante tantos años... Creo que no podría llorar así de nuevo en toda mi vida.

Y lloré porque encontré en Paula algo que ni siquiera sabía que me hacía falta. Algo hermoso y esencial que no llegó por destino. Esto que encontré en ella es tan único que solo pudo haber sido obra de una absurda suerte. Una imposible probabilidad que terminó cumpliéndose.

Por eso lloré.

Paula también lloró larga y amargamente. Jamás había escuchado un llanto así...

—Profesor...

Paula se para frente a mí. La veo preocupada. Sus ojos centelleantes me aturden.

¿Estoy enamorado de Paula?

Me hago la pregunta por mero protocolo, pues la respuesta se pavonea ante mí. Me aplasta con la fuerza de una enorme obviedad.

—¿Se encuentra bien, Profesor?

—Eren —le digo con una débil sonrisa— Dime Eren...

—L-Lo siento... —duda mucho en continuar— S-Se... ¿Se encuentra bien... E-Eren?

Me hace tan feliz escucharla llamar me por mi nombre.

—Si... Paula. Estoy bien.

Saboreo la pronunciación de su nombre. Yo ya la había llamado así con anterioridad. De todos modos, resonó diferente en ese momento. Quizá porque no estábamos en un salón de clases.

—Le... Le traje agua.

—Gracias.

Me bebo el vaso en dos segundos y dejo el trasto vacío en el suelo.

—¿Quiere más?

—No, gracias...

La expresión de Paula cambia de improviso. Su rostro enrojece y me da la espalda.

—¿Qué sucede?

—E-Entonces es verdad... —susurra.

—¿Eh? ¿Qué cosa? —pregunté.

—Que... Uhm... los hombres, en la mañana... uhm...

Entonces caigo en cuenta: Estoy completamente desnudo. Y, aunque la sabana me cubre, mi erección es bastante obvia.

Mi rostro imita el de Paula y enrojece a más no poder.

Me envuelvo en la cobija y corro avergonzado hacia mi habitación sin decir nada.

Mientras me alejo escucho la risita ahogada de Paula. Me enternece escucharla. Nunca la había visto así de divertida.

Fue entonces cuando se me ocurrió que, aun en el caso de que todo esto fuera producto de un sueño extremadamente realista, seguiría prefiriendo a la Paula de esta dimensión. A la Paula completamente humana con necesidades humanas.

—Es como yo... —pienso.

Porque, aunque debería ser obvio, durante mucho tiempo olvidé que yo también soy un humano con necesidades humanas.

Solo un cereal

Esta vez, cuando bajo las escaleras, estoy vestido adecuadamente.

Paula está sentada en la mesa, en el mismo lugar donde me puse a revisar la novela que encontré en su mochila. Enfrente tiene el libro.

Aunque ya estoy en los últimos escalones Paula no se percata de mi presencia. Sigue mirando fijamente la novela.

Me coloco detrás de ella. La llamo por su nombre tres veces hasta que por fin reacciona. Sea lo que sea que estuviera pensando, estaba muy concentrada en ello.

—¡Ah! Profesor... —dice levantándose aprisa. De inmediato se lleva una mano a la boca— ¡D-Digo! ¡E-Eren!

»Eren... Le... le preparé el desayuno.

—¿Desayuno?

Se dirige a la cocina. Yo aprovecho para contemplar la portada de la novela *La llave de Porcelana Carmesi*.

Sigue siendo curioso que Paula tenga tanto interés en un libro como ese, pero ya no lo veo tan inverosímil.

Cuando me giro hacia atrás, veo que Paula se acerca hacia mí con un bol en sus manos. Mueve la novela a un lado y coloca el bol en su lugar.

—Debe tener mucha hambre... —dice con suavidad.

Miro hacia el bol con cereal y leche. Estoy a nada de reírme. Mirarla y comprobar la seriedad de su rostro, no hace más que conmoverme aún más. Realmente puso empeño en esa preparación.

—Lo siento... —dice consternada— No se cocinar

—No te preocupes.

Le sonrío y me siento.

—¿Y tú? —Pregunto acordándome de repente— ¿No tienes hambre?

—N-No... —Sacude las manos ruborizándose— Yo... Yo ya... Bueno,

Me dio mucha hambre en la mañana y.... bueno... ya comí un cereal.

—Ah.

—S-Siento haber invadido su cocina...

—No pasa nada —le digo sonriendo.

Me commueve tanto. Se disculpa como si se hubiera robado todos los ahorros de mi vida.

—P-por favor coma.

—Gracias.

Rodea la mesa y se sienta en la otra orilla de la mesa.

Tengo tantas cosas que decirle y preguntarle. Pero, por ahora, me conformo con disfrutar el hecho de que, por primera vez, alguien me prepara un alimento.

Si. Aunque sea solo un cereal.

Algo valioso

—Paula... Necesito que me digas algo.

Seguimos sentados en la sala del comedor. El bol, ahora vacío, está en el fregadero. Paula me mira sorprendida, luego clava los ojos en la mesa.

¿Tendrá al menos idea de todas las cosas que me pasan por la cabeza? ¿Sabrá que me enamoré de ella? Ahora mismo, aunque sé que es incorrecto, la idea no me perturba.

«¿Y si renunciara a la docencia? ¿Y si solo me dedicara a amarla?»

La necesito.

La necesito en mi vida.

Lo que sentí anoche fue una revelación abrumadora y trascendental. Aunque recientes, todos estos sentimientos se asientan con naturalidad en mi pecho.

¿Pero cómo sé si yo soy de verdad lo que necesita Paula?

Si fuera por mí, la mantendría a mi lado por el resto de mi vida. Por supuesto, porque eso me conviene a mí. Porque yo ya viví muchas cosas, experimenté todo tipo de situaciones con todo tipo de personas. Por eso sé que Paula es lo que necesito.

«Tiene veinte... Sigue siendo una niña...».

No. No es así. Ya no es una niña.

La Paula que descubrí anoche...

Esa Paula no se comportó como una niña. Se comportó como una mujer, como un humano con necesidades. Y yo también. Somos iguales...

¿Lo somos?

Aún debo aclarar varias cosas en mi cabeza. La primera de ellas es...

—Paula... ¿Qué sucedió anoche exactamente?

Paula baja la cabeza. Sus hombros tiemblan. No puedo verle las manos pero, a juzgar por lo tensos que están sus brazos, intuyo que las aprieta con fuerza sobre su regazo.

—¿De verdad no lo recuerda? —El tono de su voz me toma por sorpresa. Tiene un ligero sabor a reproche— ¿Estaba tan borracho que no lo recuerda?

Levanta la mirada y arroja hacia mí un ceño ligeramente fruncido. Es la primera vez que le veo esa expresión. Parece un gatito molesto al que no le dejan dormir su siesta en paz.

—No es eso... Se lo que hice —Carraspeo— Lo que hicimos.

»La verdad es que recuerdo todo a la perfección. Es solo... No comprendo. Hay muchas cosas que no comprendo ¿Cómo sabías dónde vivía? ¿Por qué...? ¿Cómo llegamos a... eso?

»Eso... Aquello... Fue, de hecho, muy lindo pero... ¡Y además!...

»Además...

»Hace varias semanas que no vas a la universidad ¿Por qué desapareciste? ¡No entiendo nada de lo que sucede...!

Conforme voy pronunciando oraciones, menos tengo claro lo que quiero expresar. Así que al final, entre balbuceos, desisto en mis intentos por hacerme entender.

Paula se me queda viendo con curiosidad. Analiza lo que acaba de escuchar. Su rostro está en blanco, como preparándose para mostrar la expresión adecuada a sus palabras.

—Entiendo...

Se queda en silencio. Es evidente que quiere seguir hablando, pero, por algún motivo, no lo hace. Cuando al fin se decide, las palabras que usa son lentas, espaciadas, calculadas. Llenas de una seguridad muy dulce.

—Anoche... —dice— Anoche pasaron muchas cosas...

»Para mí... Bueno... Para mí también fue lindo. Fue... Nunca había sentido algo así. Con nadie. Y... Bueno...

»Sé que tiene muchas dudas y hay muchas cosas que quiere saber. Pero, por ahora... por favor... le pido que se conforme con la respuesta que le voy a dar. ¿Sí?

Paula me dirige una mirada atenta. Llena de rubor. Yo asiento lentamente.

—Lo quiero —suelta mirándome a los ojos.

»Lo quiero desde hace mucho. Desde que lo vi entrar al salón de clases por primera vez hace un año.

»Quizá yo no lo tuviera tan claro en ese momento. Pero después me di cuenta. Siempre estaba pensando en usted. Siempre preguntándome qué era lo que pasaba por su cabeza, preguntándome qué estaría haciendo, con quién. Cuestionándome por qué se rasca la barbilla dos veces cada vez que alguien le hace un cumplido. Intentando adivinar dónde compra los suéteres que lleva en los días fríos.

»”¿Tendrá novia? ¿Estará comprometido?” son cosas que me pregunté un montón de veces. Incluso llegue a inventarme historias en mi cabeza en las que usted era un viudo solitario y yo una mariposa que entraba por su ventana, y le espolvoreaba los días de felicidad.

»Me quedó claro que no estaba casado porque nunca le vi un anillo. Se volvió mi manía observarle las manos. Tenía mucho miedo de que un día apareciera una argolla en su dedo.

»Mis primeros semestres en la universidad no fueron lindos. Pasaron muchas cosas. Estaba sola, sufría mucho. No importaba a donde mirara... todo el brillo que había en los demás me cegaba, me dejaba desconcertada, confundida.

»¿”Qué soy? ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me siento tan vacía?”

»Honestamente... Honestamente no creí soportar tanto. Pero lo hice. Y de verdad no sabe cuánto me alegro de haberlo logrado. Porque entonces llegó el cuarto semestre y usted comenzó a darnos clases y, en serio, ahora no puedo pensar en una mayor tranquilidad, que la de verlo entrar al salón cada tarde.

»Me encantaba estar en sus clases porque usted llenaba todo con su luz y su buen humor. Además, me trataba como a todos, me hacía sentir que mi existencia era igual de importante que la de los demás.

»Hasta entonces yo no pensé que mereciera algo así.

»Por aquel tiempo nos cruzábamos muchas veces fuera de clases ¿Recuerda? Hablábamos mucho y hasta me dejó verlo tocar batería una vez.

»Yo... Yo fui muy feliz en esos días ¿Sabe?

Paula alza la mirada hacia mí, entorna los ojos y me da la más cálida de sus sonrisas. Luego, las comisuras de sus labios descienden de nuevo y sus ojos vuelven a la mesa.

—Después... no sé qué sucedió. Nos fuimos distanciando. Llegó el quinto semestre. Todo se oscureció tanto para mí que de verdad llegué a pensar que usted había sido solo una bella alucinación que yo me inventé.

»Lo extrañé tanto. Me dolía pensar que antes podía verlo casi a diario y luego, de repente, todo me fue arrebatado de golpe. Hice un esfuerzo y me obligué a olvidarlo, a convencerme de que no lo necesitaba.

»Fue así, de ese modo, que durante el quinto semestre yo terminé relacionándome con gente... con personas a quienes nunca debí haber conocido.

»Pero...

»Pero luego inició el sexto semestre y nos volvimos a encontrar.

»Solo entonces me di cuenta de lo mucho que lo extrañaba y de lo mucho que lo necesitaba. Quería estar cerca de usted... No como Alumna... No...

»Como algo más.

Se calla por un instante. Yo, en ese breve interludio, olvido como respirar.

—Y yo... —me dice— estaba a punto de confesarle mis sentimientos a usted. Solo que... un día antes de que pudiera hacerlo... usted...

»Bueno, usted me encontró en el salón d-de clases... Y-ya sabe... Así...

»Y entonces... Desde entonces pasaron más cosas, pero por ahora no puedo explicarlo todo.

»Por eso hoy tan solo quiero que sepa que estoy enamorada de usted. ¡Que he estado enamorada de usted desde hace un año! ¡Es lo único que debe de saber!

El silencio se asienta en la casa como una pesada placa de acero.

Me tiemblan las manos.

¿Cuándo fue la última vez que me temblaron así? El fragor de las llamas en mis venas me sobresalta con cada latido. La frente me quema. Mi estómago tiene una sensación rara. A mi pecho lo opriime un caótico hormigueo...

Es...

Es como sentir el amor adolescente.

Creo que ahora comprendo un poco más las cosas. Y me doy cuenta de que, así como ella, yo también guardaba sentimientos similares desde hace un año. Un sentimiento disfrazado de curiosidad.

Entonces eso explicaría porque fue tanta mi preocupación por ella y porque son tantos mis deseos de procurarla.

Sin embargo... Aunque todo esto aclara muchas cosas. Aunque esta Paula es otra Paula, y aunque yo ya no soy el mismo, nada cambia el hecho de que, en esta realidad, sigo siendo un Profesor y ella sigue siendo una Alumna.

Por más que yo desee esto, por más que la desee como a nada. Por más que sepa que esto es lo que necesito para ser feliz yo...

Esto no es correcto. Debería huir, alejarme. Terminar el semestre y renunciar a la docencia. Irme a otra ciudad. Solo así ella podría olvidarme, terminar la universidad, convertirse en alguien de bien. Y yo podría...

—Soy una persona horrenda... —le digo.

—¿Eh?

Paula baja la guardia. Sus brazos quedan a sus costados. Me mira impactada como si le acabara de revelar el secreto de la vida eterna.

—Paula... Las personas, en especial los adultos, somos seres horribles. Todos, incluido yo. Yo soy alguien que ha hecho cosas horribles. Te lo digo porque quiero que te des cuenta de lo que está pasando y así entiendas el peso de la decisión que estoy por tomar. No es que me esté justificando, pero es que...

Paula se queda muy quieta. Intenta discernir hacia qué rumbo van mis divagaciones.

—Paula... Anoche...

»Anoche tuvimos sexo... Y fue algo... Algo que nunca debió haber ocurrido. Algo inmoral. Es imperdonable para mí, que siempre me he sentido orgulloso de mi trabajo, de mi profesionalidad. Me siento como un gran pedazo de basura. ¡Peor que eso!

»Si te soy honesto Paula, siento que me he aprovechado de ti, de tu debilidad, de tu juventud...

»Ahora mismo lo que tendría que hacer es olvidarme de ti, de todo esto que sucedió. Escapar de la ciudad. No volver a verte jamás. Y tú deberías olvidarme también y seguir tu vida...

—No puede hacerme esto —reclama Paula entre balbuceos.

Comienza a llorar. Aprieto los puños.

—Tienes razón —le digo.

Gruesas lágrimas brotan incansables por sus mejillas de porcelana.

—Tienes razón —insisto— No puedo hacerlo. No puedo hacerte esto.
No puedo hacerlo.

—¿E-Eh...?

—No puedo hacerlo por todo lo que ya te dije antes. Porque soy una persona horrenda. Porque no tengo la fuerza de voluntad para hacer lo correcto.

Me levanto y camino hacia Paula. Ella, sentada, me observa desde abajo, desconcertada. La tomo por los hombros.

—Escucha... No sé qué demonios es lo que me pasa. No entiendo cómo es que de pronto todo sucedió tan rápido. Pero tampoco soy tonto. Sé que si ahora mismo hago lo correcto me voy a arrepentir toda la vida.

»Porque, Paula, este humano horrendo y despreciable que ves frente a ti encontró algo valioso en tu persona. No sé cómo explicarlo, ni siquiera sé si sea posible decirlo con palabras. Solo sé que ahora eres para mí muy importante y no te quiero dejar ir.

Sus ojos se abren aún más. En cuanto escucha la palabra “valioso”, algo se enciende en ella. Como si añorara un viejo recuerdo o como si aquella palabra tuviera un significado especial. Suspiro aliviado al comprender que, de alguna manera, ella sabe que es lo que trato de transmitir.

Se sorbe la nariz, seca sus lágrimas.

—¿Puedo abrazarlo?

Abro mis brazos y, con un solo y ágil movimiento, Paula se hunde en mi pecho.

Charla en el restaurante

Son las once de la mañana y voy en el asiento trasero de un taxi en camino a un restaurante. Paula está sentada a mi lado.

Hace un rato le sugerí comer fuera y enseguida se disculpó por el cereal que me preparó. Me extrañó ver lo afligida que estaba, como si alimentarme fuera su obligación.

Vivo solo desde hace varios años, y en esa casa no hay nadie más que yo mismo para atender mis necesidades. Por eso, aunque se trate de algo tan sencillo como un cereal, su detalle me llegó al alma.

Lamentablemente eso no quita el hecho de que yo siga hambriento y (como me lo confesó en cuanto terminé el cereal) Paula también.

El lugar al que llegamos es discreto, alejado del bullicio citadino. Las mesas están muy separadas entre sí y de fondo suena jazz instrumental. Como es domingo el lugar está medio vacío.

Paula pide una hamburguesa y yo un filete con fideos. Ocasionalmente la miro mientras come. A pesar de su pequeña figura, tiene un apetito enviable.

Cuando terminamos el mesero retira los platos vacíos. Paula se queda solo con su refresco. Coloca los níveos dedos en el popote y le da un gran sorbo a la bebida. Mira hacia el centro de la mesa. Noto que, en su cabeza, sopesa todas las posibles formas de decir lo que quiere.

Se ruboriza.

—¿Sabe? Cuando me encontró... así, en el salón... —empieza a decir muy lentamente, pronunciando con cuidado cada sílaba— la verdad... la verdad pensé que mi vida había terminado.

También me sonrojo. La imagen de Paula con los pantalones abajo en el salón, salta al frente de mi conciencia.

—Si... —digo en un acto de reflejo. Tardo un poco en retomar las palabras— De todos modos, no debiste haber faltado así, por tanto tiempo. Tus materias, los profesores... Estás en peligro de reprobar el semestre.

Me detengo. En parte porque veo como Paula se hunde en su lugar, pero principalmente porque me siento muy raro pronunciando esas palabras. La verdad es que no tengo derecho a reclamarle nada. Ya no tengo ninguna autoridad para hablarle como profesor.

—Me preocupé mucho Paula. No quería que desaparecieras así por mi culpa.

Ella esboza una tierna sonrisa.

—No fue su culpa...

—¿Entonces...?

Se queda callada.

—¿Por qué desapareciste? ¿Por qué apareciste en mi puerta? ¿Cómo supiste mi dirección? —La noto abrumada, así que decido calmarme— L-Lo siento... Es que tengo tantas preguntas...

Mece su cabeza sonriéndome.

—Lo sé...

Se toma el tiempo para respirar y entonces, cuando está más tranquila, sigue hablando.

—Cuando Annette me dijo que había ido a buscarme al departamento donde vive mi madre... Pues, no sé, imaginé que usted no se quedaría con los brazos cruzados. Si había ido tan lejos como para ir hasta allá pensé que, tarde o temprano, intentaría buscar pistas sobre mí. — Levanta la mirada avergonzada, luego vuelve a clavarla en la mesa— Yo sé...

»Yo sé que no lo hizo porque fuera yo, sino que usted es así de bueno. Sabía que no iba a dejar que una de sus alumnas desapareciera así como así —me mira de nuevo esbozando una triste sonrisita— Así que por eso supuse que... bueno, supuse que tarde o temprano abriría mi mochila y encontraría el diario.

—¿Diario?

—¿Eh...? Si, el diario —responde acongojada— El diario, el cuaderno con forro de piel.

Suspiro.

—Así que era un diario. Si... Recuerdo que vi eso en tu mochila. Y si, intenté abrirlo pero, ninguna de las llaves que tenías encajó.

Paula niega lentamente.

—La llave estaba dentro de la lopicera.

—La lapicera...

Eso fue lo único que no revisé con detenimiento. Solo la abrí por un momento y la volví a cerrar.

—¿Puedo preguntarle algo? —me dice con algo de urgencia en su voz.

—Claro.

—Anoche... Cuando anoche llegué a su casa y le pregunté si lo había visto... ¿Por qué respondió que sí? ¿En qué estaba pensando cuando se lo pregunte?

»Yo pues, bueno, me refería al diario. Me daba tanta vergüenza pensar que lo había leído porque ahí hay muchas cosas que... hablan de usted. De mis sentimientos hacia usted. Y... ¡En fin! Como dijo que ya lo había visto pues yo... y me trató tan lindo cuando me vio en su puerta que, pues, yo... Por eso...

»Por eso hice lo que hice...

Estupefacto, me llevo la mano a la cabeza.

—Hace un rato, en su casa, usted dijo que era una persona horrenda. Aquí la única persona horrenda soy yo. Porque no fue usted quien se aprovechó de mí. Yo, en cuanto lo vi, supe que estaba borracho. Me acarició la cabeza, la oreja y fue...

Mientras escucho a Paula, revivo esos momentos en mi cabeza. Veo de nuevo su silueta frente a mí y recuerdo las cosas que pensaba mientras la invitaba a pasar a mi sala.

—¿Por qué respondió que sí, cuando le pregunté si lo había visto?

Paula clava sus pupilas en mí con la rotunda determinación de obtener la verdad. No iba a decirle que yo creí que se refería a su cuerpo desnudo en el Salón del 6A.

—La Llave de Porcelana Carmesí —Mentí, sintiendo que me ruborizaba— Había ciertas partes marcadas, y las leí todas. Entonces... fue eso... pensé que me habías preguntado sobre eso...

—¡A-ah...! Oh...

Un nuevo silencio nos separa, así que me entretengo mirando a los meseros atender a otros comensales. En eso, escucho que Paula inhala una gran cantidad de aire, la contiene unos segundos y luego la expulsa lentamente. Se aclara la garganta y habla:

—¿Puedo preguntarle otra cosa?

—Claro.

—Hace un momento dijo que había encontrado algo valioso en mi persona... ¿A qué se refería?

Se me seca la boca. Empiezo a sentir mucho calor. Agito el cuello de mi camisa para hacerme aire. Le doy un gran sorbo a la limonada. No tiene caso, mi boca sigue seca. No sé cómo lo hace. Pero en ocasiones Paula irradia una fuerza y una seguridad insospechadas.

Creí que Paula me había entendido cuando se lo dije en ese momento. Me va a dar mucha vergüenza explicárselo.

—Es decir... Creo que sé a qué se refiere... porque yo me siento igual que usted.

»Solo que... todo pasó tan rápido que...

»Y todo esto se siente tan perfecto que...

»Me aterra tanto que esto sea un sueño. Porque esto no es un sueño ¿verdad? Si de repente me despertara en mi cama... —suspira— No sabría qué hacer ¿Sabe?... Creo... Me volvería loca.

»Yo quisiera, de ser posible, estar con usted, así... mucho tiempo.

Silencio.

—E-Eren... No quiero ser su Alumna. No quiero que sea mi Profesor.

Ya no.

»Por eso, por favor... Necesito saber...—Toma aire y lo suelta de golpe— ¡Necesito saber si siente lo mismo que yo!

Me observa con determinación. Tiene los ojos fijos en mí y no me los quitara de encima hasta obtener una respuesta. Yo trato de pensar en una. Más no encuentro alguna que logre englobar todas las cosas importantes para mí. No es tan sencillo. No es tan fácil resumir todo lo que siento.

Entonces la expresión de Paula cambia drásticamente.

—No... —dice de repente. Apura sus palabras como si se hubiera acordado de algo— No diga nada todavía... Lea el diario. Entonces, solo entonces, déme una respuesta. —Niega lentamente— No soy tan buena como cree, ni tampoco tan ingenua.

»Antes de que diga cualquier cosa quiero que me conozca bien. Que sepa cuál es la verdadera Paula. Que sepa cuáles son mis defectos, mis pesadillas, mis miedos. Quiero que sepa todas las heridas que guardo dentro.

»Y Claro. También quiero... Quiero que sepa cuáles son mis sueños así que...

»Lea el diario por favor.

EL DIARIO DE LA ALUMNA

Sr. Rivera

Es lunes de nuevo y la clase con el Grupo 6A acaba de terminar.

—¡Hasta mañana profe! —me gritan algunos chicos que salen del salón.

—¡Nos vemos!

Paula aún no regresa a la universidad y eso me llena el corazón de una profunda tristeza.

Mientras guardo mis cosas para ir a la siguiente clase, siento mucha pena al observar a los alumnos tan animados. Me deprime que Paula no esté integrada en ese ecosistema.

Un trío de chicas retocan sus maquillajes. Un grupo de jóvenes salen del salón soltando carcajadas. Una chica de cabello castaño se gira en su asiento para platicar con su mejor amiga.

En medio de esa enternecedora escena juvenil soy el único que nota la ausencia de Paula. ¿Qué estará haciendo ahora en estos momentos?

Ayer, después de comer en el restaurante la acompañé a su casa.

Vive en un residencial muy bonito de elegantes jardines. Su casa es color hueso y con amplios ventanales.

Es un lugar muy bonito pero, el hecho de que viva sola en esa enorme construcción hizo que sintiera un enorme malestar. La sensación que tuve al mirarla fue de desasosiego, como si contemplara un solitario y abandonado almacén.

Tenía tantas ganas de quedarme ahí con ella. No quería dejarla sola en ese sitio. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo así?

—Aún tiene muchas cosas que saber de mí —me dijo tras recorrer el caminito de piedra que llevaba a la puerta de su casa.

Llevaba su mochila color tinto colgada solo de un hombro. Apretaba los labios mirando hacia mi pecho, como buscando algo detrás. Quizá se muriera por averiguar el estado de mi corazón.

Entonces Paula se quitó la mochila, la colocó en el suelo y la abrió. Sacó el diario, la llave y me entregó todo con un gesto rápido.

—Léalo, por favor.

Extendí las manos para tomar lo que me entregaba.

—¿Por qué...? —Fue lo único que atine a decir.

—Léalo —insistió— comprenderá todo... cuando lo lea.

Entonces entró a la casa, dejándose engullir por ese grotesco monstruo disfrazado de hogar.

Tras terminar la clase me dirigí a la sala de profesores a revisar algunos exámenes, pero no pude avanzar nada. Durante toda esta hora no dejé de pensar en Paula y en el contenido de su diario. ¿Qué secretos guarda? ¿Por qué tiene tanto interés en que yo lo lea? Es como si pensara que algo fuera a cambiar en mí después de leerlo. Tiene miedo de que yo vaya a rechazarla por algo que guarda dentro de esas páginas.

Yo lo dudo. Porque aunque ahora sé que Paula (la Alumna) no tiene nada que ver con Paula (la Mujer) dudo que haya forma en que yo pueda detestarla u odiarla.

La alarma de mi celular suena. Son las siete, hora de la última clase del día.

Necesito espabilarme. No puedo dar clases así.

Guardaré toda esta maraña de confusiones para cuando esté en casa. Así podré abandonarme a mis pensamientos y ahondar en Paula con más tranquilidad.

Me cuelgo la mochila al hombro y salgo de la sala de profesores. Entonces veo un rostro conocido.

—¿Sr. Rivera? Buenas noches. ¿Qué hace por acá?

—¿Puedo hablar con usted un momento? —Y, antes de poder responderle, se da la media vuelta y se aleja a paso rápido— Sígame.

Laboratorios Jirden

Tras caminar durante varios minutos finalmente llegamos al gigantesco edificio administrativo donde, entre otras cosas, se hallaba rectoría y tesorería.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto al Sr. Rivera mientras subimos unas anchísimas escaleras. Como es tarde, ya casi no se ven personas por ahí.

El Sr Rivera se queda en silencio durante varios segundos y al final me responde de forma cortante.

—El rector quiere hablar contigo.

Ya estando en el segundo piso, avanzamos por un lustroso pasillo hasta llegar a una robusta puerta de roble. El color de la madera es de un color oscuro tan amenazante que, casi por instinto, estoy a punto de dar la vuelta. Grabado en una brillante chapa dorada está el nombre del Rector.

El Sr. Rivera toca dos veces, abre la puerta y hace un gesto para que yo entre primero.

En la oficina todo huele a piel y madera. La decoración es excesiva. Demasiado para ser la oficina de un Rector. Las dimensiones son como las de dos salones de clase y hay un enorme librero cubriendo por completo una de las paredes más largas.

Lo primero que veo al entrar es al Rector de espaldas, mirando de pie una enorme pintura que está colgada detrás de su escritorio. Es una pintura abstracta, de esas llenas de colores sin sentido que, seguramente, tienen un significado muy profundo que yo nunca podré entender.

Cuando por fin estoy junto al escritorio me quedo quieto. Estoy tan abrumado por esta extraña situación que no me atrevo ni siquiera a sentarme. Tengo la impresión de que, sin saberlo, acabo de implicarme en algo muy grave y que cualquier movimiento que haga puede ser fatal para mí.

—Tome asiento —me dice el rector, pero sigue dándome la espalda. Yo hago lo que dice y espero en silencio.

El Rector suspira y se da la vuelta hacia mí. Es un hombre moreno que debe estar en sus cuarenta altos. Su cuerpo es robusto y está enfundado en un pulcrísimo traje color azul marino. Se nota enseguida que el conjunto es carísimo, la tela tiene un brillo delicioso que le confiere un aura de superioridad. Su rostro es cuadrado y su ceja prominente. Pareciera que apretara los dientes, se le nota la mandíbula bastante tensa. Su cabello es muy negro y lo tiene engomado hacia atrás.

—Así que... usted es Eren —me dice. Se toma un momento para estudiarme. No disimula ni un poco el cómo me barre con la mirada. Me observa con escrutinio cada parte del cuerpo. Lo hace con tanta intensidad que me incomoda— ¿Sabe porque está aquí?

Yo muevo la cabeza de un lado a otro.

El Rector sigue de pie y no parece que de momento tenga intención de sentarse. Al ver mi gesto cierra los ojos y lentamente suelta aire por la nariz. Estira la mano hacia su escritorio y rebusca algo en el cajón. Aunque sus movimientos son lentos, noto de inmediato lo fastidiado que está. Como si tenerme ahí le molestara y quisiera deshacerse de mí cuanto antes.

—Tal vez esto le refresque la memoria —me dice aventando unas fotografías sobre el escritorio.

Primero, aquel montón de fotos no me hace ningún sentido. Luego, al verlas detenidamente, siento que la sangre del cuerpo entero se me congela. Mis venas dejan de transportarla, se queda estancada. Desesperado, por más que trato de inhalar aire no puedo. Mis pulmones no me responden.

Las fotos que veo ahí son de Paula y de mí. Muchas son de cuando estábamos en el restaurante. Pero también hay otras tomas de cuando salíamos de mi casa para tomar un taxi y, también, de la noche del sábado, cuando Paula llegó a mi casa mitad de la noche. ¿Exactamente desde cuando nos estaban persiguiendo? ¿Por qué?

—¿Sorprendido? No debería estarlo. Esto me pasa a menudo. Los paparazis son basuras que encomiendan sus vidas de porquería a extorsionar de esta forma. Cada dos o tres meses me llegan fotos de este tipo y me piden dinero por ellas.

Da un largo suspiro.

—En fin —dice hundiéndose de hombros— ¿Qué se le va a hacer? Si es consensuado, tampoco puedo hacer nada. No voy a estar detrás de los maestros como si fueran unos críos. Ellos ya están bastante mayorcitos para saber lo que hacen. Eso sí. Esto de pagar las fotografías por ellos es un favor que les sale caro, así que muchos han aprendido a ser más precavidos.

Con un movimiento ágil el rector se desabrocha el botón del saco y se sienta en su enorme silla de cuero. Pone los codos sobre el escritorio, cruza los dedos y los pega a su boca. No puedo verla pero se bien, por el ceño fruncido, que debe estar curvada hacia abajo. Su expresión de pronto se torna hostil.

—Lamentablemente debo informarle que ha cometido un error gravísimo al meterse con Paula.

—¿A-A... A que se refiere?

—¿De verdad no tiene una idea de porqué? ¿Sabe al menos a que se dedica la familia de Paula?

Yo, de nuevo, niego despacio. El rector suelta una risotada Y se levanta del asiento. Hace un gesto con la mano al Sr. Rivera y de nuevo me da la espalda para mirar la extraña pintura.

—La Familia Jirden es famosa por especializarse en el sector farmacéutico —comienza a decir el Sr. Rivera a mis espaldas— Cuentan con varios laboratorios a lo largo de la nación y han sido pioneros en grandes avances relacionados a la regeneración de la piel.

»Lamentablemente... hace unos años se vieron envueltos en una controversia.

»Al parecer un adolescente llamado Matías Omnos se reportó desaparecido y durante varios días hubo una intensa movilización para encontrarlo. Verá, la Familia Omnos es muy cercana a las altas esferas de la Iglesia Sacra, por lo que no se escatimaron recursos para dar con su paradero.

»Desafortunadamente, al final, Matías Omnos fue encontrado sin vida a las orillas de un lago. No encontraron signos de violencia y el cuerpo estaba completamente seco, así que a primera vista era imposible saber qué era lo que había ocurrido.

»Los análisis forenses determinaron que el criado había ingerido un medicamento que los Laboratorios Jirden se encontraban desarrollando en ese momento. Es decir, un medicamento que ni siquiera estaba a la venta. Por lo tanto, para los forenses resultó complicado determinar si el medicamento fue el causante principal de la muerte ya que se trataba de un compuesto nuevo para ellos. Tan solo se sabía que estaba en su sistema cuando encontraron el cadáver.

»Por supuesto que, de cualquier manera, se hizo responsable a la madre de Paula. Ella estaba a cargo del desarrollo de ese medicamento. Y, fue a partir de ese momento en que todo el caos comenzó.

»Durante varios meses la Familia Jirden se vio envuelta en un problema gigantesco. Por aquellos tiempos los Laboratorios Jirden pertenecían a un conglomerado de empresas farmacéuticas con enormes conexiones en la capital. Debido a todo ese asunto del niño, fueron expulsados y perdieron muchas relaciones importantes.

»Si los Jirden se salvaron fue gracias a la familia Love quienes consiguieron que el famoso abogado Sanler los representara en los juicios. Gracias a él, la madre de Paula salió bien librada de aquello.

»Sin embargo hace poco...

—El caso se reabrió. —interrumpió el Rector. Se giró de nuevo hacia mí, se abrochó el botón del saco y puso las manos sobre el escritorio— Las investigaciones se reanudaron. El panorama es complicado como podrá imaginar. Los medios de comunicación, en especial los de poca calaña como estos, harán hasta lo imposible por roer la carne de nuestros huesos.

Hace un gesto hacia las fotografías que están sobre el escritorio. Yo, a mi ritmo, trato de absorber toda la información que estoy recibiendo.

Recordé el día en que fui a aquel lujoso departamento. El como la Sra. Anette me pidió que no regresara a aquel lugar y la voz de la mujer que le gritaba desde dentro. En aquel momento recuerdo que me pregunté si no me estaba metiendo en algo que no debía; ahora sé que es así.

—El Sr. Rivera y yo mantenemos una relación estrecha con los Jirden desde hace muchos años. Tenemos intereses en común que pueden verse afectados si este juicio sale mal. No podemos arriesgarnos ni siquiera un poco. ¿Me entiende?

Yo asiento lentamente.

—Bien... —rodea el escritorio con las manos en la espalda y mientras tanto sigue hablando— Ahora quiero que comprenda algo y que se lo meta muy bien en la cabeza. Esta es la primera y la última advertencia que voy a hacerle:

»No vuelva a buscar a Paula.

»Si lo hace la próxima vez no seremos tan amables.

—Pero...

—No haga más preguntas —dijo el Rector. Mientras hablaba escuché que se abría la puerta y varias personas entraron en la oficina. Entonces todo se volvió obscuro. Me habían puesto algo en la cabeza, una bolsa de tela, y ya no veía nada— eso lo empeorara todo y usted se verá aún más implicado. Y no queremos eso ¿Verdad?

—¿Qué va a....? ¡Ah!

De pronto sentí que me jalaban la silla hacia atrás y caí en el suelo.

—¿Qué le acabo de decir? No haga más preguntas. Reciba en silencio esta segunda oportunidad que amablemente le estamos otorgando.

Alguien me jaló de las piernas hacia el centro de la oficina. A mí alrededor podía sentir la presencia de más personas.

¿Qué va a pasarme? No acabo de creerme lo que está pasando. Mi cuerpo está helado y sudo frio. Mi cabeza palpita con fuerza. Por más que intento dar alcance a lo que sucede, todo razonamiento se me escapa. No logro encontrar lógica al hecho de que el Sr. Rivera y el Rector me estén haciendo esto.

—Una última cosa... voy a otorgarle licencia de un mes. La va a necesitar. No se preocupe por sus clases, nosotros nos encargaremos de todo.

Y, dicho esto, una ráfaga de golpes cayeron sobre mí. Eran golpes duros y certeros, practicados una y otra vez para causar el mayor dolor posible. Por más que yo intentaba cubrirme no había forma en que sobreviviera a eso. Sentía los nudillos clavarse en mis costillas y las patadas perforarme los pulmones. En algún momento dos de los sujetos me tomaron de los brazos y me golpearon en el estómago una y otra vez, y yo me quedaba sin aire una y otra vez. Luego, cuando mi abdomen estaba adormecido por el dolor, me golpearon el rostro. Una y otra vez, una y otra vez. Aquellos sujetos se tomaban el trabajo en serio, como si quisieran dejarme blando y sin huesos. Sentí un chorro de sangre manar de mi boca y luego perdí el conocimiento...

Adiós Paula

Despierto de nuevo en el sillón de mi sala.

No sé cómo llegué aquí. Lo último que recuerdo es que estaba en la universidad y... ¿Fue todo un sueño? Soñé que estaba en la oficina del Rector y que recibía una paliza de varios tipos.

Me intento levantar, pero una punzada en la costilla me obliga a desistir. Un grito seco sale de mi garganta. Siento un ardor indescriptible en todo mi cuerpo.

Levanto la cabeza para intentar ver qué es lo que tengo. Imposible. El cuello me duele como si me lo hubiera torcido. No puedo moverlo de lado a lado sin que la cabeza me estalle de dolor.

«No haga más preguntas. Reciba en silencio esta segunda oportunidad que amablemente le estamos otorgando.»

Pasó. De verdad pasó.

Me quedo sobre el sillón absorbiendo el dolor. Las punzadas van y vienen. A ratos es solo un dolor muy fuerte, pero también hay ocasiones en que es tan insoportable que, aunque trato de gritar, no puedo. Solo me saltan lágrimas.

Siento como si me hubiera arrollado un camión. A momentos me invade la certeza de que voy a morir. De verdad siento que voy a morir del dolor. Me desmayo y me vuelvo a levantar. Así se me pasan las horas o los días. Mi percepción del tiempo se ha descompuesto por completo.

Mis ojos se van abriendo lentamente. Hay una tenue luz naranja pintando el techo de mi sala. Debe estar amaneciendo ¿O atardeciendo?

Me quedo mucho rato ahí contemplando el techo sin pensar en nada. Luego, cuando me siento listo, me voy levantando. Me logro incorporar sobre el sillón. Me quedo así, quieto, saboreando el tiempo hasta que caigo en cuenta:

El dolor ya no está.

No, no es eso. Es que más bien ahora el dolor es soportable, pero aun lo siento. Es un entumecimiento raro que me atenaza el cuerpo, pero al menos ya no me duele al punto de desmayarme.

Me observó las manos. Están rojas, llenas de rasguños y sangre. Mis brazos igual. Lentamente voy poniendo los pies en el suelo y me quedo así, sentado en el sillón.

A pesar del estado de mi cuerpo, mi mente aun lucha por procesar lo que me acaba de suceder.

La Familia Jirden, la muerte de aquel chico, el juicio...

Todo resuena como algo vago en mi memoria. Es muy probable que en algún momento hubiera escuchado de todo ese lío en las noticias, pero siempre he estado demasiado encerrado en mí como para darle importancia a cualquier cosa que pase en el mundo. Además ¿Cómo iba a relacionar algo tan denso con una alumna tan tímida como Paula?

Nunca me hubiera pasado por la cabeza que su familia estuviera metida en algo tan turbio. De hecho, algo me dice que Paula tampoco debe saber demasiado de todo eso. Quizá porque su familia la está protegiendo.

“No vuelva a buscar a Paula”

Paula...

Entre más me voy involucrando con ella, más cosas extrañas salen a la luz. Si sigo por este camino ¿A dónde voy a llegar? Desde un inicio las cosas no se han alineado para nosotros. Yo soy Profesor, ella mi Alumna. Esa debería ser razón suficiente para desistir en esta loca idea.

“Si lo hace la próxima vez no seremos tan amables”

Siento un escalofrío al recordar las palabras del Rector. Ahora no me queda duda de que realmente algo horrible puede suceder si hago caso omiso a esa advertencia. No son gente que se ande con juegos. No quiero ni pensar en las cosas de que son capaces el Rector y el Sr Rivera, ni tampoco en cómo es que llegaron a posicionarse en la universidad de ese modo. Nada de eso importa ya...

Tan solo...

Quizá sea lo mejor...

Esto. Esto solo fue un bonito sueño. Paula y yo estábamos destinados a conocernos y a unirnos en ese fugaz momento. Nuestros cuerpos, nuestras almas, encontraron algo valioso.

Si, aunque efímero, valioso, a fin de cuentas.

Debemos seguir, cada quien, por el camino asignado. Paula debe graduarse y yo, seguir dando clases como lo he hecho hasta ahora. Enfocarme en mis alumnos, en ayudarles a ser una mejor versión de sí mismos. En algún momento, quizá, encontraré a alguien. Alguien que también tenga ese “algo”. Una luz valiosa. Y ella también verá en mí algo valioso.

Por supuesto, ese alguien no será nunca una de mis alumnas. La vida es así, no puede ser de ese modo. Simplemente no puede.

“Léalo, por favor.”

Es verdad, recuerdo de pronto, Paula me dejó su diario.

Lentamente me pongo de pie y voy hacia la mesa. Lo veo enseguida, sobre esa superficie de madera. Me siento en una silla y coloco mis manos sobre esa libreta con forro de piel morado.

Todos los secretos de Paula están aquí. Todas sus reflexiones, y quizá hasta sus sueños, están grabados en cada una de estas páginas.

Pero no lo entiendo. No logro entender por qué Paula quería que yo leyera esto. Es demasiado personal, además...

“Aún tiene muchas cosas que saber de mí”

Eso dijo ella pero...

¿De verdad quiero saberlas?

Todo este asunto de los laboratorios me ha dejado con un mal sabor de boca. Me ha hecho sentir que yo existo en otro plano completamente distinto al de Paula. Mientras que yo llevo una vida común y corriente, ella se la pasa rodeada de situaciones que no a cualquiera le tocan vivir.

Tal vez, muy seguramente, inmersa en ese mundo tan diferente, ella termine encontrando a alguien que la va a hacer muy feliz.

Si.

Ella también encontrará a alguien que verá ese “algo” valioso en ella y ambos se complementaran. Seguirán por aquel camino hasta el final de sus días.

Y puede que con el tiempo nos olvidemos. Es decir, solo el sentimiento. Estos sentimientos se apagaran con el tiempo y ella, aunque recordara que cierto día, a sus veinte años, fue a la casa de su Profesor e hizo el amor, olvidara los sentimientos y las sensaciones. Y... y yo haré igual. Porque es posible ¿Verdad?

Yo también olvidare para siempre, en algún momento, las cosas que sentí con Paula. La forma en que su cuerpo se acoplaba al mío, la sensación de pertenencia, la inmensa felicidad. Todo se olvidara. Todo eso se olvidara.

¿Verdad?

Verdad...

Finalmente me decido. Cierro los ojos. Trato de ahogar el llanto, no quiero llorar, no me gusta llorar. Pero entre más trato de reprimirlo más abundantes son las lágrimas.

Me pasan muchas cosas por la cabeza. Miedo, rabia, impotencia. Pero, sobre todo, tristeza. Una profunda tristeza.

Pasan los minutos y cuando abro de nuevo los ojos estoy más sereno. Contemplo el diario de Paula. Al verlo, esa decisión que he tomado en silencio se reafirma:

No voy a leer el diario de Paula.

Acaricio el lomo de piel color morado. Es cálido. Quiero sentir esa vida una última vez. La vida de Paula.

Este es el adiós, Paula.

Todo va a estar bien.

Todo va a estar bien.

PARTE 5: VIDAS SEPARADAS

La carta de una Escritora

Eren:

¿Cómo se encuentra? Espero se encuentre bien de salud.

Primero que nada, quiero disculparme. No quería desaparecer así.

Estoy bien Eren. Algo mareada por todos estos cambios en mi vida, pero bien.

Ya han pasado casi dos meses desde que nos vimos por última vez frente a mi casa. Ese día le entregué mi diario y le pedí que lo leyera. ¿Ha tenido oportunidad de hacerlo?

Sé que son muchas páginas, pero de verdad es muy importante que lo haga. Solo así podrá hacerse un juicio sobre mi persona y decidir si desea seguir conmigo.

Quizá, al final decida no volver a verme y yo lo entendería.

En todo caso, quiera usted verme o no, le pido que lea esta carta hasta el final.

Ah. Qué fácil es expresarse aquí.

Me siento muy distinta a cuando trato de decirle cosas en persona. Aunque, extrañamente, esos últimos días en que nos vimos, pude expresarme mejor de lo que pensé. ¿Qué extraño no? Antes de que pasara todo eso... todo *esto*, yo jamás creí que pudiera acercarme tanto a usted. Es como si, de repente, usted se hubiera vuelto para mí una de las personas más íntimas en toda mi vida. Todo sucedió muy rápido. Y, aunque debería asustarme ese hecho, yo me siento muy cómoda y, sobre todo, feliz.

Aunque me hubiera gustado hablarle de frente para explicarle la situación en la que estoy, realmente no me habría sido posible.

Mejor así. Facilita mucho más las cosas en muchos sentidos. Aquí puedo expresar con sumo cuidado y exactitud todo mi sentir. Primero que nada quiero darle las gracias.

Gracias, gracias, gracias por todo.

Ya sé que esto suena triste y parece despedida, pero es que no... no tengo otra forma de decirlo.

Yo no quiero que esto sea una despedida. Sin embargo, físicamente, puede que sea así.

Mi intención no es desaparecer de su vida. Simplemente hay muchas cosas que tengo que resolver y cuestiones por las que no podré verlo durante un tiempo.

Ahora... ¿Por dónde empiezo?

Verá...

Hace varios meses se lanzó una convocatoria para un concurso de novelas promovido por Eleazar de Cos; mi escritor favorito de la vida.

Tras dudarlo un poco, al final terminé enviando una novela que escribí hace algunos años.

¿Sabe? Durante mucho tiempo odie ese manuscrito con toda mi alma. Cada vez que lo enviaba a concursos nunca recibía ni siquiera una mención honorífica. Solo que, como había muy poco tiempo, no me daba tiempo de escribir algo nuevo, así que terminé mandando esa novela.

Cuando releí todo para hacer correcciones, se lo juro que lloré.

No sé qué porqué, pero yo no recordaba que en esas páginas hubiera palabras tan valiosas. Había reflexiones que me dejaban sin respiración y chistes que me sacaban montones de carcajadas. De verdad no sentí que fuera yo la que escribió esa historia y la estaba disfrutando como nunca.

Aunque hice montones de correcciones, la esencia de la historia estaba ahí. Se mantenía intacta, brillando a la par del sol, titilando al son de las estrellas.

Envié el manuscrito sin ningún tipo de miedo ni ansiedad.

Si ganaba el concurso, bien, si no... Al menos pude dar forma a algo sumamente bello que me acompañaría por el resto de mis días. Y es que, al pensarlo con detenimiento, esbozar una creación así, de la nada, es milagroso.

Pasaron los días y con el tiempo olvidé que había mandado esa novela a un concurso.

Terminó el quinto semestre en la universidad, llegaron las vacaciones. Entonces, en un parpadeo, iniciamos el sexto semestre. Creo que ya lo dije, pero me sentí tan feliz cuando lo vi entrar al salón saludando a todos con su bonita sonrisa, arremangándose la camisa para abrir su computadora portátil y empezar a pasar lista.

Y así fueron sucediendo muchas cosas en mi vida. Muchas de ellas ya debe saberlas si leyó mi diario.

Entonces pasó aquel incidente. No sé por qué, pero fue usted, precisamente usted, quien me encontró haciendo cosas depravadas en el salón de clases.

A veces, quisiera que nada de eso hubiera pasado. Así usted tendría una imagen más pura de mí. Sería simplemente Paula Jirden, la alumna con buenas calificaciones y no una pervertida.

Hace dos meses, justo después de que le entregué mi diario, recibí la noticia de que la novela que envié al concurso de Eleazar de Cos, resultó ganadora.

Al ver los resultados sentí vértigo. Me quedé echada en la cama por horas intentando asimilar la idea.

¡¿Puede creerlo?! ¡Publicaran mi novela! ¡Empezaré a ganar dinero de la escritura! ¡Todo esto es...! ¡No sé cómo es que pasó!

Se lo juro que, hasta ahora, no entiendo cómo es que sucedió todo esto.

Es emocionante. Pero, al mismo tiempo, da mucho miedo.

He estado en muchas juntas, demasiadas. Y es muy cansado. ¡Pero conocí a Eleazar de Cos en persona! Casi me desmayo. Mis rodillas temblaron como no tiene idea.

Esto es tan surreal.

Eren... Esto no es una simulación ¿Verdad? Desde que me enteré de que gané el concurso he estado pellizcándome las mejillas para asegurarme de que no estoy soñando.

Podría hablarle largo y tendido sobre todas las cosas que han sucedido esta semana. No lo hago porque quiero ser concisa por ahora y porque quisiera, algún día, con mi propia voz, contarle todo lo que me ha sucedido.

Es por todo este asunto de la novela que no podré verlo. Solo será por un par de meses. Tres, a lo mucho. Al menos eso dice mi editora...

Ah. Si. Ahora tengo una editora.

Se llama Carmen. Es una mujer sumamente agradable. Es un año menor que usted, tiene el cabello de un castaño dorado muy bonito y tiene unos enormes labios que, cuando sonríen, te inundan el alma de paz. Su voz es dulce, sin embargo, sabe mantenerse firme ante situaciones no negociables. Me ha tratado muy bien y estoy muy a gusto con ella.

Ahora mismo estoy escribiendo desde un departamento que me prestó la Editorial. Y, bueno, estoy en otra ciudad. En la Capital para ser exactos.

Me han traído porque, ya sabe lo que dicen, la Capital es el corazón de la Nación de Xem. Aquí Carmen tiene todos sus contactos y, desde aquí, es donde llevaré a cabo todo este proceso de publicar mi novela...

Publicar mi novela...

Lo escribo y lo leo y suena irreal. Lo pienso y lo pronuncio y suena irreal.

¡Pero es real!

Eren...

Usted me esperará ¿Verdad?

Si usted llegase a encontrar a alguien más, yo... yo no sabría qué hacer. Supongo que rendirme. No porque quiera, sino porque es que es lo único que podría hacer.

A fin de cuentas, yo fui la que se marchó. Más no lo hago porque no quiera estar con usted. Lo sabe ¿Verdad?

Por las noches me han dado muchas ganas de salir de este departamento e ir a buscarlo. Tomar un avión, un autobús, un caballo ¡Lo que sea con tal de que me acerque a usted!

Una vez estuve a punto de hacerlo.

Angustiada me levanté de la cama, me puse una chamarra y tomé mi cartera de la mesita de noche.

Pero, en cuanto mi mano tocó el pomo de la puerta, escuché su voz...

Mi mano ya no se movió porque escuché su voz, Eren.

Era una voz que me decía que no debía desaprovechar esta oportunidad. Es algo que sé que me diría usted. Sé que no me dejaría tirar la toalla ahora que me encuentro tan lejos.

Usted lo aprobaría ¿Verdad? Aprobaría que siguiera aquí lejos aunque me duela y aunque le duela.

Porque esta separación le duele tanto como a mi ¿Verdad? Sé que le duelo por la forma en que me estrechó esa noche entre sus brazos.

Sé que sueno arrogante, pero necesito decirlo, necesito afianzar esa idea en mí. De que esa noche hicimos el amor no solo porque estaba borracho, sino porque me quería y porque de verdad, como usted lo dijo, vio algo valioso en mí.

Solo por eso no me he rendido. Solo por eso aún no he huido de la Capital. Todavía hay muchas cosas que tengo que hacer...

Quiero ser la escritora que siempre quise ser y, a la vez, quiero ser una mujer que tenga algo que ofrecerle. Tal vez así deje de verme como su Alumna.

Lo siento mucho ¡Pero ya no lo soy!

Soy una mujer. Una mujer muy enamorada que lo esperará hasta el final.

Así que ¿Me esperará usted también?

Escríbame en cuanto pueda por favor. Un mensaje, una señal, cualquier cosa. Tan solo necesito algo que me diga que usted no está enojado conmigo por esto que estoy haciendo. Así sabré también que usted me está esperando.

Por otro lado, si no desea verme de nuevo... aunque me deprimirá, le juro que lo voy a entender.

Pero... Independientemente de lo que decida, Eren, necesito que sepa algo:

Lo quiero.

Lo quiero mucho.

Lo quiero ahora, y probablemente lo siga queriendo, aunque usted me olvide.

PD: Tal vez le sorprenda un poco recibir esta carta por medio del Rector. Sé que esto no lo sabía, pero el Rector es un viejo amigo de mi madre y me prometió que le entregaría mi carta personalmente. Pasaron tantas cosas que no se me ocurrió otra forma de mandársela.

Anotaciones de un Baterista

6 de Octubre del 2074

Paula necesito verte de urgencia. Debo hablarte de algo. Es sobre el Rector. Esto es muy importante. He arrojado esta nota por debajo de tu puerta, cuando la encuentres destrúyela.

Estaré esperándote en el café donde hablamos la última vez a las 7:00 pm. Cuando salgas de casa cuida que nadie te vea.

16 de Octubre del 2074

Acabo de ir con Annette. Dice que no te ha encontrado en casa desde hace varios días. Estoy preocupado. Estaré esperándote todos los días en el café a la misma hora hasta saber algo de ti.

20 de Octubre del 2074

Paula... te extraño demasiado.

¿Qué ha sido de ti? ¿Dónde estás? ¿Es por el diario?

Aunque me había dicho que no iba a leerlo, al final lo hice.

Ahora no me queda duda alguna de que necesito verte y estar contigo.

9 de Noviembre del 2074

Seguiré dejándote estas notas debajo de tu puerta a pesar de que no sé si las verás alguna vez.

Pero no tengo otra opción, no sé qué más hacer.

Voy a seguir dejando notas hasta saber algo de ti.

14 de Noviembre del 2074

¿Sabes? Escribir de esta forma cronológica me recuerda mucho a tu diario. Puede que por eso siga haciéndolo. Me hace sentir cerca de ti. He releído tu diario un montón de veces. Lo resguardo en un lugar seguro hasta el día en que nos volvamos a ver.

20 de Noviembre del 2074

Hola. Hay algo que olvidé contarte:

Hace poco entré a una banda. Todos son unos músicos increíbles. El pianista es... ¡Jamás había escuchado un talento así de cerca! Creo que estudió música en la Capital. Tocaba en un grupo pop que ahora suena mucho en la radio, pero lo sacaron porque él quería darle tintes de jazz y a los demás no les gustó la idea. Es muy divertido estar con ellos. De todos modos, no dejo de extrañarte, Paula.
Regresa por favor.

26 de Noviembre del 2074

No puedo borrar de mi cabeza las cosas malas que te pasaron... Si tan solo hubiera llegado antes a ti... Sin tan solo hubiera sabido que pasabas por eso...

Nadie merece algo así Paula. Nadie. Y no eres rara. Lo que haces no es raro. Eres humana Paula. Y como humana que eres tienes necesidades. Ojalá pudiera abrazarte y decírtelo al oído.

25 de Diciembre del 2074

Me pregunto si algún día verás esto. Si no, al menos espero que sepas que te busqué incansablemente.

Me da algo de paz escribirte, aunque no sé si me leerás.

6 de Enero del 2075

¡Paula! ¡Te acabo de ver en la televisión! ¡Ganaste un premio! ¡Muchas felicidades!

Me di cuenta desde las primeras páginas de tu diario. Tienes un talento increíble para la escritura.

Aunque me siento un poco mal. Yo estaba tan seguro de que la universidad era tu camino y que debías seguirlo hasta el final.

Es que para mí fue así. Quizá por eso deseaba que fuera igual para ti.

Jamás se me pasó por la cabeza que pudieras tener otros deseos y ambiciones.

Sé que ahora vives en la Capital, pero seguiré dejándote estos mensajes.

Annette me dijo que esta casa sigue siendo tuya, que tu padre te la dejó, así que no pierdo la fe.

Puede que un día vuelvas.

15 de Febrero del 2075

Hoy compré tu libro. Tiene una portada muy linda.

Solo sigo sin comprender porque te cambiaron el nombre.

Ahora te llamas "Eva Edelgard". Suena místico y elegante.

No soy fan de las novelas, pero ya tengo muchas ganas de leer la tuya.

22 de Marzo del 2075

¡Paula! ¡Es increíble! ¡Tu novela es increíble! ¿Cómo es que no publicaste esto antes?

Imagino que te sucedió igual que con los trabajos de la universidad.

A pesar de ser tan inteligente, la inseguridad no te dejaba avanzar.

Pero Paula, tú no necesitas la aprobación de nadie para seguir adelante.

Aún no termino de leer la novela, pero es muy interesante. Me cuesta mucho detenerme y dejar las páginas.

1 de Abril del 2075

Tardé un poco más de lo que pensé, pero al fin terminé la novela.

Ah. ¿Habrá segunda parte? No puedo evitar pensarlo. Tanto el chico como la chica de tu historia parecen tener mucho que contar. O esa impresión me dio.

10 de Abril del 2075

Hoy por fin lo hice. Me decidí. Dejé mi trabajo de Profesor. Ya no quiero serlo. Sé que soy viejo y es arriesgado. Pero acepté la propuesta de mi banda para irme de gira con ellos.

En parte fue por tu libro, Paula. Durante mucho tiempo olvidé lo que yo era en verdad. Ahora lo veo claro:

Tú eres una Escritora y yo un Baterista.

Esta decisión fue también porqué... Tal vez no me sepa explicar, pero... es como...

Últimamente no sentía que era yo. Y finalmente entendí que estaba en el lugar equivocado.

24 de Mayo del 2075

Los días se han pasado rápido. Será porque estoy ilusionado.

No sé por qué, algo me dice que pronto vas a contactar conmigo. Sé que será así.

Espero ese día con ansias.

12 de Junio del 2075

Últimamente hay muchas mujeres que quieren salir conmigo, pero Paula, voy a esperar por ti.

No quiero volver a saber de otra mujer que no seas tú. Y es que lo que paso esa noche... No es algo que pueda o que quiera hacer con cualquiera. Ciento... Aun no teuento esa parte de mí. Rayos. Hay tanto que quiero decirte.

2 de Julio del 2075

Releí tu libro.

Se me ha ocurrido que quizás dejaste alguna pista para mí. Alguna seña. Pero hasta ahora no he encontrado nada.

De todos modos, aunque no haya nada, es increíble lo mucho que estoy disfrutando el libro a pesar de que ya lo leí una vez.

15 de Septiembre del 2075

No he encontrado nada en tu libro. Ninguna pista, ninguna seña de ti. Te extraño tanto. Sin embargo, parece que las cosas parecen ir bien para ti. Estás muy ocupada. Te he visto en muchos programas de televisión. He visto y leído varias entrevistas tuyas.

Creo que por eso me he resignado.

6 de Octubre del 2075

Ya pasó un año... Sigo sin saber nada de ti. ¿Es esto la despedida definitiva? Puede que sea así...

4 de Marzo del 2076

Acabo de ver en la librería que sacaste un segundo libro.

Creo que fui un ingenuo. Perdóname. Tal vez deba seguir adelante.

Paula.

Sé que nunca verás esto, pero oye...

Solo quiero tu felicidad y, al parecer, por ahora lo que tú necesitas es esto.

Ha sido tu sueño y debes seguirlo hasta el final.

Por nuestro bien, yo también seguiré mi camino.

Te quiero.

EPÍLOGO

Hasta el final

Paula Jirden está en el balcón del tercer piso del Hotel Grand Majestic de Agsa.

Desde arriba la ciudad se ve pequeña. Mucho más de lo que recordaba. En parte es porque se acostumbró a los enormes rascacielos de la Capital. No importa que tan alto se esté allá, siempre hay algo que te bloquea la vista.

En cambio, ahora, desde este balcón, Paula puede ver la ciudad entera.

Siente nostalgia.

Recuerda los tiempos en que vivía con su madre en el departamento. Desde ahí también podía verse toda la ciudad.

Se sorprende un poco al darse cuenta de que extraña a su madre. Es decir, a la mujer que en ese entonces era su madre. Poco después de que se publicara su primer libro, la madre de Paula se reunió con ella y le soltó el discurso de siempre sobre la humanidad, la ciencia y el progreso.

Hoy, Paula, entiende que no es que su madre no quisiera hablar de otra cosa, si no que no sabía hacerlo.

Ese día su madre le explicó que estaba arreglando los papeles para deshacer el vínculo familiar entre ellas. Incluso le pidió que se cambiara el nombre. Paula, por supuesto, lloró. Aunque nunca hubiera sido una madre, a Paula le dolió lo que hacía porque no lo comprendía.

Si al final pudo soportarlo fue porque, antes de despedirse, vio algo en el rostro de su madre. Algo más que indiferencia. Un resquicio de emoción, un atisbo de humanidad. ¿Qué estaría pasando por su mente en ese momento? Paula jamás lo sabría.

Pero, aunque ahora todo el mundo la conociera como la escritora Eva Edelgard, jamás dejaría de ser Paula. Paula Jirden.

Suspira.

A su derecha hay una copa de tequila. Le da un sorbo. Vuelve a recargar ambos brazos sobre el mármol. La noche es tibia y acogedora. Los bajos de su vestido color melón, revolotean ligeramente. En sus hombros desnudos recibe baños de luna.

—Cinco años —susurra.

Tras estar cinco años en la capital, jamás pensó regresar alguna vez a su ciudad natal. Si lo hizo fue por insistencia de Eleazar de Cos, que a su vez fue presionado por su excéntrico amigo Gillio Magnioni, quien rentó el hotel completo para dar su fiesta.

No la está pasando bien. Como ambos sujetos la dejaron sola, no dejan de abordarla hombres de todas clases. Borrachos, sobrios, feos, guapos, humildes, engreídos...

A ella no le interesa tener nada con nadie. Tan solo quiere concentrarse en el libro que está escribiendo ahora mismo.

Empieza a escucharse algo. Un agradable rumor.

Hay una banda en el piso de abajo. No es una canción que ubique, pero el sonido le es familiar.

Algo se remueve en su corazón. Siente que pasa por alto algo importante.

—Eren...

Es eso lo que tanto llama su atención.

La música. La música que suena le recuerda a Eren. Y recordarlo le causa dolor y angustia. Aun no entiende porque jamás respondió esa carta que le mandó con el Rector.

Apura la bebida y enseguida una mesera (como si hubiera estado esperando el momento) aparece de la nada, reemplaza la bebida y se aleja.

Paula asiente para agradecerle el gesto. Toma la copa recién servida y, a sorbitos, va tomándose la. Empieza a recordar todas las cosas que vivió con Eren:

Su voz clara y concisa mientras daba clases de mercadotecnia en la universidad. La forma en que tocaba la batería, contentándose con cada golpe y cada sonido. Las charlas, breves y escasas, que llegaron a tener y que, sin embargo, estaban impregnadas de una intensa intimidad.

La noche en que llegó a su casa y le acarició la oreja. El cómo la desnudó con calma y la besó con pasión. El cariño que entregó en cada caricia, el amor que le transmitió con cada embestida...

Finalmente, recordó el momento que lo cambió todo para los dos:

El día en que Eren la encontró desnuda en el aula del Grupo 6A.

La música siguió sonando y Eva... Paula Jirden se quedó escuchando esa música hasta el final.

Hasta el final.

Lo que tiene que hacer

—Vayan con cuidado.

—Igual tu Eren.

—¡Nos vemos, Eren!

—¡Adiós!

Eren se despide del resto de la banda. Los ve alejarse en la camioneta junto con todos los instrumentos. Ellos tienen que volver a casa. Sus novias y esposas los esperan. A Eren, lo único que lo espera es una cama vacía, así que decide quedarse en la fiesta a tomar un poco más.

El anfitrión, Gillio Magnioni, se entusiasmó mucho al verlos tocar. Felicitó especialmente a Eren, con quien hizo migas de inmediato.

—¿Sabe? —Le dijo Gillio— Su forma de tocar me recuerda mucho a una banda. Jill's Decode Band. Puede que no la ubique. Se separaron hace tiempo.

—¡¿Bromea?! ¡Me encanta esa banda!

Ambos se enfrascaron en una breve pero apasionada charla musical. Al final, Gillio le dijo que podía quedarse más tiempo si quería para beber y comer todo lo que quisiera. Eren no desairó la amable invitación.

Sentado en la barra del bar, Eren sonríe al pensar en cómo es que siempre entabla amistades con los anfitriones de las fiestas. Se le vino a la mente Dani, el chico bien parecido que organizó aquella fiesta en las cabañas. Fue ahí donde conoció a Casandra.

Ya pasaron muchos años, pero sigue acordándose de esa pequeña muchacha y de cómo se acurrucaron en la cama de esa cabañita a mitad del bosque. Recordaba sus charlas musicales y la forma en que lo miraba con fijeza a través de los anteojos cuando no estaba de acuerdo con su opinión.

—¡Eren! Eso. No. Es. Jazz. ¡Entiende!

Con la palma se esconde la risa que le da al recordarla. La forma en que se enojaba era tierna y graciosa a la vez.

Eren suspira.

Le pide al barman otro tequila. Y, aunque se le ve ajetreado preparando bebidas para los meseros, se da un tiempo y lo atiende con una sonrisa. Al mirarse, Eren se da cuenta de que el barman sabe a la perfección que el hecho de que sea el único sentado en la barra no es casualidad. Seguro que ha visto infinidad de hombres solitarios sentarse frente a él.

No tiene nada de malo, él es un hombre solitario.

En ese gran salón todos están en su propio mundo. Charlando y riendo con efusividad. Eren se siente demasiado ajeno a ellos. No es solo porque sean gente de una clase social elevada, ahora mismo podría encontrarse en un bar de mala muerte y sentirse igual. Hay algo mucho más profundo que lo separa del resto.

Se levanta.

Los últimos años su alcoholismo ha empeorado, pero esa noche en específico no se le antojaba beber.

Deja una buena propina al barman y se aleja.

Hay demasiada gente, necesita un poco de aire fresco. Sube por unas amplias escaleras que llevan al tercer piso. Ahí encuentra menos gente, pero el tumulto sigue siendo considerable. Atraviesa el salón y se encamina hacia unos enormes y altos ventanales que dan a los balcones principales del hotel. En dos de ellos hay varias personas riendo. Encuentra el tercero vacío y sonríe.

Lo primero que llama su atención es que, encima del barandal de mármol hay una copa a medio tomar. La levanta. Es de una chica. Lo sabe por la mancha de labial que hay en el borde. El color es intenso. Se quedó impregnado con fuerza, como tinta derramada sobre papel.

Eren suspira ante la imagen. Deja de nuevo la copa y contempla la ciudad de Agsa a sus pies.

La vista le recuerda la vez que subió a esos elegantes departamentos donde fue a buscar a...

—Paula... —ríe por lo bajo mientras mueve la cabeza de un lado a otro— Que idiota. ¿Por qué tuve que recordarla? Ya ni siquiera se llama así... ahora es...

»¿Eva Edelgard?

Recarga los brazos sobre el mármol y respira sin prisas el frío de la noche. Recién empezaba a ponerse cómodo cuando una ruidosa pareja llega al balcón.

Eren, en un inicio, se niega a abandonar tan apacible lugar. Pero las risas de la pareja son tan estruendosas y el sonido de sus besos tan obsceno que al final se marcha.

Se aleja del balcón y se halla de nuevo entre un montón de personas a quienes no comprende. Son, para él, como extraterrestres. O puede que en realidad el extraterrestre sea él y los demás sean los nativos del planeta.

Se le escapa otro suspiro más.

Sabe que, si baja, el mismo tumulto de gente lo va a asfixiar. Por ello, en lugar de eso, atraviesa el salón y se pierde por algunos pasillos que llevan a las habitaciones. Entre más avanza, más silencioso y vacío se vuelve todo.

La sensación le agrada. Al caminar por el afelpado color vino tinto se imagina que anda sobre nubes. A su derecha ve unas escaleras y sube por ellas. Más habitaciones. Las escaleras siguen ascendiendo en espiral, así que Eren sigue subiendo.

Después de tres pisos Eren comienza a cuestionarse. ¿El Hotel Grand Majestic era así de grande? No recordaba que tuviera tantos pisos. O al menos, desde afuera, no parecían ser tantos.

¿Sería efecto del alcohol?

Sube dos pisos más.

Durante todo su trayecto no se topa con nadie. Eso que escuchó de que Gillio había reservado el hotel entero no fue una exageración.

Finalmente llega al último piso. Ahí todo es un poco distinto. El silencio es aún más profundo. Puede escuchar cada uno de sus movimientos y su respiración resuena con eco dentro de su pecho.

Frente a él hay un largo pasillo. En las paredes solo hay dos puertas muy elegantes de una madera reluciente. Eren avanza ignorando las puertas.

¿Por qué llegó ahí? No tiene idea. No busca nada en específico. No sabe por qué sigue caminando. Es solo un impulso de su alma. Una decisión consumada.

Llega al final del pasillo. A ambos lados se extienden largos caminos. No tiene ánimos para recorrer ambos. Izquierda o derecha, debe elegir uno.

Sin pensarlo demasiado, se decanta por el de la izquierda.

Otra decisión consumada.

El tiempo se transforma en eternidad mientras sus pies se transportan sobre el mullido afelpado. Entonces, cuando llega al final del pasillo, tres cosas llaman su atención:

1. Que la puerta de la habitación el fondo está abierta.
2. Una mancha color melón al pie de la puerta.
3. Un ruido extraño.

Eren llega junto a la puerta, pero no se atreve a entrar todavía. Percibe algo dentro de esa habitación; palpitaciones intensas, familiares. ¿Cómo puede ser eso?

Baja la mirada. Se da cuenta de que la mancha color melón que está al pie de la puerta es, en realidad, una especie de prenda.

¿Y los ruidos? Desde donde está no alcanza a percibir con claridad de que se trata.

Entonces se decide y atisba dentro de esa obscuridad.

La habitación es gigantesca. Frente a él, al otro lado de la habitación, hay un enorme ventanal que cubre toda la pared. Las luces de la urbanidad entran por ella, iluminando tenuemente la habitación. Frente al ventanal hay algunos sillones como para que las personas puedan admirar desde ahí la ciudad y sentir que el mundo está a sus pies.

Eren se adentra en la habitación, dispuesto a acercarse al ventanal. De ahí proviene ese sonido que cada vez le resulta más familiar.

Ahora sabe lo que tiene que hacer.

La Escritora y El Baterista

La mano del Baterista se alza hacia el interruptor de luz.

La elegancia de la habitación, bañada en esa blanca luz, se realza.

Escucha los latidos de su pecho retumbando y haciendo eco en las paredes. Un sonido fuerte y completo que rebota en la afelpada alfombra. No es que su corazón provoque tal estruendo, es que, sumado a él, hay otro sonido que le acompaña. Que se sincroniza.

Rodea los sillones.

Camina sin bajar la vista, mirando siempre hacia el ventanal. Se detiene ante las luces multicolores. Contempla las emociones mezcladas de risa y llanto que emergen del fulgor citadino.

Detrás de él están los sillones y, también, la fuente del sonido que se acompasa a su corazón; que late al mismo ritmo que el suyo.

Se gira despacio.

Sobre el suelo está la Escritora.

Fija su mirada en ella. Recorre con detenimiento ese cuerpo que le es tan familiar. La desnudez de la Escritora impregna todo con su esencia. El Baterista la absorbe con la mirada sin derramar ni una sola gota. A pesar del tiempo y de que su cuerpo se ha desarrollado, no le queda duda de que Ella sigue siendo Ella.

Los ojos deslumbrantes, el cabello reluciente, los pezones endurecidos. La cadera frágil, las blancas piernas, la fina pelambre cubriendo su sexo.

La Escritora reconoce también al Baterista y sus ojos se abren como dos gigantescos soles.

Es idéntico, piensa. Tiene barba y algunas canas, pero es idéntico.

Le observa las manos. Manos de Baterista. Se complace con su desnudez. En ellas, aparte de las venas y los nudillos, no hay nada más. No hay compromiso y, posiblemente, ninguna mujer esperando sus caricias.

La Escritora siente que su desnudez y la de las manos del Baterista es una. Se le infla el pecho de amor. Sus pulmones se llenan de aromas de flor y su estómago de infinitas mariposas de alas cristalinas.

«Es imposible».

«No lo es».

Sus corazones retumban con vigor. El mundo pierde el sentido. La existencia completa es color negro. Y, en medio de esa absoluta nulidad, está la Escritora sobre la alfombra, está el Baterista admirándola por completo.

El Baterista se pone de cuclillas y extiende su mano.

La Escritora cierra los ojos y recibe la caricia sobre su cuerpo.

NOTA DEL AUTOR

Gracias.

Quería decírtelo antes que cualquier cosa. Gracias por haber llegado aquí.

No sabes en serio cuánto agradezco que hayas leído esta historia.

Espero te haya gustado tanto como a mí. A pesar de que escribir la novela y revisarla fue muy pesado, la verdad es que siempre me quedaban fuerzas y ganas de repasar los párrafos una y otra vez.

Este libro ha sido una loca travesía.

Inicialmente quería transmitir algo. Algo pequeño.

Pero en cuanto fui avanzando me di cuenta de que había muchas cosas más que necesitaba decir. Y como me prometí ser sincero conmigo mismo, decidí que tenía hacerlo aunque nadie más que yo lea estos párrafos.

Quedé tan satisfecho de escribir lo que había en mi corazón, que ahora no quiero parar. Escribir sin miedo es una sensación liberadora. Así que lo seguiré haciendo durante muchos años, si la vida me lo permite.

PD: No olvides dejar tu reseña. Es muy importante para mí y te estaría muy agradecido si pudieras hacerlo. ¡Gracias!

PRÓLOGO

VACÍO
SOLEDAD

PARTE 1: VIDAS PARALELAS

PAULA

Diario
Comportamiento y Naturaleza
Moños
Mateo
Las Barreras Invisibles

EREN

Cita en el restaurante
Cuando hayan pasado siete años
Mi corazón habla
Hace doce años...

PAULA

Martí y Scarlett Love
Corte de cabello
Sobre cómo veo a Mateo
Paseo
Sobre Matías Omnos
Día pesado
Betty se comporta extraña
Sin palabras

EREN

El inicio de todo
Molesto
Cassandra
Algo cálido y pequeño
Lo único que me importaba
Podría regresar de nuevo a estas cabañas
Regreso a la realidad

PAULA

Ha pasado mucho tiempo
Escribiendo historia
La novia de Mateo
Falta algo
Sobre ser escritora

EREN

Primera vez

Vacaciones

Tiempo

Yo y el otro Eren

Ser paciente

Baterista

Un año

PAULA

Último año de preparatoria

Quiero vivir así

Juego de escondidas

Curiosidad

¿Has tenido sexo con tu novia?

Lo que hago está mal

Graduación

PARTE 2: LA ALUMNA VACÍA

1ER SEMESTRE

Universidad

Martín

El sexo es horrible

Encuentro entre Paula y Mateo (2do Semestre)

Día raro con Mateo

4TO SEMESTRE

Ropa Nueva (I)

Jeane

El Rector

Como cavernícolas descubriendo fuego

Ropa nueva (II)

¿Cuál es su verdadero ser?

Hice la pregunta

Biblioteca y Batería

5TO SEMESTRE

Nuevo Semestre

Soy real

El transcurrir del tiempo

Costal de harina

Las ventiscas heladas

PARTE 3: VIDAS REUNIDAS

PAULA

6to Semestre/Pino

EREN

Jeane, Martin, Paula

¿Cómo me volví profesor?

Como profesor

PAULA

Eren como profesor

El manuscrito

EREN

Planes, ilusiones y anhelos

Convergencia I (Eren)

PAULA

Convergencia I (Paula)

EREN

Convergencia II (Eren)

Nuestra oportunidad

PAULA

Convergencia II (Paula)

Rumores

Formalidad

EREN

Tutor del Grupo 6A

Egoísmo

Siete años

PAULA

Encuentro con Eren en Tutorías

Fantasías con Eren

PARTE 4: EL PROFESOR SOLITARIO

ANTES DEL SUEÑO

Convergencia III

La desaparición de Paula

No se le ocurra volver

La llave de porcelana carmesí

Sueño

DESPUÉS DEL SUEÑO

Un humano

Solo un cereal

Algo valioso

Charla en el restaurante

EL DIARIO DE LA ALUMNA

Sr. Rivera
Laboratorios Jirden
Adiós Paula

PARTE 5: VIDAS SEPARADAS

La carta de una Escritora
Anotaciones de un Baterista

EPÍLOGO

Hasta el final
Lo que tiene que hacer
La Escritora y El Baterista

NOTA DEL AUTOR